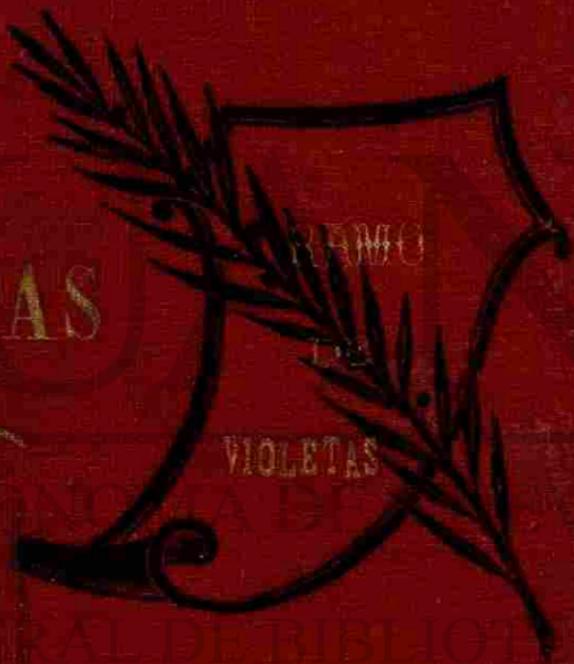


JOSE ROSAS



POESTIAS



77
OCION GENERAL DE BIBLIOT

MURGUA EDITOR MEXICO

PQ7297

.R77

R3

97160



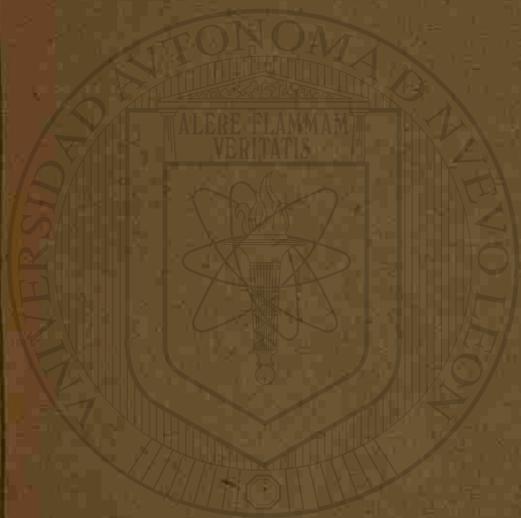
1020034714



UANL

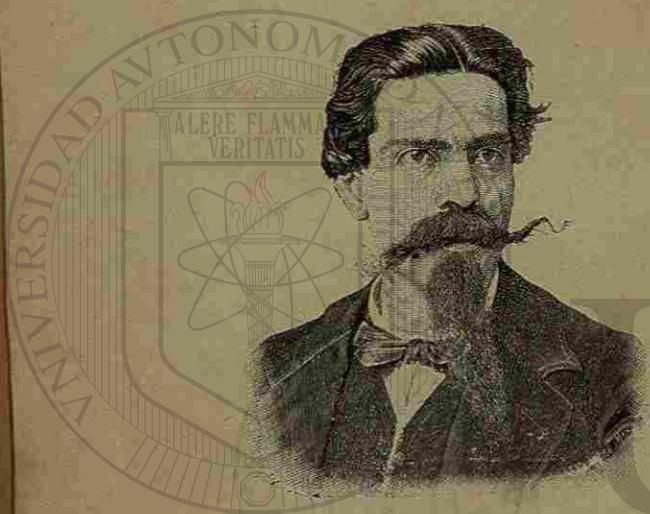
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



JOSÉ ROSAS MORENO.

CABILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

RAMO DE VIOLETAS.

POESÍAS

José Rosas Moreno.

Con una introducción

de W. ALTAMIRANO

que le dedica por

D. Francisco Sosa.

Primera Edición.

MÉXICO. 1891.

Imprenta y Librería de Murguía,
Calle del Águila de Oro, Núm. 2.

97160

RAMO DE VIOLETAS.

POESÍAS

DE

D. José Rosas Moreno,

Precedidas de una introducción
por

D. IGNACIO M. ALTAMIRANO

y una biografía por

D. Francisco Sosa.

Primera Edición.

MÉXICO.—1891.

Antigua Imprenta y Librería de Murguía,

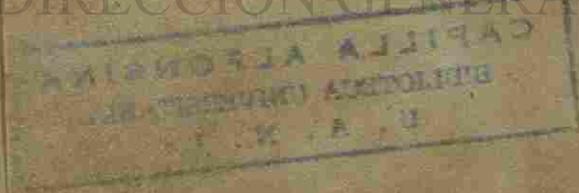
Portal del Aguila de Oro Núm. 2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

97160



PQ.7297

R77

R3



FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ

La propiedad literaria de esta obra queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir NI TODO NI PARTE de ella sin el permiso correspondiente.



INTRODUCCION.

(FRAGMENTOS DE UNA NECROLOGÍA PUBLICADA EN 1883.)

JOSÉ ROSAS no sólo fué un pensador, un escritor elegante y un educador, sino también un partidario activo, fiel á los principios liberales y honrado en su vida política.

Su biografía dirá minuciosamente cuáles fueron sus obras en la prensa de combate y cuáles sus trabajos en defensa de los principios, en la Representación Nacional, en las Legislaturas de los Estados y en las comisiones importantes que desempeñó.

Yo sólo quiero hablar del poeta, de sus obras, de su influencia en la educación pública, de sus esperanzas y de sus sufrimientos.

Más que como hombre político, José Rosas era conocido como poeta, y él mismo, aun al través de sus preocupaciones de otro género, nunca se consideró sino como poeta. Trabajando por su partido, verificaba; yendo á la Cámara de Diputados pensaba en sus silvas deliciosas; viajando á causa de motivos políticos forjaba el plan de sus dramas, ó encontraba en la contemplación de la Naturaleza las inspiraciones de Fray Luis de León.

Apartábase pensativo y distraído de los grupos del Congreso en que se urdían intrigas parlamentarias, y era que componía alguna dulce estrofa. Se necesitaba llamarlo á la vida real, instruirlo en dos palabras del asunto. Entonces reaparecía el político, brillaba un momento, discutía con lucidez y con calma, prestaba su contingente de voluntad y de acción, después de lo cual volvía á sumergirse en las espesas y dulces ondas del oceano poético en que vivía.

Sonador siempre, viviendo del ideal, fué consumiendo así los años más floridos de su juventud y entrando en la madurez hastiado por los desengaños y lleno de tristeza, al sentir el peso del infortunio con su triste cortejo de privaciones y de penas.

Alguna vez, nosotros le vimos derramar amargas lágrimas al ver sus esperanzas desvanecidas, al conocer el valor real de las amistades políticas, al contemplar el mundo tal como es, y no tal como lo había entrevisto en su candor de niño.

Porque José Rosas tenía alma de niño. Para político adolecía de ese defecto, que era una de las mejores cualidades para su inspiración poética, y méped a la cual hay tanta gracia en sus versos encantadores.

Pero en obsequio de la verdad, a pesar de sus desilusiones políticas y de los sufrimientos que soportó en los últimos años, lo que oscureció más esa alma buena y noble, lo que fué una tortura para ese corazón bondadoso y sensible, fué su desencanto literario. No porque cultivase la poesía para sacar provecho de ella; muy lejos de eso, buscaba en los gozes íntimos que su cultivo produce, un consuelo para sus penas y un apoyo para su vida. Rosas como los verdaderos poetas, amaba la poesía por la poesía misma, por una inclinación irresistible y con una delectación inefable que solo constituía su recompensa y su tesoro.

Pero como los verdaderos poetas también, solía pensar en la gloria, en el renombre que dan las letras, que nada tienen que ver con el provecho egoísta, y que solo producen las puras satisfacciones que hacen feliz a una alma elevada.

Y Rosas desde muy temprano comprendió que el medio en que había nacido no era el más á propósito para la realización de su sueño.

Amigo íntimo de Juan Valle, el joven Milton de Guanajuato, desde la juventud, y unido á él por los vínculos del culto á la poesía y de las esperanzas patrióticas, compartió con el ciego é infortunado varón el entusiasmo poético y la confianza en una era mejor para las letras, cuando llegase el triunfo definitivo de la República.

Al menos creyó en la simpatía pública hacia las almas generosas y grandes á quienes el numen sagrado parece señalar con la inspiración, como con una marca que debiera imponer el respeto y el afecto.

Y cuando vió á Valle, perseguido á pesar de su ceguera, arrastrado á una cárcel por los odios insensatos de la política, y obligado después á vagar proscrito, sin más recursos que la piedad de sus parientes y amigos, y cuando más tardé lo vió morir desamparado y abatido, lejos de su hogar y abandonado de sus compatriotas, debió creer que la única recompensa del poeta era la miseria y la ingratitud.

Pero en fin, aquél tiempo era de pasiones desencadenadas, era de odios y rencores que no respetaban ni la desgracia, ni la ceguera, ni

el genio. La causa de Valle abría en torno de él un abismo. Vendría la victoria, y entonces, la Patria, el reconocimiento público, la gloria, harían de la tumba del poeta un altar, y de su memoria un monumento de orgullo nacional.

Pero cuando vió que la indiferencia pública echaba sobre el sepulcro de su pobre amigo la pesada losa del olvido y de la ingratitud, Rosas acabó de desencantarse y de perder la fe en las promesas de la gloria.

Entonces se refugió en la poesía, como en un santuario íntimo é ignorado, y siguió, sacerdote apasionado, consagrándose á su culto, pero sin esperanzas.

Sin embargo, era joven, hallábase en el tiempo en que la duda no tiene el carácter pesimista y en que el desaliento no suele ser mas que un cansancio pasajero. En tal época, la palabra enérgica de un amigo, un acontecimiento inesperado, un círculo de gentes diversas, otra atmósfera social suelen cambiar las resoluciones y engendrar en los ánimos abatidos nuevas fuerzas para proseguir la senda abandonada.

La musa de Rosas era dulce y suave. Amaba las flores, los arroyos, las colinas y los cielos. Combatía como fray Luis de León, admirando lo bello y lo bueno y condenando lo malo y lo pequeño con su silencio. En ciertas almas poéticas el desdén ocupa el lugar del odio.

Así es, que Rosas, sin dejar por eso de trabajar en favor de sus ideas, se refugio en su admiración á la Naturaleza pidiéndole elocuentes lecciones que más tarde había de traducir en sus bellísimas fábulas, ó cantando sus prodigios en odas que no hubiera repulsado el gran poeta español.

Además, comenzó desde entonces á cultivar la poesía dramática. En 1861 hizo representar en los teatros de Guanajuato y León por la compañía Daza, su drama patriótico en tres actos "*Flores y Espinas*," que fué acogido con extraordinario aplauso, repitiéndose varias veces su representación tanto en ese año, como en el siguiente de 1862.

En este mismo año escribió una comedia en tres actos "*Nadie se muere de amor*," que se representó en el teatro de Guanajuato, siendo también muy aplaudida.

En 1863, se representó otra comedia suya en dos actos "*Una mentira inocente*" también en Guanajuato.

Estas piezas escritas en fluidos y sonoros versos, juntamente con algunas poesías ligeras, numerosos sonetos de sabor clásico y de odas tan dulces y correctas como las de los poetas españoles del siglo de oro, dieron á Rosas justa y merecida reputación, no sólo en aquel Estado central en que vivió, sino en toda la República.

Precedido, pues, de este renombre de poeta lírico y dramático, llegó á México, como Fernando Calderón, en otra época, contando de antemano con numerosas simpatías.

Habíanse organizado aquí aquellas reuniones conocidas con el nombre de *Veladas literarias* que presidían siempre Ignacio Ramírez, ó Guillermo Prieto, ó Manuel Payno, en que no había reglamento ninguno, ni formalidad de esas que imponen é intimidan, y en que eran recibidos con sumo afecto y hasta con entusiasmo todos los jóvenes que mostraban afición á la bella Literatura. Allí se leían capítulos de novela, odas, poemas, madrigales, sonetos, epigramas, romances, elegías, dramas y comedias, y se hacía la crítica de una manera que lejos de desalentar, estimulaba á los literatos y especialmente á los jóvenes.

Allí se presentó por primera vez, jovencito todavía, Justo Sierra á leer su *Playera* y su oda *A Dios*; Rafael de Zayas, también muy joven, recién llegado de Alemania y escribiendo todavía con germanismos, leyó algunas páginas de sus cuentos fantásticos y sus primeros versos; Esteban González sus odas y sus fábulas; Enrique de Olavarría, sus elegías sentidísimas; Juan Mateos, sus quintillas musicales; Pardo, sus composiciones llenas de ingenio y de donaire y modelos de corrección, ó sus elegías que parecían de Herrera; Joaquín Téllez, sus sonetos humorísticos; José T. de Cuellar, sus profundos *apólogos* y Luis G. Ortiz, sus composiciones tibulescas. Por último, allí se escuchaba en el debate familiar, la palabra sonora y chispeante de Pedro Santacilia, la observación magistral de Cardoso, la insinuación benévola de Anselmo de la Portilla, la defensa expresiva de Joaquín Alcalde, la elocuente aprobación de Martínez de la Torre, la improvisación de Guillermo Prieto, y la majestuosa crítica de Ignacio Ramírez, que constituía el juicio en la última instancia.

Serían ingratos verdaderamente los miembros de aquel grupo si no recordaran con placer tan bellos días. Entonces, bajo los auspicios de la paz pública, aunque afiliados en diversos partidos políticos, los que cultivaban las letras se estimaban y se consideraban unidos por el lazo fraternal de la común afición á los estudios de lo bello. Y serían insensatos los que pretendieran que de aquellas reuniones no resultó un adelanto positivo en los trabajos intelectuales de México. Podría reconocerse en la abundante bibliografía con que se enriqueció la publicidad en los años próximamente posteriores al de 1868, el influjo de aquel movimiento amistoso y eficaz.

José Rosas fué presentado en aquellas reuniones por Luis G. Ortiz y Antonio García Cubas, y desde luego se captó la amistad de todos.

Por fin estaba en su elemento, rodeado de amigos, que lo comprendían, que se arrebataban sus versos y que lo estimulaban.

Aunque mezclado por desgracia suya en la política y ocupando su asiento en la Cámara de Diputados, dió nuevo impulso á su actividad poética y su primer fruto fué además de un gran número de composiciones patrióticas y amorosas, su comedia en un acto "*Un*

proyecto de divorcio" que se representó con aplauso en el Teatro Principal en 1868.

Pero se consagró principalmente por ese tiempo á reunir y completar sus *Fábulas* que forman en nuestro concepto, así como la más conocida, la más trascendental de sus obras, porque ella se dirige á la niñez, contribuye en gran manera á la ilustración del pueblo y siembra en el suelo fecundísimo del espíritu virgen, nobles y buenas ideas de progreso y de moral pura.

Presentó su colección á la Academia de Ciencias y Literatura recién establecida, y uno de los pocos trabajos que esta corporación llevó á cabo y que la honran, ha sido el estudio y aprobación de la importante obra de Rosas. Mediante ella, las *Fábulas* del distinguido poeta mexicano fueron aceptadas como texto para las escuelas de instrucción primaria de la República.

Las bellas fábulas de Rosas se repiten hoy en todas las escuelas de México, y forman, por expresarnos así el primer decálogo de moral que aprenden los niños. Es un gran triunfo para el poeta y basta para su gloria de pensador y de iniciador. Por ella, él se coloca entre los primeros. Sus ideas siguen y seguirán viviendo y fructificando.

Pero, aun dió cima á nuevas obras dramáticas. En 1872, se presentó en México su comedia en tres actos *Los parientes*; después, su drama *Sor Juana Inés de la Cruz*, y su comedia en tres también, *El pan de cada día*, recibiendo aplausos pero ningún provecho pecuniario. Ya se sabe que esperar eso aquí, es pedir peras al olmo.

Quizá por tal causa no se decidió á hacer representar sus nuevas piezas, *El coronel Santibáñez*, en dos actos, y *La mujer de César*, comedia en tres actos, que permanecen inéditas.

Ya en este tiempo (1875) el espíritu de Rosas se nubla. El desencanto, la tristeza, la oscuridad de su porvenir lo preocupaban y lo abatían. Tenía una esposa á quien amaba, hijos que reclamaban su apoyo, vela rodeado de gloria su nombre; pero las privaciones de una situación penible que empeoraba cada día oscurecían su alma y lo desalentaban. Las letras en México son un potro de tormento. La política una navegación en mar proceloso. La poesía, la esperanza, los sueños de la imaginación habíanlo tenido embargado, alucinado. Despertaba repentinamente y se veía condenado á todas las amarguras de la realidad, á los peligros de un porvenir incierto y á las angustias de la miseria.

Y sin embargo, Rosas luchaba contra ella con todo el esfuerzo de un atleta que no quiere dejarse vencer, y pedía al trabajo los recursos necesarios para la vida y los consuelos indispensables para el alma. Por este tiempo escribió sus hermosísimos libros para la niñez, intitulados: "*Amigo de los niños*." "*Ciencia de la Dicha*."

"*Libro de la Infancia.*" "*Libro de oro de las niñas.*" "*Manual de Urbanidad.*" "*Recreaciones infantiles.*" "*Un viajero de diez años.*" "*Compendio de Ortopedia.*" "*Devocionario poético de los niños.*" "*Nuevo libro segundo.*" y "*Amor filial.*" comedia en un acto y en prosa, "*El año nuevo.*" alegoría dramática en un acto y en verso, y "*Una lección de Geografía.*" juguete cómico en prosa.

Además, Rosas tenía un empleo de poca importancia en la Instrucción Pública del Estado de México, empleo que le trajo más disgustos que utilidades. Arrinconado en Toluca, vivió allí desconocido por algún tiempo y acosado por la tristeza y las enfermedades.

Por fin, estos sufrimientos fueron superiores a sus fuerzas. Otro carácter que el de Rosas se habría templado en la adversidad; la lucha con las dificultades de la vida le habrían hecho despegar nuevas fuerzas y una energía inquebrantable para sobreponerse al desaliento. Al menos se hubiese abroquelado contra los pasajeros golpes de la suerte con la fría y estoica paciencia de las almas orgullosas, que es también una fuerza. Pero Rosas que era de bronce para sus convicciones, se sentía débil contra la fatalidad. No tenía las garras de Ajax para asirse a las rocas, azotadas por el mar, y salvarse a pesar de los años!

Su corazón poético y dulce había sufrido mucho. Además, las enfermedades físicas habían contribuido grandemente a su postración. Ellas fueron verdaderamente la gota que hizo rebosar el cáliz.

He ahí, pues, que ha muerto un poeta dulce y amable, tan inspirado como bueno, honrado en las ideas políticas, y honrado y útil en sus versos.

Ha muerto, como mueren generalmente en México los literatos y los poetas, en la miseria y en la tristeza, como murió el *Pensador*, como murió Rodríguez Galván, como murió Fernando Orozco, como murió Florencio del Castillo, como murió Arróniz, como murió Ignacio Ramírez, como murió Orozco y Berra!

Y además de esta muerte en el abandono, aún sufren una desgracia postuma. . . . ¡el olvido!

¿Quién piensa en José Rosas sino sus antiguos amigos, sus hermanos en las penas y los trabajos literarios?

¡Ojalá que este olvido sea pasajero!

Aquel joven y también infortunado poeta español Iza, había dicho:

"*La loca humanidad comprende tarde.*"

Si esto es verdad, vendrá tiempo en que se honre debidamente la memoria de uno de los mejores poetas con que México se ha enorgullecido en sus últimos años.

Y lo merece Rosas. El ha sido adorador de lo bello y de lo grande y ha sabido cantarlo en fluidos y armoniosos versos, dignos por su sencillez y su forma castiza de rivalizar con los mejores del Parnaso español. El ha hecho odas que tenían el sabor de las de Fray Luis de León, y sin la afectación de frase, ni los arcaísmos que los de otros han revelado luego la tosca urdimbre de la imitación. El se parecía al gran poeta, no porque lo imitaba, sino porque sentía como él.

Rosas, en sus piezas dramáticas, en sus comedias, hechas más bien a la manera de Eguílaz ó de Mariano Luis de Larra, abundaba en lirismo y en escenas convencionales, no tenía la vena aristofánica de Sardou que habría impreso en el ánimo público un recuerdo imperecedero con el retrato de la realidad contemporánea.

Pero en sus *Fábulas*, había sobrepujado al *Pensador* por la complejidad de los asuntos y por la galanura de la forma; ha sido más actual, más progresista y más poeta. Realmente Rosas es el *Lafontaine* de México.

Pudo tal vez abordar otra especie de *Apólogo*, el político, como ciertos fabulistas franceses ó ingleses, pero la invectiva, disfrazada ó no, repugnaba á su carácter noble y generoso.

Rosas no manchó jamás su pluma en la tinta venenosa de la diatriba, ni de la personalidad, ni profanó su dulce lira jónica con el acento desapacible de la sátira, así como no la degradó tampoco con los diatribos de la adulación. Cantó la Libertad, pero jamás al Poder, aborreció lo malo, pero nunca zahirió á nadie, y sobre su humilde pero bendito sepulcro, no se arremolinan vengadoras las alegrías de nadie. Esta es una gloria santa y un honor raras veces concedido.

Sus poesías de otro género suscitaban siempre la admiración de los amigos de las letras, pero sus *Fábulas*, así como sus demás libros escritos para la niñez, son un título á la gratitud pública.

Si el Sr. Juárez descendiendo de su alto pedestal político hubiera tenido la grandeza de ánimo que tuvo el ilustre presidente de Honduras Marco Aurelio Soto, el otro día, cuando condecoró al poeta José Joaquín de Palma, y hubiese querido premiar la inspiración y los afanes útiles, habría hecho bien colocando en el pecho de José Rosas una medalla como el símbolo de la aprobación nacional, porque fué útil por haber puesto la poesía al servicio de la moral en las puertas de la infancia.

Pero no importa: los niños, balbuciendo los hermosos versos del ilustre poeta eternizarán su nombre en México, y cuando lleguen á la edad madura dirijirán sus ojos entrecerrados hacia la pobre tumba que allá en Lagos oculta las cenizas del que fué su primer Mentor en la niñez, y la colmarán de bendiciones.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



Nació en la ciudad de Lagos (Jalisco), el día 14 de Agosto de 1838, hijo de D. José Ignacio Rosas y de la Sra. Olalla Moreno, de la familia del caudillo independiente D. Pedro Moreno, defensor del fuerte del Sombrero.

Tenia Rosas seis años de edad cuando su familia trasladó su residencia a la ciudad de León, en el Estado de Guanajuato, en el que comenzó él sus estudios, y que fué con algunos intervalos, la de su domicilio, motivo por el cual fué general la creencia de que Rosas era guanajuatense.

En 1851 vino Rosas a México. Aquí perfeccionó la instrucción primaria que adquirió en León, y estudió después latinidad en el Colegio de San Gregorio, y en la Escuela Nacional de Minas el primer curso preparatorio. Tres años permaneció Rosas en México, y habiendo vuelto a Guanajuato al cabo de ellos, perfeccionó los conocimientos aquí adquiridos, obteniendo siempre los primeros premios.

Por sus opiniones políticas fué perseguido durante la administración del partido conservador, todavía cuando frecuentaba las aulas, por lo que tuvo que abandonar el colegio y refugiarse en la Sierra de Santa Rosa. Capturado en el célebre pueblo de Dolores, fué conducido a la ciudad de Guanajuato y tenido allí en prisión. De ésta salió para el lugar de su nacimiento, sin librarse de las persecuciones de que era objeto. En 1862 fué regidor del Ayuntamiento de la ciudad de León, y después miembro de la Junta de Instrucción pública.

Después de la restauración republicana, en 1867, Rosas fué electo diputado al Congreso general por León, puesto que no llegó a desempeñar entonces a causa de graves cuidados de familia; pero sí en los dos periodos siguientes, es decir, de 1870 a 1874.

Al organizarse, en 1877, la administración de Guanajuato, Rosas fué electo diputado a la legislatura del Estado, y más tarde al Congreso de la Unión (1878 y 1879).

No en el periodismo político ni en el Parlamento es en donde deben buscarse las obras que colocaron a Rosas en lugar eminente; es en sus escritos consagrados a la niñez, en sus bellísimas poesías, en sus fabulas principalmente, y por último, en sus obras dramáticas.

Rosas, en todas sus producciones, como ha dicho muy bien un escritor, ha tratado de instruir y de moralizar. Tenía a la niñez profundísimo cariño; amaba tanto la virtud, que no hay página por él escrita que no encierre una lección saludable. Entre los autores mexicanos, podemos decirlo sin temor de incurrir en un error, ninguno como Rosas ha puesto su talento y los mejores sentimientos de su corazón al servicio de la sociedad mexicana. La dulzura de sus cantos, tan propia para el tema de ellos; la claridad de sus pensamientos, tan adecuada a la inteligencia de los niños, y el clasicismo de sus producciones, hacen que todas reúnan las circunstancias apetecibles para ponerlas en manos de las nuevas generaciones. Por su encanto poético agradan sobremanera; por su sencillez, las comprenden todos; por su exquisito mérito literario, sirven para formar el buen gusto de los que las leen.

Los libros que Rosas publicó, encierran el mejor y más solemne mérito que puede darse a aquellos que niegan toda virtud, toda moralidad, toda honradez a los que no son, como ellos, partidarios del antiguo régimen. Liberal desde muy joven, perseguido del poder conservador por esa causa, y fiel siempre a sus convicciones, Rosas ha propagado las más sanas ideas en sus libros, en sus poesías sueltas, en sus fabulas, en sus obras dramáticas. Como en el hogar, que es un templo para los hombres honrados, pueden leerse en los templos que al culto religioso se consagran, las obras de Rosas; no es menos pura, no es menos evangélica su doctrina, que la del más ferviente sacerdote cristiano. La matrona, el clérigo ó el niño, quienquiera que sea, habrá de beber la moral más santa en esas lecciones. Ni el pudor de aquella, ni las creencias de éste, ni la inocencia del último, se hallarán en peligro. Rosas, escritor liberal, ofrece el testimonio más elocuente de que se calumnia a los que son liberales, al atribuirles los descarríos de la generación actual.

Críticos nacionales y extranjeros han juzgado las obras de Rosas, y unos y otros le conceden uno de los primeros puestos en el Parnaso Mexicano.

Como fabulista, es, sin duda alguna, el que entre nosotros ha conquistado verdadera celebridad. Citaremos á este respecto la opinión respetable de dos literatos distinguidos, los Sres. Pimentel y Altamirano. El primero, en el dictamen que presentó á la Academia de Ciencias y Literatura en Febrero de 1872, dice: "El libro de Rosas respira por todas partes honradez y bondad. ¿Qué mayor elogio se puede hacer de un libro, especialmente en una época como la nuestra, cuando domina como principio el materialismo, y como consecuencia el egoísmo?"

"Respecto á la forma de las fabulas que examino, tengo el gusto de hacer los mismos elogios que de la idea. Así como Rosas adopta en estética el principio más elevado, que es el de lo ideal; en filosofía la moral más pura, que es el deber; del mismo modo, en cuanto á la forma, pertenece á la mejor escuela, que es la clásica, salvándose felizmente del contagio, casi general, que ha producido el gongorismo contemporáneo.

"Las circunstancias principales que en la forma debe tener una obra poética, y que se encuentran en las fabulas de Rosas, son: naturalidad, sencillez, elegancia, corrección y armonía."

El Sr. Altamirano escribió un largo y erudito prólogo á las Fábulas de Rosas, del que vamos á tomar los párrafos conducentes á nuestro objeto, no sin lamentar no poder trascibir otros que contienen, puede decirse, la historia de la fábula entre nosotros, y cuya lectura recomendamos á los amantes de este género de estudios.

"Desde luego—dice Altamirano—me atrevo á asegurar que Rosas cumple, no diré con los preceptos que reglamentan el *apólogo*, pues ya hemos visto que propiamente no los hay, sino con la práctica de los buenos autores que desde la antigüedad han venido estableciendo en sus obras las leyes de una estética especial para este género de literatura.

"Las fabulas de Rosas enseñan una moral intachable, bajo cualquier punto de vista que se las considere; la concisión de ellas jamás degenera en oscuridad; los caracteres que hace aparecer el poeta en la pequeña escena del apólogo, son siempre propios, cumpliendo así con las reglas de la ficción dramática; nunca sus asuntos hieren el buen gusto ó el buen sentido; jamás presenta entre sus *personajes* á ninguno que inspire repulsión ó disgusto, como lo han hecho algunas veces no pocos extranjeros, y García Goyena entre los americanos; da á cada pasión ó afecto que pone en juego, el lenguaje adecuado, y todo está en los versos fluidos, y dulces, y sencillos que él sabe hacer, y que ya antes le han valido una envidiable reputación. En algunas de sus fabulas hay á veces, aunque ligeras, bellísimas descripciones que la crítica más inflexible no se atrevería á suprimir á pretexto de que no son indispensables, pues ni entibian la acción, ni dejan de ser útiles,

por la gracia de su forma, y porque añaden un encanto más á la narración, que deleita y enseña á los niños.

"No hay que olvidar que el autor es poeta, y que si bien tiene que ceñirse á la estrecha medida del *apólogo*, posee la ventaja de ser guiado por una imaginación juvenil y brillante en la contemplación de esa *escena del universo*, como decía La Fontaine, y que todavía inspirado por el nimen, tiene que hacer sus narraciones, no en frios ó prosaicos versos, como Iriarte, sino en pequeños cuadros brillantes de ligereza, de gracia y de colorido poético.

"Esta cualidad, y la de hacer el apólogo en verso, aunque han sido condenados con severidad suma por el gran crítico alemán Lessing, que descargó el primer rayo sobre La Fontaine, y que le hubiera descargado también sobre Sócrates que ocupaba sus días de prisión en poner en versos griegos las fabulas de Esopo, constituyen, á pesar de aquel ilustre escritor, un encanto sin el cual difícilmente podría popularizarse un solo apólogo; y Rosas posee, como he dicho, ambas cualidades, con una superioridad que nadie podría disputarle.

"He abierto su libro de fabulas varias veces, lo he recorrido en busca de algunas que pudiera señalar especialmente en confirmación de mi dicho, y con franqueza, me he resuelto á no poner ninguna, porque ó tendría que reproducir un gran número de ellas, ó me vería muy perplejo para escojerlas. Todas son lindas, y cada una en su género es una pequeña obra maestra.

"Sin embargo, he leído y releído, con un placer particular, las siguientes: la VII, *El Humo y la Nube*; la XIII, *El Diamante*; la XIV, *Los Ricos improvisados*; la XVI, *El Águila y la Mariposa*; la XVII, *El Jarro y el Vaso de oro*, en el libro primero; la I, *La Estatua, el Escultor y la Piedra*; la XII, *La Libertad*; la XVII, *Los Aduladores*, en el libro segundo; la I, *Un León reinante*; la XII, *La Ira*; la XIII, *el Águila y la Serpiente*, en el libro tercero; y la I, *El Progre; so y la Rutina*; la II, *La fuente oculta*; la III, *El Alazán y el Mulo*; la VII, *Las reputaciones*; la XII, *El Viajero* (contra el suicidio), y la XIX, *La Higuera infecunda* (notable por su espíritu práctico para hacer útiles á los hombres), en el libro cuarto. De todas éstas, la que lleva por título *El Viajero* sale un poco del carácter del apólogo, pero es, en cambio, una hermosa composición filosófica que encierra bellezas inapreciables.

"Réstame sólo decir que Rosas, á ejemplo de casi todos los fabulistas, no se ha limitado á crear, también ha traducido de autores extranjeros, aunque es bien poco aquello que en su colección no es original."

Las fabulas de Rosas, como ha dicho muy bien el distinguido escritor á quien acabamos de citar, son las más notables que en su género ha producido México.

Las principales obras de Rosas, algunas de las cuales han sido reimpresas varias veces, son las siguientes:

Hojas de rosa, poesías.—Fábulas.—Nuevo libro segundo.—La ciencia de la vida.—Ortología.—Libro de oro de las niñas.—Manual de urbanidad.—Un viajero de diez años.—Excursiones por el cielo y por la tierra.—Recreaciones infantiles.—Nuevo amigo de los niños.—Compendio de la Historia de México.—Libro de la Infancia.—Un libro para mis hijos.

De sus piezas dramáticas citaremos: Flores y Espinas, comedia en tres actos y en verso.—Una mentira inocente, comedia en dos actos.—Nadie se muere de amor, en tres.—Los parientes, en tres.—Sor Juana Inés de la Cruz, en tres; y sus comedias infantiles, "La Mujer de César" y "Al rededor de la cuna," que es enteramente original.

Rosas conservaba al morir varios trabajos inéditos. Recordamos entre ellos el drama intitulado "El bardo de Acolhuacán" y el poema "Recuerdos de la infancia."

Rosas fundó en León los periódicos *El Tío Canillitas*, *La Madre Celestina*, *La Educación* y *El Album literario*. En México: *La Edad infantil* y *Los Chiquitines*.

Debilitado por las enfermedades, abatido por la pobreza, Rosas en sus últimos cinco años arrastró una vida dolorosa, al extremo de que al llegar a nuestra noticia la muerte del poeta, ocurrida el 13 de Julio de 1883, en el lugar de su nacimiento, mitigó el profundo pesar que ella nos causaba, la consideración de que si para la patria y para sus amigos era una irreparable desgracia, para él había sido un bien supremo, porque alcanzaba el término de sus infortunios, y apuraba de una vez el amargo caliz que la suerte puso en sus manos. Los que deberas le amamos; los que en sus horas de infortunios estrechamos con la efusión del cariño su mano temblorosa, y sabíamos sus hondos pesares, exclamamos al recibir la nueva fatal: ¡Descansó!

FRANCISCO SOSA.



TRISTEZA DEL CREPÚSCULO.

¡Qué hermosa soledad! ¡Qué dulce calma!
¡Ay! con tristeza y con placer sonrio
Pues siento no sé qué dentro del alma
Cuando reina el crepúsculo sombrío.

Ya en el Ocaso el sol apenas arde,
En las sombras la luz se desvanece,
Y la apacible estrella de la tarde
Melancólica y pálida aparece.

No sé por qué cuando declina el día
Rebosa el corazón de sentimiento
Y es todo amable á la tristeza mía,
La luz, las sombras, el rumor del viento.

Las principales obras de Rosas, algunas de las cuales han sido reimpresas varias veces, son las siguientes:

Hojas de rosa, poesías.—Fábulas.—Nuevo libro segundo.—La ciencia de la vida.—Ortología.—Libro de oro de las niñas.—Manual de urbanidad.—Un viajero de diez años.—Excursiones por el cielo y por la tierra.—Recreaciones infantiles.—Nuevo amigo de los niños.—Compendio de la Historia de México.—Libro de la Infancia.—Un libro para mis hijos.

De sus piezas dramáticas citaremos: Flores y Espinas, comedia en tres actos y en verso.—Una mentira inocente, comedia en dos actos.—Nadie se muere de amor, en tres.—Los parientes, en tres.—Sor Juana Inés de la Cruz, en tres; y sus comedias infantiles, "La Mujer de César" y "Al rededor de la cuna," que es enteramente original.

Rosas conservaba al morir varios trabajos inéditos. Recordamos entre ellos el drama intitulado "El bardo de Acolhuacán" y el poema "Recuerdos de la infancia."

Rosas fundó en León los periódicos *El Tío Canillitas*, *La Madre Celestina*, *La Educación* y *El Album literario*. En México: *La Edad infantil* y *Los Chiquitines*.

Debilitado por las enfermedades, abatido por la pobreza, Rosas en sus últimos cinco años arrastró una vida dolorosa, al extremo de que al llegar a nuestra noticia la muerte del poeta, ocurrida el 13 de Julio de 1883, en el lugar de su nacimiento, mitigó el profundo pesar que ella nos causaba, la consideración de que si para la patria y para sus amigos era una irreparable desgracia, para él había sido un bien supremo, porque alcanzaba el término de sus infortunios, y apuraba de una vez el amargo caliz que la suerte puso en sus manos. Los que deberas le amamos; los que en sus horas de infortunios estrechamos con la efusión del cariño su mano temblorosa, y sabíamos sus hondos pesares, exclamamos al recibir la nueva fatal: ¡Descansó!

FRANCISCO SOSA.



TRISTEZA DEL CREPÚSCULO.

¡Qué hermosa soledad! ¡Qué dulce calma!
¡Ay! con tristeza y con placer sonrio
Pues siento no sé qué dentro del alma
Cuando reina el crepúsculo sombrío.

Ya en el Ocaso el sol apenas arde,
En las sombras la luz se desvanece,
Y la apacible estrella de la tarde
Melancólica y pálida aparece.

No sé por qué cuando declina el día
Rebosa el corazón de sentimiento
Y es todo amable á la tristeza mía,
La luz, las sombras, el rumor del viento.

En esa ténue claridad dudosa
La luz no se halla, que en la sombra existe,
Y esa vaga penumbra misteriosa
Imagen es de mi existencia triste.

Cual espirante el sol hunde su frente
Entre las nieblas de la noche umbría,
Moribunda también, también doliente,
Se va ocultando la esperanza mía.

Las nubes pasan en callado vuelo
Del aura dócil al impulso blando;
Y así fugaces en mi oscuro cielo
Dicha, amores y glorias van pasando.

Del sol que espira á la postrera lumbre
Su frente eleva la ciudad risueña,
Y allá del monte en la escarpada cumbre
Se levanta una cruz sobre una peña.

Besan el pie de palma cimbradora
Las mansas aguas en su curso vago,
Y suspira la brisa voladora
Entre las ondas del dormido lago.

Sube lenta la sombra en las montañas,
Se vuelven al hogar los segadores,
Brilla el fuego distante en las cabañas
Y se oye la canción de los pastores.

De la campana el fúnebre sonido
Anuncia triste el espirar del día,
Y oculta el ave en su flotante nido
Llena el viento de plácida armonía.

Yo hallo siempre en el bosque silencioso
Cuando amorosa y triste canta el ave,
No sé qué de sublime y misterioso
Que el alma sólo comprenderlo sabe.

Al corazón encantan blandamente
Esa luz del crepúsculo indecisa,
Esas rocas antiguas, esa fuente,
Y esos sauces que gimen con la brisa.

¡Qué hermoso es ver, al declinar el día,
Del elevado monte la espesura,
El lago inmóvil, la arboleda umbría,
El soto ameno y la feraz llanura!

Misteriosa la noche y placentera,
Del sol apaga la postrer mirada,
Y en dulce magestad cruza la esfera
De apacibles estrellas coronada.

Fugaz se mezcla al murmurar del río
El tierno lamentar de la paloma,
Y allá distante, tras del bosque umbrío,
Hermosa en el azul la luna asoma.

Cual en tiempos lejanos y dichosos
Va avanzando magnífica y serena,
Y de amantes recuerdos cariñosos
Su blanca luz el pensamiento llena.

¡Qué hermosa soledad! ¡Qué dulce calma!
¡Cuán suspiran las aves sus amores!
¡Cuánto aquí en su tristeza goza el alma!
¡Cuán hermoso es soñar entre estas flores!

Siempre aquí, reclinado dulcemente,
La noche me halla suspirando á solas,
Que es grato meditar junto á la fuente
Al rumor de las brisas y las olas.

¡Quién viviera en las vastas soledades
Sin duelo, sin afán, sin amargura,
Distante del rumor de las ciudades
Sintiendo el aura de los campos pura!

Me llenan de piedad los poderosos,
Que en sus palacios siempre aprisionados,
Se consumen inquietos y orgullosos
Por el oro y la púrpura abrumados.

Yo envidio la quietud de los pastores,
Y en mis gratos ensueños sólo ansío
Un huerto lleno de olorosas flores
Y una choza olvidada junto al río.

La augusta soledad las penas calma,
Aquí el grave silencio amor inspira,
Y es sublime tristeza para el alma
La que en estas riberas se respira.

Al rumor de estos anchos platanares
No hay duda, no hay afán, ni hay desconsuelo;
Viendo el campo se apagan los pesares,
Se disipa la duda al ver el cielo.

Unido á Elena, aquí con dulces lazos,
Quisiera oír su voz, besar su frente,
Cuando ya de la noche entre los brazos
Pálido duerme el sol en Occidente.

Aquí al son de las aguas gemidoras
Pasar quisiera la existencia mía,
Bellas mirando resbalar las horas,
En sueños de fugaz melancolía.

Libre volar dejara el pensamiento
Buscando nueva luz, brisas más puras,
Como libre en los bosques vuela el viento,
Como el águila vuela en las alturas.

Y cuando al fin el fuego misterioso
Que aquí en mi corazón se agita y arde,
Lentamente se extinga silencioso,
Como el rayo postrero de la tarde;

Cuando al fin con su mágico beleño
La muerte apague el pensamiento mío,
Dormir quisiera aquí mi último sueño
A la luz del crepúsculo sombrío.

EL INSTANTE FELIZ.

SONETO.

Recordar ese instante es mi alegría:
 Era una noche del Abril florido
 Cuando por vez primera conmovido
 Fijé en Elisa la mirada mía.

Melancólica y tierna sonreía
Al oír de las brisas el gemido,
 Y como blanca nieve su vestido
 De la luna á la luz resplandecía.

Al mirarla tan pura y tan hermosa
 Yo adoré su hermosura y su inocencia
 Y ella me vió turbada y ruborosa.

Desde entonces anhelo su presencia,
 Y su dulce mirada cariñosa
 Es el único sol de mi existencia.

León, 1865.

LO QUE ES AMAR.

Mirar la playa desde el mar incierto
 Y en la arena del árido desierto
 La clara fuente hallar;
 Ver una estrella tras de nube oscura
 Y encontrar en la tierra la ventura,
 Esto es ¡oh niña! amar.

Al blando arrullo de ilusiones bellas,
 Como se une la luz de dos estrellas
 Dos almas adunar;
 Tener dos existencias y un aliento
 Y pensar con un mismo pensamiento,
 Esto es ¡oh niña! amar.

Ver que reina doquier la primavera;
 Sentir y comprender por vez primera
 La dicha de llorar;
 Sentir una inquietud y una alegría
 Que es á un tiempo delicia y agonía,
 Esto es ¡oh niña! amar.

Despertar en la noche suspirando
 Y amantes sonreír y estar llorando
 Y en el llanto gozar,
 Y sentir que acaricia nuestro oído
 De misteriosa música el sonido,
 Esto es ¡oh niña! amar.

Ver más brillante el sol, más claro el día
 Y en el silencio de la selva umbría
 Ardiente delirar;
 Hallar la dicha en nuestro hermoso anhelo
 Y en nuestra alma escondido ver un cielo,
 Esto es ¡oh niña! amar.

FELICIDAD.

SONETO.

Elisa calma mi dolor sombrío
 Y transforma mi ser y lo engrandece;
 Bello por ella el mundo me parece
 Y por ella el poder, la gloria ansio.

Su amor, su dulce amor, es el rocío
 Que fecundiza el alma y la embellece;
 Hermosa como el sol que resplandece
 De luz inunda el pensamiento mío.

Doquiera en gracia y en beldad descuella;
 Es imposible verla sin amarla
 Porque es cual la virtud, cándida y bella.

¡Oh! ¡cuánto el corazón goza al mirarla!
 ¡Cuán dulce es siempre suspirar por ella!
 ¡Y cuán dichoso soy en adorarla!

León, 1865.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A ELISA.

SONETO.

(Imitado de Petrarca.)

Bendito ¡oh niña! el venturoso instante
De aquella hermosa noche placentera
En que escuché tu voz por vez primera
Y ví la dulce luz de tu semblante!

¡Bendita el aura que en su vuelo errante
Mis suspiros te lleva lisongera!
¡Bendita la ilusión, niña hechicera,
Que en tí cifró mi corazón amante!

¡Bendito el valle que te ofrece flores,
Y el fresco césped de tu planta alfombra,
Y la luz que te ciñe de fulgores!

¡Bendito el árbol que te da su sombra,
Y el raudal que te arrulla en sus rumores,
Y mi trémulo labio que te nombra!

LA FLOR PERDIDA.

Quince años no tenía
La dulce amada mía,
Cuando al cruzar un prado
De flores esmaltado,
Cortó una blanca rosa
Tan pura como hermosa;
Entre su boca bella
La puso dulcemente
Y fué á la clara fuente,
Para mirarse en ella.
En la corriente undosa
Vió que se retrataba
Aquella blanca rosa,
Y cándida y sencilla,
Creyó mi pastorcilla
Que allí otra rosa estaba.
Lanzó un suspiro al verla,
Y ansiosa por cojerla
Tendió la blanca mano;
Pero ¡ay! tendióla en vano.

En tanto de su boca
 La rosa idolatrada,
 Cayendo en una roca
 Se resbaló á la fuente
 Y al soplo del ambiente,
 Marchita y deshojada,
 Fué al punto arrebatada
 Por la veloz corriente.

¡Cuántas hermosas niñas
 Que cruzan las campiñas,
 Siguiendo la hermosura
 De imagen engañosa,
 Pierden la blanca rosa
 De la inocencia pura!

León, Diciembre de 1868.

MI AMOR A ELISA.

SONETO.

(Imitación de Petrarca.)

Cuando entre altiva gracia seductora
 Miro al divino amor en su semblante;
 Cuando escucho su voz tierna y vibrante
 Y crece el dulce afán que me enamora,

Bendigo el sitio y la fulgente aurora
 En que mi corazón latió anhelante;
 Y mi trémula voz murmura amante:
 "Dichoso el que cual yo tierno la adora."

De este inefable y ardoroso anhelo
 Dimana la ilusión que en lontananza
 En dicha ofrece convertir mi duelo:

En él cifrada está mi bienandanza,
 Y en alas de la fe me lleva al cielo
 Por la senda feliz de la esperanza.

SONETO.

Lejos del fausto y la ambición ardiente
 Vive en la humilde choza junto al río
 La virgen á quien ama el pecho mío:
 Tan pura y tan feliz como inocente.

Son su espejo las ondas de la fuente;
 Sus diamantes las gotas de rocío;
 Y las flores que oculta el bosque umbrío
 La brillante diadema de su frente.

Y es mayor el encanto que espresivo
 Da á su angélico rostro dulce agrado
 Que de regía hermosura el atractivo.

Pues el lirio *más* bello y *más*preciado,
 No crece nunca en el palacio altivo;
 Nace entre el césped del modesto prado.

EL VELO DE ELISA.

SONETO.

De mi Elisa la faz resplandeciente
 Cubre, burlando mi amoroso anhelo,
 Gasa importuna de color de duelo
 Bajando en ondas de su hermosa frente.

Mas brillar su belleza dulcemente
 Yo contemplo al través del negro velo,
 Como el hermoso sol se ve en el cielo
 Al través de una nube transparente.

Asi también aunque fingiendo enojos,
 Airada oculta de la vista mía
 La dulce risa de sus labios rojos;

Aunque mi ardiente amor esquivo impía
 De ese velo al través miro en sus ojos
 Brillar hermosa la esperanza mía.

SONETO.

Cansado al fin de suspirar un día,
 Para hallar un alivio en tanta pena,
 Huyendo del amor que me encadena
 Dejé la choza en que morar solía.

Llegué á la margen de la fuente fría,
 Mas la palabra "amor" miré en la arena,
 Y en la apacible soledad amena
 Amor, amor, el ave repetía.

Para dejar después patria y hogares,
 Hacia los mares fui triste gimiendo,
 Y allí escuché un rumor en los palmares;

Volvi los ojos el rumor sintiendo
 Y vi al tirano amor, junto á los mares,
 Que pérfido hasta allí me fué siguiendo.

A AMANDA.

Mis doradas ilusiones
 Y mis ensueños queridos;
 De mi mente las visiones,
 De mi pecho los latidos,
 Mi entusiasmo, mis canciones;

El bien que mi fantasía
 Me hace ver en lontananza,
 Mi existencia, mi alegría,
 Mi porvenir, mi esperanza,
 Todo es tuyo, Amanda mía.

Por ti á la virtud admiro;
 Tu amor me engrandece á mí,
 A la gloria por ti aspiro,
 Y cuando amante suspiro
 Sólo suspiro por ti.

Cifro en tu amor mi contento,
 Y te adoro con pasión;
 Tú eres mi vida, mi aliento,
 La luz de mi pensamiento
 La fe de mi corazón.

Tú has hecho en mi alma brotar
Un cariño singular,
Puro, inmenso, indefinible,
Que es á mi labio imposible,
Imposible de explicar.

Es un dulcísimo anhelo
Que amante las penas calma,
Que aleja el amargo duelo
Y hace nacer en el alma
Un pensamiento del cielo.

Con la luz de tus amores
Tú has tornado ante mis ojos
La oscuridad en fulgores,
Y mi camino de abrojos
En una senda de flores.

Desde el día en que te vi,
Dicha en que nunca creí,
Esa dicha estoy sintiendo
Y hay un ángel junto á mí
Que me mira sonriendo.

Es un ángel seductor,
Que aunque la dicha me asombre,
Con acento arrullador
Repitiéndome tu nombre
Me habla siempre de tu amor.

Radiante y bello, en el día
Cruzar lo miro risueño
Por mi ardiente fantasía,
Y al llegar la noche umbría
Toma la forma de un sueño.

Yo te adoro cariñoso
Como ama al Abril hermoso
El hondo valle sombrío;
Como el ave al sol radioso,
Como la flor al rocío.

Brillan del sol los fulgores
Tras de importuno nublado,
Y alegres los ruiseñores
Cantan sus himnos de amores,
Cruzando el florido prado.

Brilla en la existencia mía
Bello sol de bienandanza,
Y el alma que antes sufría
Suspira con alegría,
Himnos de amor y esperanza.

La estación de la belleza
Derrama en Abril su brisa;
Y la pasada tristeza,
Convierte al fin en sonrisa
La férz naturaleza.

Primavera misteriosa
Del alma en la soledad,
Fué tu amor ¡oh niña hermosa!
Y en tu risa cariñosa,
Hallé la felicidad.

Las auroras dulcemente
Sus ténues lluvias envían,
Y se refresca el ambiente
Y vuelven á alzar la frente
Las rosas que se morían.

Para el alma que te adora
 Fué tu risa seductora
 Grato presagio de amores,
 Como es á las blancas flores
 El rocío de la aurora.

Del dolor y del olvido
 Huye fúnebre el capuz;
 Y en grato sueño adormido,
 Todo es música á mi oído,
 Todo es á mis ojos luz.

Al cielo mi pensamiento
 Se eleva dominador,
 Y en gratos delirios siento
 Cruzar voces en el viento
 Que dicen amor, amor.

Y venturoso sonrío
 Si cariñosa me miras,
 Porque es para el pecho mío
 El casto amor que me inspiras,
 Sol, primavera y rocío.

León, 1869.

ANÍBAL.

SONETO.

(Imitación.)

En la cima del Alpe la celada
 Feroz alzó del Africa el guerrero,
 Y descubriendo audaz el rostro fiero
 Tendió sobre la Italia una mirada.

Llevó la mano al puño de su espada,
 Y un punto acariciándola altanero,
 La antigua llama del rencor primero
 Sintió arder en el alma despiadada.

Pensó un instante en el terrible día
 En que aquella llanura floreciente
 Con enemiga sangre regaría;

Y alzando al cielo la soberbia frente,
 Sin ocultar el gozo que sentía,
 Bajó de la montaña lentamente.

León, Diciembre, 1868.

SIEMPRE HERMOSA.

SONETO.

Con divina hermosura resplandece
El dulce rostro de mi dulce amada;
Y con la ardiente luz de su mirada
Cuanto existe en la tierra se embellece.

Si cariñosa y tímida aparece,
De amor suspira el alma embelesada,
Y es tan terrible, si se muestra airada,
Que amor al contemplarla se estremece.

Bella está cuando alegre y cariñosa
Juega la risa entre sus labios rojos;
Y bella está también cuando es piadosa:

Bello es su amor y bellos sus enojos.
Y es en todo mi amada tan hermosa
Que hasta el llanto embellece con sus ojos.

León, Diciembre, 1868.

ILUSIÓN REALIZADA.

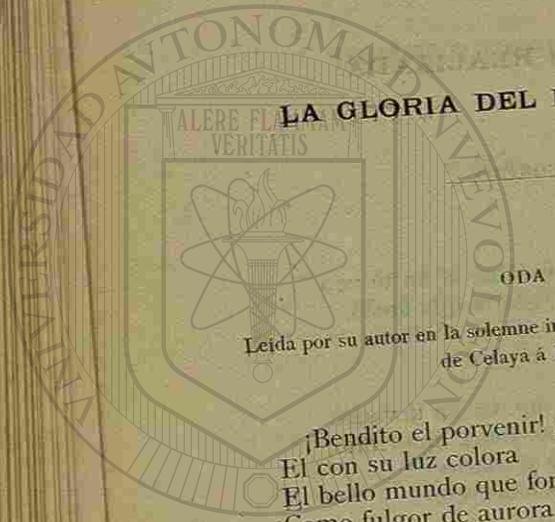
SONETO.

No en vano te buscaba; al fin te veo,
Luz de mi corazón, gloria que ansío,
Ángel que calma mi dolor sombrío,
Adorada ilusión de mi deseo.

No eres el sueño, no, de un devaneo
Pues mirándote estoy, dulce amor mío;
Y apacible me miras y sonrío
Y en mi felicidad apenas creo.

Ven á mis brazos y mi amargo lloro
En dicha torne tu mirada pura.
¡Oh cuán hermosa estás, cuánto te adoro!

Ven á gozar ¡oh niña! la ventura,
Que el alma para tí guarda un tesoro,
Un tesoro de amor y de ternura.



LA GLORIA DEL PROGRESO.

ODA

Leída por su autor en la solemne inauguración del Ferrocarril
de Celaya á León.

¡Bendito el porvenir! ¡bendito sea!
El con su luz colora
El bello mundo que forjó la idea,
Como fulgor de aurora
Que el azul de los cielos hermosea.

¡Bendito el porvenir! Ya sus albores
Comienzan á brillar en lontananza,
Y anuncia á nuestra patria la esperanza,
Del progreso á los claros resplandores,
Primavera feliz, llena de flores.

Ya nunca más impía
Los campos talará sangrienta guerra,

Porque la paz divina se adelanta;
Y en vez del estandarte,
Que horror y luto derramó en la tierra,
Del trabajo y el bien la diosa santa,
La enseña sacrosanta,
Del progreso sublime la bandera
Que á los dolientes pueblos regenera,
Con fe sublime y con placer levanta.

Mucho tiempo ¡oh dolor! en rencorosas,
Estériles discordias, nuestras manos
Empuñaron convulsas el acero,
Y entre furores vanos,
En pos corriendo de fatal quimera,
Desolación dejamos por doquiera
Y sangrientos cadáveres de hermanos.
Yermos los campos, el trabajo huía. . . .
Cual tempestad horrisona rugía
La guerra sanguinosa,
Y el llanto de la madre y de la esposa
Resuena en nuestras almas todavía.

Pero al fin ha pasado, y cariñosa
La dulce paz nos brinda su tesoro;
La patria enjuga su copioso llanto;
Huyó el aciago duelo,
Y brilla al fin espléndido en el cielo
De la divina paz el iris santo.

Se ve de nuevo el valle florecido;
 Vuelve al hogar la calma,
 Y la sonrisa al labio entristecido,
 Y la esperanza al alma.
 Donde antes desolado,
 Un mundo por el bien abandonado,
 Miraba triste el corazón opreso,
 Donde la airada tempestad rugía,
 Resplandece la luz de un nuevo día
 Al través del ambiente del progreso.

Por los desiertos campos
 En donde antes moraba la amargura,
 Van raudos á cruzar en un momento,
 Del potente vapor con el aliento,
 El progreso, la paz y la ventura.
 Veráanse al fin unidos
 Los pueblos todos en perpetuos lazos;
 Verán un porvenir de bienandanza,
 Y en dulce unión estrecharán sus brazos
 El trabajo, la paz y la esperanza.

En la bella ilusión de mi deseo,
 Parece que los veo
 Tornando sus pesares en grandezas
 Y en gloria y dicha su afanar doliente,
 Derramando doquiera sus riquezas
 Sobre las alas del vapor rugiente.

El valle floreciente,

En donde antes la sangre se veía,
 Va á ofrecer sus espigas abundosas:
 La industria agonizante
 Que en la orfandad gemía,
 Cual misero mendigo,
 Del trabajo y el bien bajo el abrigo,
 Va á ceñir á los pueblos la diadema
 Que es del trabajo emblema
 ¡Hermoso porvenir, yo te bendigo!

Parece que contemplo,
 Del sol á los reflejos,
 La máquina brillante
 Que entre el humo se pierde allá á lo lejos.
 Sobre la férrea vía
 Va sin cesar corriendo;
 Cruza la selva umbria,
 Y en continuo volar, entre el estruendo
 Con que el vapor, su esclavo, triste gime,
 En su ansiedad sublime,
 Para que al mundo asombre
 Su rápida presteza,
 Publica su grandeza
 Y la grandeza y el poder del hombre.

Cual si seguir quisiera
 Del tiempo la carrera,
 Se desliza veloz y fugitiva;
 Mira lejanos los enhiestos montes;
 Va corriendo á su paso el bosque umbrío,
 Como las olas de agitado río,
 Y atraviesa horizontes y horizontes.

Y cruza en un momento
Campos, valles, llanuras, explanadas,
Cual pasan agitadas por el viento
Las nubes apiñadas,
Como pasa veloz el pensamiento.

Y apenas se detiene,
Se aleja el duelo impío;
La industria lo alimenta;
El trabajo á su paso se presenta
Y brota el pintoresco caserío.
Cuando en la noche oscura
Los campos atraviesa,
Mónstruo parece sin cesar huyendo
Que rápido se agita;
Es su respiración constante estruendo,
Y ruge airado y al rugir palpita,
Y arroja fuego ardiente,
Y cruza raudo el atrevido puente.

Pero al brillar la aurora,
El mónstruo se convierte
En un raudal de bien y de ventura
Que el sublime progreso vivifica,
Y por doquier derrama
Riquezas y ventura
Y en bienes sin cesar se multiplica.

El áureo Guanajuato,

El que tesoros mil tiene en su seno,
Y de grandeza lleno,
Entre riqueza tanta,
Sin poderlo evitar languidecía
En su estrecho recinto de montañas,
Inspirado de un noble pensamiento,
Una ilusión siguiendo bendecida,
Quiere dar á otros pueblos luz y vida,
Y recibir también vida y alientó.

Pasaremos nosotros
Como las hojas que arrebató el viento:
Pero él ha de vivir, y con su vida
Mi corazón alienta,
Porque yo desde niño lo he querido,
Como el ave en el bosque ama su nido
En medio del furor de la tormenta.
Pensando en su grandeza y en su gloria
Olvido mi dolor y mis tristezas,
Y gozo en sus grandezas,
Y me siento orgulloso con su historia.
Con noble gratitud y con ternura
Bendigo amante la dichosa idea
Que le conduce al bien y á la ventura:
¡Guanajuato feliz, bendito sea!

INVOCACIÓN.

(Traducido libremente de Lamartine.)

¡Oh tú que apareciste
 Del mundo en el desierto,
 Angel del cielo hermoso
 En esta triste playa peregrino!
 ¡Oh tú que haces brillar ante mi vista
 El rayo del amor esplendoroso;
 Permite que te vea,
 Dime de dónde vienes;
 Quiero saber tu nombre, tu destino,
 Si aquí en la tierra tu morada tienes
 O eres un soplo del amor divino?
 ¿Vas á volverte al cielo?
 ¿O acaso en este suelo,
 De amarga proscripción cárcel penosa,
 Triste lugar de lágrimas y duelo,
 Vas á seguir tu senda dolorosa?
 Angel, cualquiera que tu nombre sea,
 Tu patria y tu misión; hija dichosa
 De la celeste esfera
 O errante pasajera
 Nacida entre el dolor del mundo impío,
 Permite amante que en mi vida entera
 Yo te ofrezca mi amor y el culto mío.

Si debes como yo morir un día,
 Sé mi apoyo en la tierra, sé mi guía,
 Y déjame piadosa que en mi anhelo
 Siga tu imagen bella,
 Y el polvo bese de tu leve huella;
 Mas si distante de la vista mía
 Desplegando tus alas presurosa
 Hermana de los ángeles te elevas
 Y al cielo vas á ver á tus hermanos,
 Después de amarme un día
 En este oscuro suelo
 De mi te acuerda en tu divino cielo.

HERÁCLITO Y DEMÓCRITO.

DIALOGO.

- Sabes lo que es la vida? —Un sueño triste.
 —Y qué es la juventud? —Flor de un momento.
 —Y la dulce esperanza? —Un pensamiento.
 —Y el amor, el amor? —Amor no existe.
 —Quién resiste al poder? —Nadie resiste.
 —Qué es la virtud, ¿lo sabes? —Un tormento.
 —¿Qué es el honor entonces? —Vago acento.
 —Y el odio? —El traje que amistad se viste.
 —En dónde se halla el mal? —En donde quiera.
 —Qué es entonces el bien? —Luz indecisa.
 —Y la felicidad? —Una quimera.
 —Y el placer, el placer? —Rápida brisa.
 —De angustia y de dolor llorar quisiera.
 —Yo quisiera llorar, pero de risa.

León, Febrero, 1867.

A LA SEÑORITA O... P...

¡Cuánto gozo al contemplar
 La magia de tus hechizos,
 Niña de los blondos rizos
 Y dulcísimo mirar!

Mi angustia olvido por tí,
 Niña inocente y sencilla,
 La de pálida mejilla,
 La de labios de rubí.

Tierno, inefable cariño
 Siento al mirar tu hermosura,
 Que es tu alma graciosa y pura
 Como la risa de un niño.

Suspirando dulcemente,
 Hoy la juventud, apenas
 Sus primeras azucenas
 Cíñe á tu cándida frente.

HERÁCLITO Y DEMÓCRITO.

DIALOGO.

- Sabes lo que es la vida? —Un sueño triste.
 —Y qué es la juventud? —Flor de un momento.
 —Y la dulce esperanza? —Un pensamiento.
 —Y el amor, el amor? —Amor no existe.
 —Quién resiste al poder? —Nadie resiste.
 —Qué es la virtud, ¿lo sabes? —Un tormento.
 —¿Qué es el honor entonces? —Vago acento.
 —Y el odio? —El traje que amistad se viste.
 —En dónde se halla el mal? —En donde quiera.
 —Qué es entonces el bien? —Luz indecisa.
 —Y la felicidad? —Una quimera.
 —Y el placer, el placer? —Rápida brisa.
 —De angustia y de dolor llorar quisiera.
 —Yo quisiera llorar, pero de risa.

León, Febrero, 1867.

A LA SEÑORITA O... P...

¡Cuánto gozo al contemplar
 La magia de tus hechizos,
 Niña de los blondos rizos
 Y dulcísimo mirar!

Mi angustia olvido por tí,
 Niña inocente y sencilla,
 La de pálida mejilla,
 La de labios de rubí.

Tierno, inefable cariño
 Siento al mirar tu hermosura,
 Que es tu alma graciosa y pura
 Como la risa de un niño.

Suspirando dulcemente,
 Hoy la juventud, apenas
 Sus primeras azucenas
 Cíñe á tu cándida frente.

Te alzas á la vida, ufana,
Gentil, y alegre, y hermosa,
Como un capullo de rosa
Al despuntar la mañana.

Para tí, niña querida,
No hay una sombra de duelo;
Todo es fulgores tu cielo,
Todo es sonrisas tu vida.

En tus labios virginales
Qué aun no exhalan un suspiro,
Las húmedas huellas miro
De los labios maternos.

Nunca has cruzado entre abrojos;
Y en tu feliz existencia
El llanto de la inocencia
Sólo han vertido tus ojos.

Doquier que tu vista alcanza
Goces ves deslumbradores,
Y riega á tus pasos flores
El ángel de la esperanza.

Cinéndote en dulces lazos
La edad de dorados sueños,
Besa tus labios risueños
Y te acaricia en sus brazos.

Goza el placer que te ofrece,
Goza su dicha, alma mía,
Que tu apacible alegría
Mis pesares adormece.

Gozando mirarte quiero;
Porque esa edad que te halaga
Brilla un instante y se apaga
Cual relámpago ligero.

Presto la dicha de ayer
Se torna en duelo profundo,
Que siempre ¡oh niña! en el mundo
Es una sombra el placer.

Breve como una ilusión
Pasa la aurora hechicera,
Y una sola primavera
Tiene, niña, el corazón.

Goza en amante quietud
Las sonrisas del destino;
Mas busca el placer divino
Que acompaña á la virtud.

Nunca cifres tu alegría
En esa dicha ilusoria,
En esa efímera gloria
Que nace y muere en un día.

Nunca el esplendor da calma,
Ni la hermosura grandeza;
La verdadera belleza
Es la belleza del alma.

¿De qué sirve la beldad
Que un breve placer inspira,
Si el alma que al cielo aspira
Vive en triste oscuridad?

Beldad que al alma consume
Y á la virtud no se aduna,
Es como noche sin luna,
Como rosa sin perfume.

Su atractivo á sus colores
Le arrebató el tiempo rudo,
Como el invierno sañudo
Le arranca al árbol sus flores.

Y se pierde en un momento
La inútil dicha que fragua,
Como la espuma en el agua,
Como el pájaro en el viento.

Entre tanto, el alma bella,
Brilla del mundo en el duelo,
Cual brilla hermosa en el cielo
Tras de una nube una estrella.

Siempre ardiente vuela en pos
De una infinita ventura;
Y es hermosa cuando es pura,
Y es inmortal como Dios.

Bardo yo del sentimiento
Que el bien en las sombras canto,
Y altivo en mi fe levanto
Hasta el cielo el pensamiento;

No amo en tí, niña querida,
La belleza pasajera
De esa fugaz primavera
Que es más breve que la vida.

Yo no amo en tí el vano alarde
De un bien que un instante existe,
Que brilla en la aurora, y triste
Se apaga al morir la tarde.

Yo busco la luz bendita
De los siglos vencedora,
Busco la flor seductora
Que nunca el mundo marchita.

Quiero ¡oh niña! ver radiante
Siempre bella tu alma pura,
Ofuscando la hermosura
De tu pálido semblante.

Que si la pena te hiere,
Embellezca tu destino,
Inextinguible y divino
El astro que nunca muere.

Ese sol que siempre está
Radioso, espléndido y puro
Más allá del mundo impuro:
¡Oh, más allá, más allá!

Que yo estrechando tu mano,
Ardiente amigo y sincero,
Sólo ambiciono y espero
El cariño de un hermano.

Y al Dios que tu madre nombra
Reverente y conmovida,
La amante madre querida
Que te ampara con su sombra;

Al Dios que sublime y santo
Hiriéndome el alma altiva,
Quiere que yo siempre viva
Entre las sombras y el llanto;

"Al Dios que puso la palma
Allá en el desierto ardiente,
En el camino la fuente
Y la esperanza en el alma;"

Yo le rogaré inspirado
Con súplica fervorosa,
Que te haga á ti venturosa
Cuanto soy desventurado.

León, Noviembre, 1867.

SONETO.

Yo sufro como tú. Tristeza y duelo
Es mi amarga existencia, antes serena,
Y el destino á mis ojos envenena
El dulce cáliz que apurar anhelo.

Vén á mis brazos, vén. Si airado el cielo
Tu ardiente corazón de luto llena,
Mi amor mitigará tu amarga pena,
Que el amor es dulcísimo consuelo.

Yo borraré con besos tiernamente,
Bellas haciendo las cansadas horas,
Las sombras que el dolor deja en tu frente.

Contigo rogaré si al cielo imploras;
Yo arrullaré tu sueño dulcemente,
Yo enjugaré tus lágrimas si lloras.

Enero 2 de 1868.

SONETO.

Amante de una estrella, en el vacío
 La avecilla infeliz sus alas tiende;
 Sin llegar á las nubes se desprende
 Y va á morar al fin al bosque umbrío.

En vano ardiente yo la dicha ansio
 Y un dulce fuego al corazón enciende;
 El ángel de mi amor no me comprende
 Y en vano vuela el pensamiento mío.

No alcanzaré jamás el bien que anhelo;
 Siempre ¡oh Dios! este afecto inextinguible
 Germen será de afán, de llanto y duelo.

Siempre Elisa á mi amor será insensible...
 ¡Ay del que quiere remontarse al cielo!
 ¡Infeliz del que adora un imposible!

Enero 3 de 1868.

QUEJAS.

Entre la hostia y el cáliz
 A mi Dios se lo pedí,
 Que no te maten las penas
 Que me están matando á mí.

Antiguo cantar español.

¿No te acuerdas, niña hermosa?
 Era una tarde de Abril
 Cuando en la fuente del bosque
 Por vez primera te ví.

Dulce el céfiro gemía
 En el ameno pensil,
 Y volaba entre las flores
 El pintado colibrí.

Aún parece que te miro
 Tiernamente sonreír,
 Ufana con tu hermosura,
 Con tu inocencia, feliz.

¡Ay! ¿por qué fueron tan bellas
Si ya nunca han de lucir
Aquellas plácidas horas
Que para siempre perdí?

¡Quién me hubiera dicho entonces
Tus caricias al sentir,
Al aspirar el aroma
De tus labios de rubí;

¡Quién me hubiera dicho ¡oh niña!
Que tu amor se iba á extinguir
Antes de expirar la última
De las flores del jardín!

Pasó mi bien cual la nube,
Del espacio en el zafir . . .
¡Ay! las glorias de la vida
Nunca tan breves creí.

¡Cuánto he regado de lágrimas
Aquel pálido jazmín
Que de tus negros cabellos
Amoroso descení!

Cuando brillaba más pura,
Más graciosa y más gentil,
Como á la flor del almendro
Vi á mi esperanza morir.

De un grato sueño el instante
Tan sólo dichoso fui;
¡Cuán fugaz es la ventura!
¡Cuán eterno es el sufrir!

Desde que tú te alejaste
Triste y solo existo aquí;
Mis mejillas están pálidas
Y no sé más que gemir.

En la vigilia, en el sueño,
Siempre suspiro por tí;
Con voz doliente te llamo
Y no me quieres oír.

Mil veces á Dios la muerte
Llorando ¡oh niña! pedí,
Que amando sin esperanza
Es un tormento vivir.

Plegue al cielo ¡oh dulce Elisa!
Que siempre vivas feliz;
Que no te maten las penas
Que me están matando á mí.

León, Diciembre 19 de 1867.

EL ÚLTIMO PESAR.

SONETO.

Sueño fué de un instante mi alegría,
 Mi amor se marchitó como las flores,
 Y sus galas perdiendo y sus colores
 Transformóse en tristeza y agonía.

En la dicha y la gloria yo creía,
 Y hoy sólo sé creer en los dolores;
 Yo esperaba placeres seductores
 Y hoy lloro muerta la esperanza mía.

Triste el sol de mi fe muere eclipsado;
 Ya nunca volverá mi primavera,
 Ilusiones, amor, . . . todo ha pasado;

Y aunque el llanto á mi afán consuelo fuera,
 Tanto he sufrido ya, tanto he llorado,
 Que ya no puedo ni llorar siquiera.

León, 1866.

YO QUISIERA CREER.

SONETO.

Aspirando á un sublime afecto santo,
 Inquieto, ardiente, el corazón palpita
 Y busca de la fe la luz bendita . . .
 ¡Es tan dulce creer, consuela tanto!

Mas la vida es dolor y humo su encanto,
 Doquier la airada tempestad se agita;
 El amor cual las flores se marchita
 Y el placer más divino oculta el llanto.

Yo la dulce quietud, la paz ansío;
 Yo quisiera creer, porque me asombra
 En la duda vivir y en el hastío.

Con afecto la fe mi labio nombra,
 ¿Mas cómo he de creer ¡cómo, Dios mío!
 En la duda, en el llanto y en la sombra?

León, 1866.

CORTÉS EN POPOTLA.

SONETO.

Todo en silencio lúgubre yacía,
Y pálido Cortés como la muerte,
Sin fe, sin armas, abatido, inerte,
Su destrozado ejército veía.

Del vencedor pensando en la alegría,
Miraba con dolor la amarga suerte
Del prisionero hispano, y su alma fuerte
De piedad y de horror se estremecía.

Al ver cual humo su poder deshecho,
Y los campos al ver en sangre rojos,
Sintió oprimirse su agitado pecho;

Quiso expresar terrible sus enojos;
Mas se apagó su voz con el despecho
Y brotaron dos lágrimas sus ojos.

León, 1866.

SUPPLICIO DE CUAUHEMOC.

SONETO.

Pensaba en su avidez el castellano
Que el tesoro del rey era infinito,
Y torpe y sordo del honor al grito
La ardiente hoguera preparó inhumano.

Junto con el monarca mexicano
Arrojó en el tormento al favorito . . .
¡Ah! pero inútil fué su afán maldito,
Estéril su ambición, su crimen vano.

Trémulo el favorito prisionero
Al sublime monarca dirigía
Suplicantes miradas angustiosas,

Y entonces, el gran rey, el gran guerrero
Dijo al débil vasallo que gemía:
“¿Estoy yo por ventura sobre rosas?”

Enero, 1867.

SONETO.

Brilla en Oriente el sol, pasa la aurora,
 Pasa triste después la noche umbria
 Y pasa lento un día y otro día,
 Y el alma siempre su dolor devora.

Pasa la primavera encantadora
 Con su luz, y su aroma, y su alegría,
 Y pasa la estación árida y fría
 Y el alma siempre abandonada llora.

Si á las eternas horas yo pudiera
 Darles las alas del veloz deseo
 Con que hasta hoy impaciente el alma aguarda,

¡Cuán dulce y cuán feliz mi vida fuera!
 ¡Cuán cierto viera lo que incierto veo!
 ¡Cuán presto fuera lo que tanto tarda!

1867.

PROFESIÓN DE FE.

A LAURA.

La amable carta miré
 Que escribió tu mano bella;
 Su objeto explicar no sé,
 Y mucho me extraña á fe
 Lo que me dices en ella.

Niña, en los buenos salones
 La política da sueño,
 Y no alcanzo las razones
 Por qué tienes tal empeño
 En saber mis opiniones.

Verde, blanca ó encarnada,
 Siempre el alma enamorada
 Rinde tributo al amor,
 Y no modifica en nada
 Al sentimiento el color.

No importa á tu paz, bien mío,
Saber si en JUÁREZ confío;
Que cariñoso y clemente
Bendice Dios igualmente
Al cristiano y al judío.

El color no importa cosa;
Rojos te puedo mostrar
Con sucesión venturosa,
Dilatada y numerosa
Como la arena del mar.

Para decir con delicia
Algún requiebro oportuno,
Para hacer una caricia,
No es necesario, en justicia,
Tener partido ninguno.

Aristócrata ó pechero,
Reformista decidido,
O agente loco del clero,
Tirio ó troyano, te quiero
Como nadie te ha querido.

Firme y constante en amar
Sabré siempre conservar
El cariño que nos liga,
Y es inútil que te diga
Mi manera de pensar.

Quiero, empero, complacerte,
Que siempre mi anhelo fué
Contenta en todo tenerte;
Pues lo quieres, voy á hacerte
Una profesión de fe.

Desde el día en que te ví
Palpitó mi corazón
Y por dueño te elegí;
Ya ves que ha tiempo ejercí
El derecho de elección.

Tú eres mi única alegría,
Tú eres mi rey, alma mía;
Mi corazón es tu imperio,
Y amante, y rendido, y serio
Proclamo tu gerarquía.

Con el influjo que tiene,
Protegiendo nuestra unión,
Tu hermana ¡oh niña! interviene:
La intervención me conviene;
Acepto su intervención.

Cierto francés relojero
Se interesa á tu dinero,
Pero he de acabar con él;
Guerra, guerra sin cuartel
Al enemigo extranjero.

Fiero tu padre y tirano
Quiere con mala intención
Á otro dar tu linda mano;
Pero yo, buen ciudadano,
Seré de la oposición.

Por la risa desprendida
De tus labios de coral;
Por tu amor, prenda querida,
El alma te doy, la vida,
Ya ves que soy liberal.

Quiero tu amor para mí
 Con amante despotismo,
 Que alma y corazón te di,
 Y tratándose de ti
Adoro el absolutismo.

Cuando dichoso á tu vista
 Va haciendo mi amor progresos
 Y algún abrazo conquista,
 Conquistar quiere mil besos;
Ya ves que soy progresista.

Y pues ardiente te llamo
 Y no me puedes oír,
 Puesto que ausente te amo,
 Para escribirte reclamo
La libertad de escribir.

Busco en tus brazos abrigo
 Y en tus ojos ilusión,
 Y para unirme contigo
 Tierno proclamo y bendigo
El derecho de reunión.

Si al fin mi solicitud
 Pagas, mi bien, con un sí
 Y me vuelves la quietud,
 Tendrás un esclavo en mí;
Proclamo la esclavitud.

Con un cariño sincero,
 Que contribuyas espero
 A hacer mis dichas perfectas,
 Y advierte ¡oh Laura! que quiero
Contribuciones directas.

Y si en tierna intimidad
 Y á mi en sociedad unida,
 Me consagras tu amistad;
 Yo consagraré mi vida
Al bien de la sociedad.

Para imprimir en tu frente,
 Do miro el amor lucir,
 Un beso dulce y ardiente,
 Proclamo constantemente
La libertad de imprimir.

Yo amo la paz en la tierra,
 Y si tu alma, como es justo,
 Amor por mi amor encierra,
 Firmaré con mucho gusto
La abolición de la guerra.

Siempre á mi lado tenerte
 Son mis únicos deseos,
 Y pues me muero sin verte,
 Me pronuncio sin rodeos
Contra la pena de muerte.

Soy tan franco, dueño mío,
 Como tu amor exigió;
 Mis opiniones te envío
 Y espero amante, y confío
 Que pensarás como yo.

A UNA TÓRTOLA.

SONETO.

¡Pobre avecilla amante! En las sonoras
 Ramas flexibles del saúz sombrío,
 En amoroso y tierno desvarío
 Tu amarga soledad triste devoras.

¡Ay! en las dulces y risueñas horas
 De las tibias mañanas del Estío,
 Oyendo murmurar el manso río
 Tristezas cantas y desdenes lloras.

¡Oh! cuál mi corazón palpita al verte!
 Yo también tras de goces seductores
 Siento en el alma del dolor la muerte.

Yo canto, como tú, tiernos amores:
 Llorar hasta morir es nuestra suerte:
 Lloremos á la par entre estas flores.

León, Noviembre 25 de 1867.

LA VIUDA.

(Imitación de Romani.)

Ya no busquéis la espléndida hermosura
 Que en mi semblante un tiempo fulguró;
 Cual flor por el invierno deshojada
 En medio del pesar palideció.

Desatados se agitan mis cabellos,
 Y guirnaldas y gasas destrozé;
 ¿De qué me sirven hoy galas y flores
 Si no las mira ya mi dulce bien?

¡Ay! no me preguntéis por qué mi frente
 Mustia se inclina al peso del dolor,
 Que el girasol así triste se inclina
 Cuando triste en el cielo expira el sol.

Yace en el polvo el arpa abandonada;
 Mudos están mis labios al placer;
 ¿De qué me sirven ya los tiernos cantos
 Si no los ha de oír mi dulce bien?

León, Noviembre, 1868.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

(Imitación de Parini.)

Se asoma en la pradera,
De lirios coronada,
La hermosa primavera,
Vertiendo placentera
Su brisa perfumada.

De céspedes mullidos,
Brillantes y floridos,
Se cubren las colinas;
Y tornan á sus nidos
Las pardas golondrinas.

Ya recorriendo errantes
Los álamos flotantes,
En castos embelesos,
Se dan amantes besos
Las tórtolas amantes.

Ya al valle silencioso
El tierno corderillo
Desciende presuroso,

Buscando bullicioso
Las ramas del tomillo.

Ya del Abril mirando
Las mágicas auroras,
Las selvas van cruzando,
De amores suspirando
Las candidas pastoras.

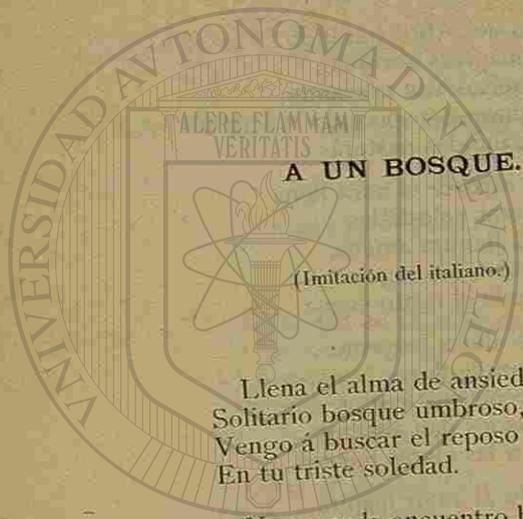
Se esparce el aura llena
De notas celestiales
Por la llanura amena,
Y acuden los zagales
A donde el canto suena.

Las ninfas inocentes,
Forman de flores lazos
Para ceñir sus frentes,
Y ellos les dan abrazos
Junto á las claras fuentes.

Todo al amor inspira,
El bosque, el mar, la flor;
Doquier amor se mira;
Todo de amor suspira,
Todo respira amor.

¡Ay! en el orbe entero
Su canto indefinible
Contemplo lisonjero . . .
Y sólo es insensible
La virgen por quien muero.

León, Noviembre, 1868.



A UN BOSQUE.

(Imitación del italiano.)

Llena el alma de ansiedad,
Solitario bosque umbroso,
Vengo a buscar el reposo
En tu triste soledad.

Ya en nada encuentro belleza:
El perfume de las flores,
La voz de los ruiseñores,
Todo me inspira tristeza.

Mi amor olvidando Elisa,
Huyó para no tornar,
Y ya no puedo mirar
Su dulcísima sonrisa.

¡Cuántas veces, bosque umbrío,
Tierna, cariñosa, ardiente,
Vino a reclinar su frente
Aquí sobre el seno mío!

¡Cuántas veces mi dolor
Calmó su ardiente mirada!
¡Cuántas de amor extasiada
Por mi suspiro de amor!

En mi ternura infinita,
Y a la luz de mi deseo,
Me parece que la veo
En cada flor que se agita.

Me la recuerda tu sombra,
Su voz me trae el ambiente,
Y en sus murmullos la fuente
Me parece que la nombra.

Perdona ¡oh bosque! y mi llanto
Deja que corra por ella . . .
¡Es tan cándida, tan bella,
Y la quiero tanto, tanto . . . !

Si olvidara sus enojos,
Con qué amantes embelesos
Secara yo con mis besos
Las lágrimas de sus ojos.

Sí, con inmenso placer,
Por ella de amor suspiro . . .
Pero ¡ay! deliro, deliro,
Huyó para no volver.

Hoy sin su grata presencia,
Mi vida apagarse siento,
Porque es su divino aliento,
Aliento de mi existencia.

Si acaso en lejano día,
Vuelve á buscar mis amores,
Sólo hallará entre tus flores,
Mi sepultura sombría.

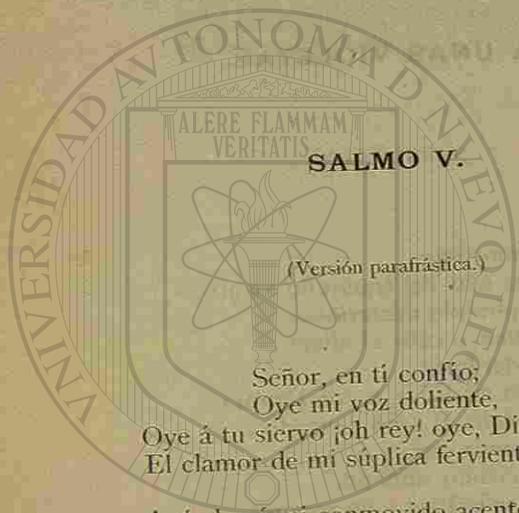


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A UNAS VIOLETAS.

(GRADÉNICO).

Violetas amorosas
Que, entre las olas del tranquilo viento,
Exhaláis suspirando misteriosas
De vuestro blanco cáliz el aliento;
Si por favor del hado
Os corta al fin mi Elisa, y con ternura
Tanto os estrecha al seno delicado,
Que vuestra savia pura
Ese calor dulcísimo sintiendo
En perfumes se exhale y en vapores
Su cáliz virginal humedeciendo;
Yo os ruego ¡oh blancas y modestas flores,
Hijas de los amores,
De la tierra feraz y el sol ardiente,
Que al esparcir allí vuestros olores
Derramáis con la savia juntamente
Este que dejo en vos suspiro ardiente!



SALMO V.

(Versión parafrástica.)

Señor, en tí confío;
 Oye mi voz doliente,
 Oye á tu siervo ¡oh rey! oye, Dios mío,
 El clamor de mi súplica ferviente.

A tí alzaré mi conmovido acento
 A la primera luz de la mañana;
 Y de tu amor sediento
 Buscaré tu presencia soberana.

Señor, como eres justo
 Al malvado persiguen tus enojos,
 Y ni un instante se hallará el injusto
 Delante de tus ojos.

Tú aborreces ¡oh Dios! al temerario
 Que á la maldad alienta;
 Al hombre sanguinario,
 Y al que con la mentira se alimenta.

Señor, en tí confío;
 Y en tu mansión bendita,
 Yo en tus altares rogaré, Dios mío,
 Pues tu misericordia es infinita.

A tu justicia ¡oh Dios! mi alma levanta;
 Con tu poder divino
 Lleva mi debil planta
 De la santa virtud por el camino.

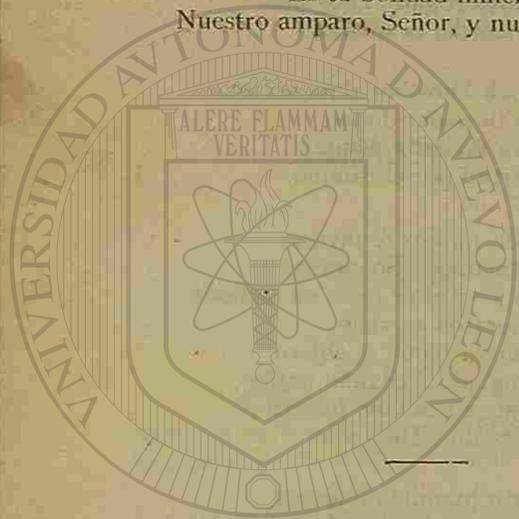
Señor, mi voz te invoca:
 Vence á mis enemigos Soberano,
 Pues nunca la verdad se halla en su boca;
 Su corazón es vano,
 Es su garganta ya sepulcro abierto . . .
 Cuna es su lengua del engaño impío . . .
 Mira un instante su camino incierto,
 Y júzgalos, Dios mío.

Su pensamiento humilla poderoso,
 Sus necias impiedades;
 Castiga rigoroso,
 La inmensa multitud de sus maldades.

Viva gozoso el corazón del bueno
 Que en tí ha cifrado su esperanza ardiente,
 Pues de bondades lleno
 Morará á su lado eternamente.

De los que aman ¡oh Dios! tu santo nombre
 Bendices la memoria,
 Para que admire el hombre
 La majestad sublime de tu gloria.

Tu divina piedad, nuestra defensa
 Es contra el mal sañudo;
 Es tu bondad inmensa
 Nuestro amparo, Señor, y nuestro escudo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALMO VI.

(Versión parafrástica.)

¡Señor, compasivo mira
 Mi dolor y mi tristeza!
 ¡Ya no hieras mi cabeza
 Con el rayo de tu ira!

¡Señor, Señor, ten piedad
 De la angustia de mi alma!
 ¡Señor, cariñoso calma
 Mi doliente enfermedad!

Ansía que nunca sentí
 Mi vida está devorando:
 ¡Señor, Señor! ¿hasta cuándo
 Tendrás compasión de mí?

Con tu mirada bendita
 Dulce consuelo me envía;
 Salva ¡oh Dios! el alma mía
 Por tu piedad infinita.

Tu divina piedad, nuestra defensa
 Es contra el mal sañudo;
 Es tu bondad inmensa
 Nuestro amparo, Señor, y nuestro escudo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALMO VI.

(Versión parafrástica.)

¡Señor, compasivo mira
 Mi dolor y mi tristeza!
 ¡Ya no hieras mi cabeza
 Con el rayo de tu ira!

¡Señor, Señor, ten piedad
 De la angustia de mi alma!
 ¡Señor, cariñoso calma
 Mi doliente enfermedad!

Ansía que nunca sentí
 Mi vida está devorando:
 ¡Señor, Señor! ¿hasta cuándo
 Tendrás compasión de mí?

Con tu mirada bendita
 Dulce consuelo me envía;
 Salva ¡oh Dios! el alma mía
 Por tu piedad infinita.

Si me hundo al infierno, allí
Jamás cantaré tu amor;
Porque en la muerte, Señor,
No hay quien se acuerde de ti.

El ¡ay! que exhalo en mi espanto
Ha desgarrado mi pecho;
Todas las noches mi lecho
Empaparé con mi llanto.

En dolorosa inquietud
Ya mi vista se oscurece;
Mi corazón languidece
En triste decrepitud.

Apartad, los que al error
Habéis sin cesar seguido,
Que la voz de mi gemido
Piadoso escucha el Señor.

Huyan de mí los que airados
Sin cesar me persiguieron;
Los que á Dios ingratos fueron
Conviértanse avergonzados.

SALMO VII.

(Versión parafrástica.)

Señor, en tí confío;
En tí, Señor, espero;
Defiéndeme, Dios mío,
De mi adversario fiero
Que me persigue indómito
En su fatal furor;
Si nó me das tu abrigo
En tan atroz combate,
Temo que mi enemigo
El alma me arrebaté,
Como á la oveja débil
El bárbaro león.

Señor, si te he olvidado,
Si aliento á la venganza
Mi corazón ha dado,
Caiga sin esperanza
De mi enemigo pérfido
Bajo el impuro pie;

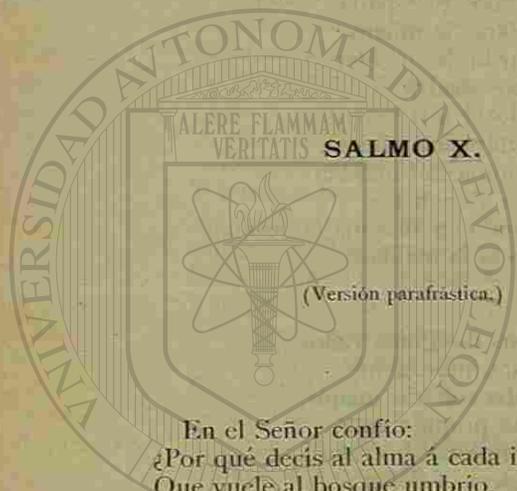
Airado y sin clemencia
 Persiga el alma mía,
 Y hollando mi existencia
 Con cólera sombría,
 Reduzca á polvo misero
 Mi gloria y mi poder.

Levántate, Dios mío,
 Y muestra poderoso
 En medio del impío,
 Muestra el fulgor radioso
 De tu grandeza espléndida;
 Levántate, Señor.
 Tú juzgas las naciones;
 Los pueblos te rodean;
 Que todas mis acciones,
 Señor, tus ojos vean,
 Y juzga ¡oh Dios altísimo!
 Mi ardiente corazón.

Tú arrojarás al cieno
 A la maldad impía;
 Tú llevarás al bueno
 Por la segura vía;
 Que hasta lo más recóndito
 Tú de las almas ves.
 Tú amas al que sus ojos
 A tí, Señor, levanta;
 Y temple tus enojos
 Misericordia santa
 Porque eres tú magnánimo,
 Justo y sufrido Juez.

Si el malo la mirada
 Jamás á tí convierte,
 Tú vibrarás tu espada,
 Tú le darás la muerte;
 Y el dardo de tu cólera
 Su frente abatirá.
 ¡Ay del que á tí te irrita
 Y á la injusticia alienta,
 Y á la impiedad maldita
 Fatídico alimenta,
 Guardando en su alma el germen
 Que brota la maldad!

En sus designios vanos,
 El cavará imprudente
 Su tumba con sus manos;
 Sobre su propia frente,
 Cual tempestad horrisona,
 Descenderá el dolor.
 Tú, con tu santo aliento
 Destruyes la malicia:
 Señor, mi pensamiento
 Bendice tu justicia:
 Tu nombre en dulce cántico
 Yo alabaré, Señor.



En el Señor confío:

¿Por qué decís al alma á cada instante
Que vuele al bosque umbrío,
Y huya y se aleje como el ave errante?
Los que aman la maldad, los pecadores,
Sus arcsos empuñaron
Y saetas agudas prepararon,
Herir queriendo entre la sombra oscura
A los que alzan á Dios el alma pura.
Ellos las obras del Señor destruyen
En el impulso ciego de su ira;
Pero el Señor los mira
Desde su templo santo:
Del poderoso apagará el encono;
Él su soberbia abatirá en el suelo,
Porque el Señor Altísimo en el cielo
Sentado está sobre su excelso trono.

En el Señor confío:

Sus ojos ven al pobre; sus miradas
De los hombres penetran la conciencia
Y contemplan al justo y al impío.
¡Ay del que amando la maldad existe
Porque aborrece su alma!
Nunca hallará la calma;
De lazos por doquier veráse lleno;
De amargura su cáliz tendrá henchido,
De azufre derretido,
De fuego, y tempestades, y veneno.
El Señor abomina la malicia;
La impiedad el Señor siempre aborrece;
Él ama la justicia;
La equidad en su rostro resplandece.

SALMO XXVII.

(Versión parafrástica.)

A tí clamo, Señor, en tí confío;
Ya no más en silencio estés, Dios mío,
Que temo verme al fin, si estás callado,
Como aquellos que en tu ira has arrojado
En el lago tristísimo y sombrío.

Oye la voz humilde de mi canto,
Oye, Señor, mi súplica ferviente,
Cuando en las gradas de tu templo santo
Mi rodilla doblando reverente
A tí las manos con amor levanto.

Nunca, Señor, me arrojes confundido
Con aquellos que á tí te han ofendido,
Que tienen siempre para hacer agravios
De palabras de paz llenos los labios
Y de maldad el corazón henchido.

Castiga, sí, su pensamiento injusto;
Inmenso á su dolor como la ofensa
Que ellos hicieron á tu nombre augusto,
Y hallen, Señor, en tu castigo justo
De su infame maldad la recompensa.

Sí, tú los destruirás porque estuvieron
A tu infinita luz ciegos sus ojos;
Negaron tu poder y te ofendieron;
Despreciaron audaces tus enojos
Y comprender tu gloria no quisieron.

¡Benedicid al Señor por donde quiera!
Que Él escucha la queja lastimera
Que hace exhalar al labio el dolor rudo:
El es mi protector, Él es mi escudo,
Y sólo en Él mi corazón espera.

Yo alabaré su nombre conmovido,
Que Él animó mi espíritu abatido
Volviéndome el vigor, la fe, la calma;
Él es la fortaleza de mi alma,
El protector que salva á su escogido.

Por tu poder ¡oh Dios! santo, infinito,
Sostenido á tu pueblo siempre vea;
Y bendito, Señor, bendito sea,
Hasta la eternidad por tí bendito.

LA BELLEZA DEL ALMA.

SONETO.

No es tu dulce mirar que resplandece,
 No es el encanto de tu frente altiva
 Lo que enciende, mi bien, la llama activa
 Que arde en mi pecho y que incesante crece.

La frágil hermosura languidece
 Un instante después que nos cautiva,
 Y cual errante fuego, fugitiva,
 Al soplo de la edad se desvanece.

Yo sé que en tu alma, ¡oh niña! hay un tesoro
 De hermosura inmortal y de grandeza
 Que nunca es causa de doliente lloro.

La hermosura de tu alma es la pureza,
 Y esa santa hermosura es la que adoro,
 Pues yo amo siempre la inmortal belleza.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL INVIERNO.

SONETO.

Del triste invierno las neblinas llegan;
 Ya las aves su nido abandonaron;
 Ya del maíz las cañas se secaron,
 Y gimen con el viento, y se doblegan.

Las otoñales auras ya no juegan
 Con las flores que ayer acariciaron;
 Ya los bellos matices se apagaron,
 Y místios valles las corrientes riegan.

A somando entre nubes apiñadas,
 Trémulo, opaco rayo el sol envía
 Sobre sierras de nieve coronadas.

Busco en vano placer, luz y alegría,
 Pues no hay más que llanuras desoladas,
 ¡Ay! desoladas como el alma mía.

Diciembre, 1870.

A LA ARTISTA MEXICANA

ÁNGELA PERALTA.

SONETO.

Cruzando el ancho mar tendiste el vuelo,
Y en la margen del Tíber, inspirada,
A la patria del Dante infortunada
Le diste con tu voz dulce consuelo.

México entonces con ardiente anhelo
Fijó en ti cariñosa la mirada,
Y exclamó contemplándote extasiada,
Su hermosa frente levantando al cielo:

“Sus acentos oid, sus seductores
“Dulces cantos de amor. Soy su alegría,
“Soy la diosa que inspira sus amores.

“Yo le di de mis bosques la armonía,
“Es un ave nacida entre mis flores,
“Yo soy su inspiración, su gloria es mía.”

León, 1866.

EL NÁUFRAGO Y LA ROCA.

(Imitación del inglés.)

SONETO.

La procelosa mar ruge agitada,
Y en las ondas un náufrago doliente
Implora compasión inútilmente
Al cielo, al mar, á la tormenta airada.

Una roca á lo lejos elevada
Contempla su agonía indiferente,
Y en el mar vencedora alza la frente
De vaporosas nieblas coronada.

Así también ¡oh Laura! el alma herida
¡Ay! de las ondas en la furia loca,
En el mar del amor vaga perdida;

Y en vano en su hondo afán tu nombre invoca,
Porque somos los dos, Laura querida,
Yo el náufrago infeliz y tú la roca.

León, 1866.

SONETO.

¿Qué es el humano corazón, Dios mío . . . ?
Eterna decepción no comprendida,
Ayer amaba su ilusión perdida
Y hoy siente de otro amor el desvarío.

Junto á un sepulcro ayer lloró sombrío
Y hoy goza en el festín que amor convida;
Bien dice Campoamor, que en esta vida
Sólo sentimos el calor y el frío.

Esta no es nuestra patria, es cosa vista;
Pero pasan alegres su destierro
La hermosa, el rey, el militar y el fraile.

Y hasta yo que me llamo moralista,
No hace mucho que vine de un entierro
Y me estoy preparando para un baile.

León, 1866.

SONETO.

¿Y es este, ingrato amor, el dulce abrigo
Que tú engañoso me ofreciste un día . . . ?
¡Ay! la tristeza pálida y sombría
Desde que oí tu voz vive conmigo.

Amor, injusto dios, pérfido amigo,
Ya no quiero sufrir, quiero alegría
¿Es acaso tu dicha esta agonía?
Si esta es tu gloria, amor, yo te maldigo.

¡Ah! pero no, piedad: en vano lanza
Tristes quejas mi labio; el bien que anhelo
Nunca entre risas y placer se alcanza.

Bendito ¡oh tierno amor! tu amargo duelo;
Que á mi oído suspira la esperanza
Que nunca sin dolor se llega al cielo.

Noviembre 9, 1867.

EL SUICIDA.

SONETO.

Un instante vacila, el hierro toma,
Y maldiciendo á Dios con voz de trueno
Anhela demostrar de orgullo lleno
Que nunca el miedo su carácter doma.

Una sonrisa de desprecio asoma
En sus pálidos labios, y sereno
El agudo puñal hunde en su seno,
Y bañado en su sangre se desploma.

Al contemplar al fin su pecho herido,
Morir no quiere; con terror suspira,
Y una oración murmura arrepentido.

Su incierta vista con espanto gira,
Su cabello se eriza, dá un gemido,
¡Ay! y luchando por vivir expira.

Noviembre 12, 1867.

SONETO.

Una noche feliz del Mayo ardiente
Tu semblante entre sueños yo veía,
Y tu armoniosa voz plácido oía,
Por mi amor suspirando dulcemente.

De tus ojos la luz indeficiente
A mi amante mirar se confundía,
Y entre sueños dulcísimos sentía
Castos besos de amor sobre mi frente.

¿Quién de mis sueños el placer me diera
Y el bien que nunca el corazón alcanza?
¡Ay, quién soñando así vivir pudiera!

Siempre ¡oh niña! en tan dulce bienandanza
Con la esperanza yo soñar quisiera,
Que es hermosa hasta en sueños la esperanza.

Noviembre 13, 1867.

SONETO.

ALERE FLAMMAM
VERITA' (Imitación del italiano.)

El monte, el valle, la arboleda umbria,
El florido vergel, la mansa fuente,
El lago inmóvil, y el saúz doliente
Do el ave canta al declinar el día;

Mi pasada ventura y mi alegría
Me recuerdan ahora tristemente,
Y aquel divino amor, tierno y ardiente,
Que hoy sólo existe en la memoria mía.

Aquí de Elisa el nombre está grabado;
Y aquí, hermosa, radiante y placentera
Transformaba mi duelo en bienandanza.

Pero ¡ay! también aquí fui desgraciado,
Aquí la contemplé la vez postrera,
Y aquí perdí mi dicha y mi esperanza.

León, 1867.

SONETO.

¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué no miro
Cual otro tiempo tu semblante hermoso?
¿Y por qué si te llamo cariñoso
No responde tu acento á mi suspiro?

¡Ay! me olvidaste, Elisa! En vano aspiro
A estrecharte en mis brazos amoroso;
En vano por doquier te busco ansioso,
Y en vano, ardiente, por tu amor deliro.

¿En dónde, Elisa, están mis alegrías?
¿Dónde está tu ternura? ¿Qué se hicieron
Tus dulces risas y las glorias mías?

¡Ay! Si tan bellos para el alma fueron
Aquellos de mi amor felices días,
¿Por qué tan presto para siempre huyeron?

León, Diciembre 4 de 1867.

SONETO.

(Traducción libre del italiano.)

Yo soy la pasajera golondrina
 Que cruza el mar y busca otra pradera,
 Abandonando el bosque y la colina
 Y el techo donde vió la luz primera.

Huyendo el rayo que el amor fulmina
 Dejé mi choza y mi natal ribera;
 Por un desierto erial mi pie camina,
 Y es la amarga inquietud mi compañera.

En esta triste playa y silenciosa,
 Al cantar mis pesares, llamo amante
 A la que no he de ver, virgen hermosa.

Llorando vivo de mi bien distante . . .
 Brisa primaveral, vén cariñosa
 Para que al nido vuelva el ave amante.

León, Diciembre 4 de 1867.

A LA NOCHE.

SONETO.

Vén ¡oh tranquila noche! y cariñosa
 Da á mi profunda pena el dulce olvido:
 Siempre al mirar tus sombras he sentido
 Inefable ternura misteriosa.

Tu oscuridad al alma es más hermosa
 Que el sol ardiente en el Abril florido;
 Vén, y escucha mi lánguido gemido,
 Vén á calmar mi afán, vén silenciosa.

Pero en vano te imploro, aunque tu velo
 De una grata quietud la bienandanza
 Y la calma doquier vierte en el suelo,

Tu silenciosa sombra á dar no alcanza,
 Ni al dolor de los míseros consuelo,
 Ni al corazón doliente la esperanza.

León, Diciembre 4 de 1867.

SONETO.

Cuando brilla la aurora en el Oriente,
 Cuando lánguido y triste expira el día,
 Ya en la ciudad altiva, ya en la umbria
 Margen musgosa de la clara fuente;

Ora el sueño me arrulle dulcemente,
 Ya del amargo insomnio en la agonía,
 Ora goce, ora sufra, Elisa mía,
 Siempre en mi corazón estás presente.

Tú eres mi luz, mi ser; tú eres mi aliento;
 Por ti amo á la virtud, por ti respiro,
 Y por ti de la gloria el ansia siento.

Por doquiera que voy tu imagen miro;
 Tuyo siempre será mi pensamiento,
 Y tuyo ¡oh niña! mi postrer suspiro.

León, Diciembre 6 de 1867.

SONETO.

No aspiro yo al poder, germen de horrores
 Que ha llenado de lágrimas el suelo;
 Ni fausto, ni oro, ni renombre anhelo,
 Que es sombra de placer entre dolores.

A mí me bastan, niña, tus amores,
 Tu risa, en mi inquietud grato consuelo,
 Mi humilde choza que bendice el cielo,
 Y mi zampoña rústica y mis flores.

Más que el aureo esplendor de regio trono
 Amo yo tu mirada placentera,
 Y los pálidos lirios de mi huerto.

Tu amor, tu dulce amor sólo ambiciono,
 Que mi alma sin tu amor desierto fuera,
 Y un cielo con tu amor es el desierto.

Diciembre 7 de 1867.

EL BESO.

(Imitación de Zappi.)

SONETO.

Allá en la edad en que al rizado armiño
Del cuello de mi cabra no alcanzaba,
Amaba á Elisa yo, y en mi cariño
Deidad y no mujer la contemplaba.

Con acento sincero y sin alíño
Una noche mi amor le revelaba,
Y ella, dándome un beso, murmuraba:
"No sabes que es amor, eres muy niño."

Ella por otro al fin suspira amante;
Y yo estoy en la edad de la agonía
En que al alma el amor hiere incesante.

Elisa esquivaba la ternura mía;
Ella olvidó mi amor en un instante,
Y recuerdo aquel beso todavía.

León, 1867.

SONETO.

(Imitación del italiano.)

Elisa va á llegar . . . La espero ansioso:
Presto en las alas de la leve brisa
El blando acento de su alegre risa
Resonará en el valle silencioso.

Ya me parece ¡oh gloria! que amoroso
Bebó el néctar de amor en su sonrisa,
Y trémulo suspiro: "amada Elisa,
Cuán venturoso soy, cuán venturoso."

Ya me parece que ella dulcemente,
Su hermoso nombre por mi mano impreso
Mira en el tronco del saúz doliente;

Que suspira al mirarme en mi embeleso;
Que un divino pudor tiñe su frente,
Y en su divina frente estampo un beso.

León, Diciembre 13 de 1867.

SONETO.

Por ella, por su amor, tierno sonríe,
Se transforma mi sér y se engrandece;
Bello por ella el mundo me parece,
Y por ella no más la gloria ansío.

El amor de mi Elisa es el rocío
Que fecundiza el alma y la embellece;
Hermoso, como el sol que resplandece,
De luz inunda el pensamiento mío.

Elisa en gracia y en beldad descuella;
Es imposible verla sin amarla,
Porque es cual la virtud, cándida y bella.

¡Oh, cuánto el corazón goza al mirarla!
¡Cuán dulce es siempre suspirar por ella!
¡Cuán venturoso soy en adorarla!

León, Diciembre 13 de 1867.

EL RELÁMPAGO.

SONETO.

Ruidoso el huracán tiende su vuelo;
En las sombras la luz se desvanece;
El soberbio Ixtacihuatl se estremece,
Y ruge airado el mar, y tiembla el suelo.

De las nubes rasgando el denso velo
El relámpago brilla y resplandece;
Un instante se agita y desaparece,
Oscuridad y horror dejando al cielo.

Así un tiempo también, bello y brillante,
Tornando en inquietud mi dulce calma
Hirió el placer fugaz el pecho mío.

Su engañoso fulgor brilló un instante
Y rápido pasó, dejando al alma
Eterna oscuridad y eterno hastío.

1866.

¿POR QUÉ SUSPIRO AL CONTEMPLAR EL CIELO?

Por qué al nacer el día,
 Cuando cantan los tiernos ruiseñores
 Su dicha y sus amores
 En la arboleda umbría;
 Cuando en la margen de la fuente fría
 Su cáliz a la luz abren las flores;
 Cuando apacible y bella,
 Cual la esperanza mía,
 Se oculta del amor la blanca estrella,
 Y la noche sombría
 Presurosa recoge el negro velo:
 ¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

Por qué cuando en la siesta
 Extraña languidez el alma siente,
 Y de la cumbre enhiesta
 Voy á buscar la sombra á la floresta
 Porque ardoroso el sol quema mi frente;
 Cuando llamo al reposo dulcemente
 En la grata espesura reclinado;

Cuando busca los claros manantiales
 En las umbras selvas el ganado;
 Cuando en blancas y leves espirales
 Miro el humo subir de las cabañas,
 Y en giros desiguales,
 Cruzando las montañas,
 Las nubes pasan en callado vuelo:
 ¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

Por qué cuando la tarde fatigada
 En el Ocaso triste se reclina
 Lanzando al mundo la postrer mirada;
 Cuando la rosa pálida se inclina
 A sus sueños más dulces entregada;
 Cuando la brisa plácida murmura
 Y el labrador se vuelve á sus hogares,
 Y en la tendida playa y la llanura
 Resuenan melancólicos cantares;
 Cuando arrulla en los sáuces la paloma,
 Y en el Oriente asoma,
 Magnífica y hermosa,
 La luna misteriosa
 Sin un leve celaje, sin un velo:
 ¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

Por qué cuando indeciso y vacilante
 Voy por la tierra triste y caminando,
 Cual peregrino errante
 Que, pálido y llorando,
 Avanza en el desierto
 Vagando siempre con destino incierto;
 Cuando ni dicha espero ni hallo calma;
 Cuando miro mi nombre en el olvido;
 Cuando pienso en mi amor no comprendido;

Cuando ánsia eterna me devora el alma,
Y lloro con afán y sin consuelo:
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

¿Por qué del sol ardiente
Me parecen opacos los fulgores,
Y á su hermosura soy indiferente
Y con desdén sonrío?

¿Por qué me canso de mirar las flores?
¿Por qué su dulce olor me causa hastío?
¡Ay! ¿por qué si suspira el pecho mío
Por el falaz amor de las mujeres,
Aspirando su dicha y sus placeres,
Siento en el corazón hondo vacío?

¿Por qué el semblante de la muerte triste
Contemplo sin dolor, sin desconsuelo?

¿Por qué en perpétuo anhelo
De gozo y de ilusión el alma existe . . . ?
Si otros hallan el mundo tan hermoso,
¿Por qué yo vivo en incesante duelo

Sin encontrar reposo,
Cual ave errante en infecundo suelo?

¿Existe acaso, tras la tumba oscura,
Otro sol, otra gloria, otra ventura,
Otra esperanza bella, otro consuelo?
¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?

1865.

GARCILASO.

SONETO.

Ora al lado del rey, ora entre flores,
Gozó en su juventud dulce ventura,
Volviendo alegre de la fuente pura
Valiente á sostener lizas de amores.

Entre apuestos y altivos trovadores
Carinoso mirando á la hermosura,
Entusiasta cantaba en su ternura
"El dulce lamentar de dos pastores."

Por su patria después triste llorando
Vivió solo y proscrito en tierra extraña
Con honda angustia su laúd pulsando.

Volvió al fin del destierro á la campaña
Y expiró victorioso, tremolando
El victorioso pabellón de España.

Noviembre, 1865.

EN LA TUMBA

DEL DISTINGUIDO POETA GUANAJUATENSE

D. JUAN VALLE.

Del valle silencioso,
Mansión de los amores,
Do en plácida quietud rodó tu cuna,
A verte vengo al asomar la luna,
Trovador de las fuentes y las flores.
Escucha cariñoso
Las tiernas armonías
Que en otro tiempo con placer oíste;
Tal vez te arrullen con mi canto triste
Dulces recuerdos de pasados días.

De aquellas magestosas
Montañas escarpadas
A estos valles me arrastra mi destino,
Como arrastra el airado torbellino
A las pálidas flores deshojadas.
Yo hablé con las hermosas
Que tu esperanza fueron,
Yo allí tu nombre murmuré pasando,
Y en las grutas los ecos suspirando
Mi angustiada querella repitieron.

Yo soy el que al abrigo
De la amistad sincera,
Llorando junto á tí te dió consuelo,
Y he visto triste en tu nublado cielo
Morir la luz de tu ilusión postrera.
Yo recorrí contigo
Las rústicas cabañas,
Estrechando tu mano con mi mano;
Yo soy tu amigo fiel, yo soy tu hermano;
Yo soy el trovador de tus montañas . . .

No me oyes ¡ay! mi canto
En vano aquí resuena;
Lanzo en vano suspiro quereloso,
Que en eterno silencio pavoroso
De espanto y de dolor el alma llena;
Tu rostro está sin llanto,
Tu corazón inerte,
Y aspirando narcótico beleño
Inmóvil duermes el eterno sueño
En el triste regazo de la muerte.

Ya nunca tus cantares
En nuestro bosque umbrío
Alegres sonarán, como sonaban
Cuando un tiempo feliz me despertaban
En las tibias mañanas del Estío.
Ya nunca mis pesares
Mitigará tu acento;
Que entre cipreses fúnebres tu lira,
Sólo en la noche lánguida suspira
Al rumor melancólico del viento.

Tu ausencia pesaroso,
 En trova lastimera
 Lloro en tu tumba ¡oh bardo! y mi destino,
 Porque tú, venturoso peregrino,
 Llegaste al fin á la feliz ribera.
 Dichoso tú, dichoso,
 Que al elevar tu vuelo
 Lejanas á tus pies miras las nubes,
 Y escuchas la canción de los querubes,
 Y abres tus ojos á la luz del cielo.

Dejaste de la tierra
 La triste noche oscura,
 Las deshojadas flores, la esperanza,
 Anheló inútil que jamás se alcanza
 Y es germen del dolor y la amargura.
 Dejaste aquí la guerra
 Que el corazón nos hiere;
 Las tormentas que rápidas se agitan,
 Por las flores que nunca se marchitan,
 Por el radiante sol que nunca muere.

La sombra que á tus ojos
 Fatídica envolvía,
 Por la muerte se mira disipada,
 Y hoy contemplas con ávida mirada
 La patria de la paz y la alegría.
 En tanto yo entre abrojos
 Que honda ansiedad me inspiran,
 Voy cruzando el desierto tristemente,
 Sin hallar una palma ni una fuente . . .
 ¡Ay! infelices los que aquí suspiran.

Si la calumnia impura
 Vuelve á ultrajar tu nombre;
 Si no hallas ni una flor ni una plegaria,
 ¿Qué te importa en la tumba solitaria?
 ¿Qué importa aquí la ingratitud del hombre?
 Dará á la edad futura
 La patria tu memoria;
 Pues ella te ama porque fué tu amada,
 Y hoy alumbrá su frente ensangrentada
 El espléndido rayo de tu gloria.

Reposa en paz tranquilo,
 Que si en mis ansias locas
 Volviere alguna vez de tus verjeles,
 Las hojas te daré de sus laureles
 Y las agrestes flores de sus rocas.
 De este piadoso asilo
 Donde tu sombra vaga,
 Conmovido me alejo tristemente,
 Que la luna se acerca al Occidente
 Y su luz melancólica se apaga.

Voy á mirar amante
 Nuestros risueños prados;
 Adiós, por siempre adiós, y en paz reposa:
 Yo besaré la tumba silenciosa
 Donde duermen tus padres olvidados.
 Y atravesando errante
 Las fértiles campañas,
 Cuando canten los tiernos ruisueños,
 Yo entonaré, llorando entre las flores,
 Los himnos de tu amor en tus montañas.

Panteón de Belem. Guadalajara, Octubre 25 de 1865.

UN PENSAMIENTO.

En el álbum de la simpática poetisa Isabel A. Prieto.

SONETO.

La faz doliente, la mirada incierta,
Una pálida virgen suspirando,
Y abrigo en vano con afán buscando,
Cruza la vida estéril y desierta.

Ten piedad de sus lágrimas, despierta,
Su llanto enjuga con cariño blando,
Que es mi amistad ¡oh niña! que llorando
Con dulce timidez llama á tu puerta.

Ni un astro bienhechor grato fulgura;
Abre, que ruge con furor el viento
Y está la noche oscura, muy oscura.

Mañana va á partir, oye su acento,
Que á darte viene ¡oh niña! con ternura,
El llanto de un adiós, y un pensamiento.

Guadalajara, Noviembre 6 de 1865.

FANTASÍA.

Cuando apacible, y tímida, y hermosa,
Tristemente la infancia me veía,
Y amante y cariñosa
Su último "adiós" llorando me decía,
La altiva juventud aparecía
Plácida y bella cual la luz naciente:
En su mirada ardiente
De la ilusión brillaban los fulgores,
La esperanza en su faz resplandecía,
El placer le prestaba sus colores
Y espléndida y gentil me sonreía,
La sien ceñida de fragantes flores,
Buscando amor y derramando amores.
Al mirar su magnífica hermosura,
"Cuánto te amo," le dije con ternura;
"¿No es verdad que del cielo has descendido,
Que á darme calma en mi aflicción viniste?
"¿No eres la dicha?" murmuré á su oído.
—"No soy," me dijo con acento triste.

Vi á la amistad después, cándida y bella,
La quietud derramando y el consuelo,
Y en mi amoroso anhelo
Seguí gozoso su inconstante huella,

Pensaba hallar en su apacible calma
Luz que alumbrara mi existir sombrío,
La dulce paz del alma,
La fe que aleja el matador hastío.
Busqué con ansia sus divinos lazos,
Y al estrecharla inquieto y suspirando,
"Tú eres la dicha," murmuré en sus brazos.
—"No, no," me dijo, y se alejó llorando.

Pensé en la gloria y la miré a lo lejos,
Ceñida de laurel la hermosa frente,
Espléndida, inmortal y placentera,
Las oscuras tinieblas disipando.
Al olvido á sus pies encadenando,
Radiante en juventud, bella y ardiente,
El porvenir mostrando lisonjera,
Hermosa como el sol, resplandeciente,
Feliz, cruzando la azulada esfera.
La vi, y ardiendo en su inmortal cariño,
Busqué la calma en su amoroso seno,
Cual busca amante, de delicias lleno,
El seno maternal el tierno niño.
Al mirar conmovido su guirnalda,
"Tú eres la dicha," murmuré contento;
Y entonces ella me volvió la espalda
Y la vi disiparse con el viento.

Vino el amor al fin con sus encantos,
Con su engaño falaz, con su ternura;
Lo ví, lo contemplé, sentí su fuego,
Seguí con ansia su voluble giro,
Quise entonar al verle un dulce canto;
Pero ¡ay! el alma se deshizo en llanto,
Y, trémulo y sin voz, lancé un suspiro.

Era un niño muy bello, muy gracioso,
Y extasiado mirando su sonrisa,
"Tú eres la dicha," murmuré gozoso.
—"No soy," me dijo prorrumpiendo en risa.

Desde entonces, herido y vacilante,
Pensando triste en la ilusión perdida,
Crucé, cual ave errante,
El infecundo valle de la vida.
Al extremo sentada del camino
Vi una mujer doliente y misteriosa,
De un ciprés á la sombra suspirando,
Demudada la faz, mustia y llorosa,
Con tristeza el espacio contemplando.
Vi en silencio el dolor de su amargura,
Y al comprender su duelo,
—"¿Dónde, exclamé, se encuentra la ventura?"
—"Yo soy, me dijo señalando el cielo,
"Yo endulzaré tu suerte;
"Vén á mí, vén á mí." —Y era la muerte.

Guadalajara, Octubre 16 de 1865.

SONETOS.

I.

Cual va de flor en flor la mariposa
Al leve soplo de la dulce brisa,
De un amor á otro amor vaga indecisa
Gozando sin cesar mi alma amorosa.

Más amante que Laura y más hermosa
Si está á mi lado me parece Elisa,
Y si miro de Laura la sonrisa
Me parece que es Laura más graciosa.

En vano el alma á su pasión resiste;
La luz, la dicha del soñado cielo
Ya sin Elisa para mí no existe;

No hallo sin Laura á mi dolor consuelo;
Cuando estoy sin Elisa estoy muy triste,
Y en tan inquieto afán no sé que anhelo.

1866.

II.

Si amor Elisa al corazón inspira,
También goza con Laura dulcemente;
Si Elisa tiene la mirada ardiente,
También Laura me abrasa si me mira.

Si hoy el amor de Elisa el alma inspira,
También busca el de Laura tiernamente;
No sé qué por Elisa el alma siente,
Y por Laura no sé por qué suspira.

Cariñoso á la vez sigo sus huellas,
Y á las dos les consagro mis amores,
Y á un tiempo busco sus miradas bellas,

Cual se buscan á un tiempo dos colores,
Cual se busca la luz de dos estrellas,
Cual se busca el perfume de dos flores.

1866.

®

ITURBIDE.

SONETO.

Libertador de un pueblo, que admirando
Su valor y sus triunfos, lo adoraba;
En un sólio magnífico se hallaba
Sus espléndidas glorias recordando.

Mas vió bien presto que la paz turbando
La discordia fatal su frente alzaba,
Y cual negra tormenta se agitaba
Miseria y muerte y orfandad sembrando.

“Nunca, entonces clamó, nunca el tesoro
Se pierda de la paz; nunca doliente
Quiero á mi patria ver bañada en lloro.”

Y heroico y grande con su amor ardiente,
Arrojando la púrpura y el oro,
Arrancó la diadema de su frente.

León, 1866.

MUERTE DE MOTECUHZOMA.

SONETO.

—“Que huya ese pueblo que se agita ardiente,
Cortés le dice al rey, sólo deseo.”
—“A mi lado venid, calmarle creo;”
Y el monarca lo sigue complaciente.

Vé en el muro que humilde y reverente
La turba mira su imperial trofeo;
Luego, escucha ruidoso clamoreo
Y una piedra veloz hiere su frente.

Tiembla entonces, vacila, y se abandona
A su angustia el monarca mexicano;
Vé á su pueblo después y le perdona;

Y alzar queriendo la convulsa mano,
Mira rodar su cetro y su corona
A los pies del guerrero castellano.

León, 1866.

INDIFERENCIA.

SONETO.

Ya no pienso en gozar; todo me hastía;
Ni puedo aborrecer, ni tengo amores,
Y no temo del hado los rigores
Ni en el hogar desierto, ni en la orgía.

Ya son iguales para el alma mía
Tristes abrojos y fragantes flores;
Miro iguales las sombras, los fulgores,
La oscura noche y el brillante día.

Ya no tengo ambición; ya no me mueve
De la gloria el encanto irresistible,
Y el alma apenas á pensar se atreve.

Ya para mí la dicha es imposible;
El ansia del placer no me commueve,
Y al llanto y al dolor soy insensible.

León, 1866.

SONETOS.

1.

¡Cuán hermosos los bosques, y cuán bellos
El verjel y los valles contemplaba,
Cuando lirios azules yo buscaba
Del expirante sol á los destellos.

Viendo Elena los lirios iba entre ellos
Y al hallar el más bello lo besaba,
Y al mirarle y mirarme suspiraba
Enlazándole al fin en sus cabellos.

Hoy el verjel que amé, la selva umbría,
Y el valle ameno, y la tranquila fuente,
Contempla sin placer el alma mía;

Y á la postrera luz del sol poniente,
Lirios hallo doquier, sin alegría,
Y los huello al pasar indiferente.

León, 1866.

II.

Cuando errante entre zarzas y entre abrojos
Solitario vagaba tristemente,
Siempre Elena á mi amor indiferente
Escuchaba mis ruegos con enojos.

Ni una sonrisa de sus labios rojos
Dulce calmaba mi afán doliente,
Y al verla ansioso con amor ardiente,
Siempre apartaba sus divinos ojos.

Mas si acaso en la siesta sosegada
Con alguna zagala me veía
A la sombra llegar de la enramada,

De despecho y amor palidecía;
Y era entonces muy tierna su mirada,
Y amante y con placer me sonreía.

León, 1866.

III.

Magnífico esplendor, regio decoro
Daba al alcázar su imperial belleza;
Mas vi al rey que inclinando la cabeza
Derramaba en silencio amargo lloro.

¡Desventurado rey! ¡Vano tesoro. . . !
Pensé la dicha hallar en su grandeza
Y encontré solamente la tristeza
Medio oculta en la púrpura y el oro.

En la choza olvidada, en la montaña,
Vi una zagala que feliz reía,
Lejos del mundo y á su afán extraña.

Siempre en la dulce paz se halla alegría;
Pensé hallar la tristeza en la cabaña,
Y era la dicha la que allí vivía.

León, 1866.

MI DESEO.

Nunca alcanzar pretendo la memoria
 Que alcanza el genio que se eleva al cielo;
 Ni al héroe envidia que entre llanto y duelo
 Ciñe el lauro inmortal de la victoria.

Del rey altivo la brillante gloria
 Y el esplendor magnífico no anhelo;
 Ni en el afán del oro me desvelo
 Que es el placer que da, dicha ilusoria.

Amarte ¡oh niña! y en la siesta ardiente
 En tu mano beber el agua fría
 Que corre undosa de la clara fuente;

Tu cuello acariciar con alegría,
 Sentir tus besos y besar tu frente,
 Es la gloria que anhela el alma mía.

1866.

DEJADME AQUÍ LLORAR.

Más que altivos palacios esplendentes,
 Dulces y hermosos son al alma mía,
 Mi ribera natal, mi selva umbria,
 Con sus rocas, sus palmas y sus fuentes.

Al rumor de las plácidas corrientes,
 Llorar y suspirar es mi alegría;
 Que otros apuren en ruidosa orgía
 De espumoso licor copas hirvientes.

Yo quiero aquí mirar los ruiseñores
 Que inquietos cruzan el risueño prado,
 Cantando como yo tristes amores.

Dejadme aquí vivir siempre olvidado,
 Dejadme aquí llorar entre mis flores,
 Que el llanto es el placer del desgraciado.

León, 1866.

LA CORTESANA.

Miradla en el festín. Mil amadores
Ardorosos la cercan un instante,
Y ella, inquieta también, vaga inconstante
Sus acentos oyendo engañadores . . .

Destrozadas sus galas y sus flores,
Marchito el corazón, mustio el semblante,
Sale al fin conmovida, palpitante,
Desalentada, y triste, y sin amores.

Se alza entonces del lecho en que reposa
Tranquilo el labrador, y placentera
Le sale á despedir su dulce esposa.

La cortesana en tanto huye lijera;
Llega á su hogar, doliente y silenciosa,
Y nadie ve su afán, nadie la espera.

1866.

HOMERO.

En la ruidosa Atenas, un mendigo,
Sin apoyo y sin luz, débil y anciano,
Tendiendo ansioso la convulsa mano
Demandaba un consuelo y un abrigo.

Piadoso el pueblo, de su afán testigo,
Por sus cantos un pan le daba humano;
Pero ¡ay! mil veces lo imploraba en vano
Sin hallar á su paso un techo amigo.

Ciega entonces la Grecia, no sabía
Que al Asia, á Europa, al universo entero
Del mendigo la voz conmoviera.

Que aunque en su propia patria era extranjero
Y olvidado los pueblos recorría,
Aquél anciano se llamaba Homero.

1866.

ALEJANDRO.

Joven y ardiente, de ambición sediento,
Alejandro se apresta á la victoria;
Y de ilustres hazañas la memoria
Llena su activo corazón de aliento.

Infundiendo á las huestes su ardimiento
De la futura edad piensa en la historia,
Y entre sueños espléndidos de gloria
Deja libre volar su pensamiento.

Sus magníficas joyas, campos y oro,
Al partir distribuye placentero;
Y al ver que á todos su favor alcanza,

“¿Si así, joh rey! abandonas tu tesoro,
Qué dejas para tí?” dice un guerrero.
Y Alejandro contesta: “la esperanza.”

León, 1866.

LA FLOR DORMIDA.

Mil vaporosas y flotantes nubes,
De pálido color,
Interceptan los rayos esplendentes
Del encendido sol.
Dulce silencio por doquier derrama
Benéfico sopor;
No se oye ya de la paloma triste
La conmovida voz.
Amante el aura, con cariño besa
El seno de una flor;
Y la rosa se arrulla blandamente
Con sueño de ilusión.
Conmovida al contacto misterioso
Suspira con amor,
Y sintiendo los besos ya no siente
Que ruge el aquilón.
No duermas ¡ay! que la tormenta llega,
No duermas, pobre flor;
No duermas ¡ay! que el desengaño viene,
¡Despierta, corazón!

1859.

GUERRERO.

SONETO.

En los montes del Sur, Guerrero un día,
Alzando al cielo la serena frente,
Animaba al ejército insurgente
Y al combate otra vez lo conducía.

Su padre en tanto, con tenaz porfía,
Lo estrechaba en sus brazos tiernamente,
Y en el delirio de su amor ardiente
Sollozando á sus plantas le decía:

—“Ten piedad de mi vida desgraciada;
Vengo en nombre del rey, tu dicha quiero;
Poderoso te hará, dame tu espada.”

—“¡Jamás!” llorando respondió Guerrero;
“¡Tu voz es, padre, para mi sagrada;
Mas la voz de mi patria es lo primero!”

México, 1864.

SONETO.

La ví, la ví muy bien; pálida estaba
De amor llorando la hermosura ardiente;
Y al través de celada refulgente
VÍ que el llanto el guerrero me ocultaba.

Vi al mendigo que triste sollozaba
Tocando el suelo su abatida frente;
Y en su áureo trono, como el sol luciente,
Vi al rey altivo que también lloraba.

Doquier la angustia y el dolor mirando,
¿En dónde se halla el bien que tanto anhelo?
Exclamé con tristeza sollozando.

Vió la fe mi profundo desconsuelo,
Y cariñosa y tierna suspirando
Alzó la mano á señalarme el cielo.

León, 1865.

LA ESPERANZA.

En las rocas del árido camino
Piensa el viajero hallar la clara fuente,
Y entre la arena del desierto ardiente
Sueña ver una palma el peregrino.

Así, anhelando espléndido destino,
Cuando llora en la tierra amargamente,
Siempre acaricia el alma dulcemente
La esperanza feliz de un bien divino.

Así yo, errante con destino incierto,
Espero hallar al fin la dulce palma,
Y en gozo y dicha mi dolor convierto.

Bendigamos á Dios que el duelo calma,
Que cual puso la palma en el desierto,
La esperanza inmortal puso en el alma.

León, 1866.

SONETO.

Efímero placer, gloria mentida,
Pavoroso desierto en noche oscura,
Donde siempre es un sueño la ventura
Y es sólo cierta la ilusión perdida.

Mar de eternas tormentas combatida
Bajo un cielo sin astros ni hermosura,
Desengaño, aflicciones, amargura,
Llanto, inquietud, afán; he aquí la vida.

Mas bendecid á Dios, Padre amoroso
Que en dicha y gloria nuestro afán convierte,
Al pasar este sueño fatigoso.

El hará muy hermosa vuestra suerte,
Y en su seno os dará dulce reposo,
A la luz apacible de la muerte.

León, 1866.

SONETO.

¿A dónde el alma vá? . . . Volar la siento;
Deja el oscuro valle, el bosque umbrío,
Pasa el torrente del lejano río
Y el monte cruza como el raudó viento.

Como el águila escala el firmamento,
Y se agita incansable en el vacío . . .
Al fin te mira á tí, y en tí, Dios mío,
Sólo en tí se detiene el pensamiento.

Deja la tierra estéril, y se olvida
De sus marchitas flores y sus palmas,
Y á tí se eleva ¡oh Dios! el alma herida;

A tí, que amante sus pesares calmas,
Porque tú eres la luz, tú eres la vida,
Tú eres, Señor, el centro de las almas.

León, 1866.

SONETO.

Otros hallan placeres y alegrías,
Yo sólo encuentro soledad y enojos:
Del desengaño son, tristes despojos,
¡Ay! las risueñas ilusiones mías.

Noches de horrible insomnio, amargos días
Han llenado de lágrimas mis ojos,
Y en vez de blancas flores hallo abrojos,
Sonrisas de desdén, miradas frías.

Triste como las sombras es mi suerte;
No hallo en mi erial desierto ni una palma,
Llanto de amor en vano el alma vierte.

Sin consuelo y sin luz, sin fe y sin calma
Las angustias devoro de la muerte,
Porque es la muerte la orfandad del alma.

León, Enero, 1867.

JERGES.

SONETO.

El tirano de Persia una mañana
Su fabuloso ejército veía,
Pensando que á su voz obedecía
Aquella inmensa polvareda humana.

Para aumentar su gloria soberana
El monte excelso ante sus pies undía,
Y encadenando al mar se sonreía
La soberbia del mar juzgando vana.

Mas de repente con terrible acento:
"En cien años, clamó, tristes despojos
Será esa multitud que alegre miro."

Y abismado en su amargo pensamiento
Ardiente llanto oscureció sus ojos,
Y trémulo y sin voz lanzó un suspiro.

1867.

¡CUÁN BREVE ES EL PLACER!

SONETO.

Ayer brillando, tras la enhiesta loma,
Iluminaba el valle el sol naciente,
Y cantaban las aves dulcemente
Del misterioso amor en el idioma.

Las flores daban delicado aroma;
Dulces ecos llenaban el ambiente,
Y en la musgosa margen de la fuente
Suspiraba amorosa la paloma.

Hoy el valle está mustio y sin colores,
Ya no hay musgo en las márgenes umbrías
Ni hay un ave que cante sus amores.

Cuán breves son ¡oh Dios! las alegrías:
¡Cuán se marchitan las lozanas flores!
¡Cuán presto pasan los hermosos días!



ÁNGELA PERALTA.

¡Gloria al arte inmortal! Bendito sea
 Su aliento inspirador, que al alma un mundo
 De ilusión y de gloria le conquista.
 Ya en su gozo purísimo inundado
 Se agita el corazón . . . ¡Gloria al artista!
 Honor y gloria á tí, que de los bosques
 De la virgen América tu vuelo
 Sobre el rugiente Atlántico tendiste,
 Y en las alas del genio, al firmamento
 Te elevaste inmortal porque sentiste
 Inmenso como el mar tu pensamiento.
 Artista, gloria á tí que al sol ardiente,
 Como el águila altiva desafías;
 Su atmósfera de luz baña tu frente,
 Y allí las nubes á tus pies mirando,
 Y el espacio infinito dominando,
 Das al viento sublimes armonías.

Tú al arte su poder arrebatando,
 De esta hermosa región, donde tu infancia
 Se deslizó feliz, la misteriosa
 Sublime inspiración diste á tu acento.
 El espléndido sol, la luna hermosa,
 El pintoresco valle, la espesura
 Del magnífico Ajusco; el ancho lago,
 Del soberbio Ixtaccihuatl la hermosura
 Conmovida admiraste, y por doquiera
 En tus tiernos suspiros y en tu canto
 De esta patria infeliz, que tú amas tanto,
 Llevaste la divina poesía;
 Por doquiera también de sus pesares
 Llevaste la inmortal melancolía,
 Y el gemir de sus anchos platanares,
 Y el murmullo del mar en la ribera,
 Del zenzontle la agreste melodía,
 Y el rumor de la inmensa cordillera,
 Y el suspiro del bosque, y la armonía
 De su eterna y hermosa primavera.
 Artista, gloria á tí, que en tus cantares
 A la Europa dejando tu memoria,
 Proclamaste de México la gloria
 Más allá de las ondas de los mares.

Yo ví al genio cual astro esplendoroso
 Elevarse y brillar, y conmovido
 Su grandeza admirando silencioso
 Me incliné reverente; pero el alma
 Lo que hoy siente por tí, nunca ha sentido;
 De entusiasmo, y de orgullo, y de alegría,
 Se agita el corazón estremecido
 Tu gloria al contemplar, porque has nacido
 Bajo el cielo de Anáhuac, al arrullo

De sus brisas de amor, entre sus flores,
A la sombra feliz de esa bandera
Que allá en Iguala tremolara un día,
A la espléndida luz de un sol de gloria
Que emblema fué de honor y de victoria,
"En otro tiempo cuando Dios quería."

Artista, gloria á tí, porque tu genio
De la gloria de México es emblema;
Es un genio inmortal, que levantando
Su destrozado cetro y su diadema
Del olvidado polvo en que yacían,
Sublime se alza en su entusiasmo ardiente,
Se alza erguido y magnífico, y avanza,
Y eleva al cielo la radiosa frente
Ostentando tu gloria y su esperanza.

¡Cuán bello debe ser, cuando el olvido
Con su sombra nos cubre, alzar el vuelo
Y una y otra región raudos cruzando
Elevarnos sin fin, tocar el cielo,
Mirar á Dios y dominar al hombre,
Y el espacio medir de una mirada,
Y formar universos de la nada,
Y á los siglos allí dejar un nombre!

Tú has vencido á la sombra, alza tu frente
Porque eres inmortal, porque mi patria
Une á tu nombre su esplendor radioso,
Y altiva vencerás las tempestades,
Y pasará tu nombre á las edades
Junto al nombre de México glorioso.

¿No es cierto, artista, que entusiasmo ardiente
Te llena de placer y de alegría,
Cuando tu alma elevándose presente
Que vivirá tu nombre eternamente
Unido al nombre de la patria mía?
¡Oh! dime, artista, cuando Italia hermosa
Frescos laureles á tu sien ceñía,
Y la ninfa del Arno cariñosa
Un dulcísimo canto repetía,
¿No es verdad que pensabas dulcemente
En los valles de México, en sus palmas,
En el tibio perfume de su ambiente,
En sus altas montañas, en sus flores,
Y en su espléndido sol resplandeciente?
¡Oh! no en vano por ella suspirabas
Porque tú eres su amor, y al contemplarte,
En sus ojos se ve fuego divino,
Y la grandeza espléndida del arte,
Y el genio admira en tí y al admirarte
Olvida un punto su fatal destino.

¡Cuán inmenso es tu triunfo, y cuán hermosa
La misión del artista!

En el espacio
Elévate sin fin, triunfa, domina,
Y al porvenir de gloria que te espera
Sigue, Angélica, sigue, Dios te envía
Para inspirar el bien. La desventura
Que nos cerca doquier, torne tu acento
En feliz esperanza. Huya la oscura
Eterna tempestad que el alma oprime;
Inspira con tu voz el sentimiento
Que enaltece y eleva el pensamiento
Y hace amar lo divino y lo sublime.

¡Qué hermosa es tu misión! Nuestra agonía
 Embellece tu voz; tú nos consuelas,
 Y otro mundo más bello nos revelas,
 Otro mundo de ensueños y armonía.
 Y goza el alma el misterioso encanto
 Del placer infinito que le inspiras,
 Y suspira contigo si suspiras,
 Y es dicha su placer; gozo su llanto.
 Yo amo tu voz, Angélica, y adoro
 A tu patria infeliz porque es la mía;
 También cual tú su desventura lloro
 Y su dicha con fe también espero.
 Tú en mis bosques, Angélica, has nacido,
 Y por eso, entusiasta y conmovido,
 Cual se quiere á una hermana yo te quiero,
 Y tu nombre, y tu voz, y tu memoria
 Amo y bendigo con cariño santo:
 Que México inspiró tu dulce canto
 Y es la gloria de México tu gloria.

León, Junio 1866.

SONETOS.

I.

Pasó fugaz la primavera ardiente,
 Y al sentir del invierno los rigores
 En bandadas se van losruiseñores
 Suspirando amorosos dulcemente.

Lamentándose cruzan el ambiente;
 Pero van á encontrar nuevos amores,
 Otra luz, otros valles, otras flores,
 Y otra selva escondida, y otra fuente.

¡Ay! el alma como ave pasajera
 Errante vaga por la mar sombría,
 Y en vano busca la feliz ribera.

¿Encontrará por fin dulce alegría?
 ¿Encontrará la ansiada primavera?
 Respóndeme por Dios, Elisa mía.

Guanajuato, 1865.

II.

Tras las azules ondas agitadas
Brilla el sol nueva vida derramando,
Suspira el ave su fulgor mirando
Y abandona las verdes enramadas.

Se estremecen las rosas encarnadas
Cuando las toca el zéfiro pasando,
Y las palomas rústicas cantando
Dulces besos se dan enamoradas.

Gozan valle, y pensil, y selva umbría,
Pues su rayo el amor vierte apacible
Con la dicha, y la gloria, y la alegría,

Ardiente y tierno, y al placer sensible:
Todo es luz, y perfumes, y armonía;
Sólo Elisa ¡oh dolor! es insensible.

Guanajuato, 1865.

NAPOLEÓN.

SONETO.

(Imitación de uno antiguo.)

“Yo el poder de los reyes aniquilo,
Bonaparte exclamaba; me admiraron
Con asombro los pueblos, y temblaron,
Y al áureo sólio me elevé tranquilo.

“De sus pasados reyes el asilo
Profanar los egipcios me miraron,
Y, vencidos huyendo, ensangrentaron
Las turbias olas del revuelto Nilo.

“Yo al regio carro encadené la suerte,
Y es hoy mi nombre de victoria emblema:
No hay nadie como yo, nadie es más fuerte.

¿Quién hay que humille y mi poder no tema?”
—“Yo,” le dijo mirándolo la muerte,
Y arrojó sobre el polvo su diadema.

SONETO.

Ilusiones soñando placenteras
Mira el proscrito sus amados lares,
Y escuchar le parece los cantares
Que escuchó con su amada en las praderas.

Mas la luz desvanece sus quimeras
Y el rugir le despierta de los mares;
Lejos ¡ah! de su amada y sus hogares,
Triste y solo en regiones extranjeras.

Así, olvidando mi destino incierto,
Sueño el amor de Elisa en mi agonía,
Y hallo flores y luz en mi desierto:

Pero ¡ay! también al despuntar el día,
Triste y solo llorando me despierto,
Y es solo un sueño la ventura mía.

León, 1865.

POESÍA

Leída por su autor en la solemne distribución de premios del Instituto Científico y Literario.

Tú, que en prisma de colores
Ves del vivir los albores,
Juventud, y altiva avanzas
Llena el alma de esplendores,
Y el corazón de esperanzas:

Oye mi voz conmovida,
Y recuérdala al sentírte
Por los pesares herida;
Que lo que voy á decirte
Es la ciencia de la vida.

Estos consejos de hermano,
Que aquí te repito ufano,
Recuerdo que con cariño
A mí me los dió un anciano
Cuando era yo tierno niño.

Y después, cuando me ví
En medio de la existencia,
En lo poco que aprendí
Recuerdo que los leí
Del libro de la experiencia.

Un año pasa y otro año,
Y esa memoria no pierdo;
Por más que parezca extraño,
Aún la página recuerdo,
Que fué la del desengaño.

Consuelo del alma triste
Su moral divina es;
Que en ella la dicha existe:
Juventud, escucha, pues,
En qué la dicha consiste.

Si esa senda peligrosa
Que hoy sigues del bien en pos,
Quieres cruzar venturosa,
Busca á Dios y sigue á Dios
Cual la luz la mariposa.

Porque el alma que no siente
De Dios el amor ardiente,
Infecunda se consume;
Como rosa sin perfume,
Como arroyo sin corriente.

Alma que á Dios no se encumbra
Siempre en eterna penumbra
Solo produce el dolor;
Que en valle que el sol no alumbra
No nace nunca una flor.

Ama al Dios que providente
Formó los campos hermosos
Que huellas indiferente,
Y los mundos luminosos
Que brillan sobre tu frente.

Al Dios que en su extraño idioma
Están siempre bendiciendo,
La azucena con su aroma,
Con su arrullo la paloma,
El mar con su ronco estruendo.

Ama al Dios Omnipotente,
Que como puso elemento
En el desierto la palma,
Puso la esperanza ardiente
En el desierto del alma.

Con amante sentimiento
Fija en Él tu pensamiento;
Que le adora el mundo todo:
Hasta la hojilla en el viento,
Hasta el insecto en el lodo.

Juventud, con fe bendita
De Dios siempre sigue en pos;
Porque en el alma infinita
Que en tu cerebro se agita
Tienes un rayo de Dios.

Y en la rápida existencia,
Doquier que la Providencia
Con su soplo te arrojaré,
A tus padres reverencia
Para que el cielo te ampare.

Como un sagrado deber
Desde esta débil edad
Gloria conquista y saber;
Porque el apoyo has de ser
De su triste ancianidad.

Y con acciones impías
Nunca su pecho taladres;
Que Dios llena de alegrías
Y hace benditos los días
Del joven que honra á sus padres.

Seca de tu padre el llero;
Sus palabras cual tesoro
Guarda, aunque de él estés lejos,
Que de un padre los consejos
Son más preciosos que el oro.

Jamás el dolor que aterra
Le des á tu buena madre;
A tu padre en tu alma encierra;
Porque es de Dios, nuestro padre,
La imagen sobre la tierra.

Si anhelas dichosa suerte,
Generosa juventud;
Si al acercarse la muerte,
En la triste senectud
Respetada quieres verte,

Guarda respeto al anciano;
Ama constante á tu hermano;
No le ofendas, ni le oprimas,
Que si su mano lastimas,
Lastimas tu propia mano.

Piensa, si acaso le hieres,
Que á ti te hieres cruel
Con los males que le hicieres;
Nada quieras para él
Que para tí no quisieres.

Ten fe, que si tu alma inmolas
Tan solo á Dios, y á tus solas
Exclamas: "jamás me arredro,"
Tú, con tu fe, como Pedro
Andarás sobre las olas.

Y si el dolor te desvela,
Si consuelo tu alma anhela,
Busca en la esperanza abrigo;
Que la esperanza consuela
Como la voz de un amigo.

Da al pobre con santo anhelo
Lo que mires que te sobre,
Y alivia su amargo duelo;
Que el pan que le des al pobre
Debes hallarlo en el cielo.

Si tu enemigo te oprime,
Con tu amor sus odios trunca
Y sus delitos redime;
Porque es no vengarse nunca,
Una venganza sublime.

Dá á aquellos que no te quieren
De bienes crecida suma
Por cada mal que te hicieren;
Que así el sándalo perfuma
El hierro con que lo hieren.

La existencia, no lo ignores,
Es un valle de dolores;
Pero en tantas inquietudes,
Hay también fragantes flores,
Que flores son las virtudes.

No dejes con desaliento
Por el dolor de un momento,
El sendero en que caminas;
Que no hay rosas sin espinas,
Ni gloria sin sufrimiento.

Santificado en el lloro,
De tu saber el tesoro
Puro será como el sol;
Que más resplandece el oro
Entre el fuego del crisol.

Estudiando sin cesar,
Procura profundizar
Artes y ciencias divinas;
Porque en el fondo del mar
Se hallan las perlas más finas.

Siempre constancia teniendo
Siga tu mano venciendo
El obstáculo que toca;
Porque una gota cayendo
Taladra al fin una roca.

No en un instante de ardor
Quieres tener á porfía
Una flor tras otra flor;
Que no levanta en un día
Su cosecha el labrador.

Del candor el dulce aliento
Que aquí respirando estás,
Nunca pierdas ni un momento;
Porque hoja que lleva el viento
No vuelve al árbol jamás.

Nunca busques vanidosa
La gloria más deslumbrante
Por más que parezca hermosa;
Que la piedra más brillante
No es siempre la más preciosa.

No el poder busques inquieta;
Humilde las sombras ama;
Que el rayo que al roble inflama
Nunca toca á la violeta
Que se oculta entre la grama.

No te fies, si te ofrece
Flores muy presto un ensayo;
Que flor que pronto aparece,
Cual flor de almendro perece
Antes que la alumbre Mayo.

Dá vida á tus sentimientos
Con las profundas verdades,
No con vanos pensamientos;
Porque aquel que siembra vientos
Recojerá tempestades.

Busca en la virtud el bien,
El alto bien soberano,
Que es de la vida el sostén:—
Esto me dijo el anciano,
Y esto te digo también.—

En la virtud y en la ciencia
Cifra el bien de tu existencia,
Y serás feliz así:—
Esto fué lo que aprendí
Del libro de la experiencia.—

Yo no tengo la instrucción
Ni la prudencia del viejo;
Mas comprendo tu misión,
Y voy á darte un consejo
Nacido del corazón.

Haz dichosa, muy dichosa,
Esta patria en que naciste,
Tan desdichada y hermosa;
Porque en ella la luz viste,
Porque es grande y generosa.

Haz que en su tierra sagrada
No vuelva á verse la guerra;
Que por tu genio ilustrada,
Se mire al fin respetada
Por los pueblos de la tierra.

Que ya no vuelva doliente
Del mal á apurar la copa;
Y llegue á ser floreciente,
La gloria del continente
Y la envidia de la Europa.

León, Diciembre 8 de 1869.

LOS DOS AMORES.

Á MI QUERIDO AMIGO

RICARDO ITUARTE.

I.

Una mañana hechicera,
Cuando el alba sonreía
Y la dulce primavera
Derramaba lisonjera
Luz, perfumes y armonía;

Pensativo y silencioso
Gratas quimeras forjando,
Tranquilo, alegre y dichoso,
Cruce por el bosque umbroso
Con mis amores soñando.

Y á la orilla de la fuente
Que fecunda la campiña,
Vi á la luz del sol naciente
A una anciana y á una niña
Conversando dulcemente.

La anciana en su faz mostraba
Largos años de amargura;
Con tristeza suspiraba,
Y en sus ojos revelaba
La bondad y la ternura.

Era la niña graciosa,
De encanto y modestia llena,
Timida, dulce, amorosa,
Como las flores hermosa,
Como los ángeles buena.

La anciana al cielo veía
Mientras la niña jugaba;
De placer se estremecía,
Y en su seno la estrechaba,
Y la besaba, y reía.

Cortaba la niña hermosa
Lirios y rosas altivas,
Y arrojaba caprichosa
Hojas de lirio y de rosa
En las ondas fugitivas.

La anciana en sentido acento,
"¡Pobre Elisa, murmuró;
"Verás pasar tu contento
"Cual pasa el ave en el viento,
"Como mi dicha pasó."

La oyó la niña inocente
Con tristeza suspirar,
Y abandonando la fuente
Besó amorosa su frente,
Llorando al verla llorar.

Ya el sol sus rayos lanzando
Sobre la cima lejana,
Iba en el cielo avanzando,
Las blancas nubes bordando
De oro, de púrpura y grana.

Todo era luz y colores
Entre las claras corrientes;
Daban las brisas rumores,
Daban perfumes las flores
Y murmuraban las fuentes.

Volví al bosque silencioso
Lleno de amante alegría,
Y me alejé presuroso,
Suspirando cariñoso
Por la dulce madre mía.

II.

Lejos del risueño prado
Proscrito un tiempo me ví,
Que audaz el destino airado
Me arrojó desapiadado
Del hogar donde nació.

Y cual ave pasajera
Que busca la primavera,
Buscando en vano la calma,
Con la tristeza en el alma
Fuí de ribera en ribera.

Mientras pasaba azarosa
Lejos de aquella campiña
Mi existencia borrascosa,
En una virgen hermosa
Se trasformaba la niña.

Pasó al fin el hondo duelo
De tan aciaga mudanza
Y hallé a mis ansias consuelo,
Y vi otra vez en mi cielo
La estrella de la esperanza.

Tras la pasada amargura
Vi al fin el bosque sombrío
Do pasé mi infancia pura,
Y atravesé la llanura
En una tarde de Estio.

Al cruzar la selva umbrosa,
Pensé en el tiempo lejano
De otra edad más venturosa,
Cuando mi madre amorosa
Me llevaba de la mano.

En la escondida espesura
Vi á Elisa en dulce quietud,
Revelando la ventura,
Llena de altiva hermosura
Y de ardiente juventud.

La vi otra vez inconstante
Deshojar las amapolas,
Sonreír tierna y amante,
Y contemplar su semblante
En el cristal de las olas.

Ocultaba su belleza
Como una tímida flor
Que se oculta en la maleza,
Con esa dulce tristeza
Que sólo inspira el amor.

En tanto, un joven hermoso
Entre la selva escondido,
Feliz, alegre y gozoso,
Suspirando cariñoso
La miraba conmovido.

Alzó los ojos Elisa;
Lo vió con dulce embeleso;
Le dirigió una sonrisa,
Y oí un suspiro y un beso
Entre el rumor de la brisa.

Sus ardorosas miradas
Llenas de amor se cruzaron;
Y entre aquellas enramadas,
Con las manos enlazadas
Dulces palabras se hablaron.

Las mariposas volaban
Bajo el ramaje sombrío;
Las palomas suspiraban,
Y los zenzontles cantaban
Entre los sauces del río.

Seguí la selva cruzando
Sin contemplar á las flores;
Y me alejé suspirando,
Con tierna inquietud pensando
En mis primeros amores.

III.

Triste el Otoño y lluvioso,
Doquier derramaba el duelo,
Deshojando el bosque umbroso
Y extendiendo pavoroso
Su opaco manto en el cielo.

Pálidas nieblas volaban
Por los vientos impelidas;
Las palomas se alejaban,
Y las brisas sollozaban
Entre las hojas caídas.

Para aliviar mi amargura,
Quise una tarde, impaciente,
Respirar el aura pura;
Y atravesé la llanura
Y fui á sentarme á la fuente.

Vi á Elisa allí, que lloraba,
Porque amoroso y ufano
A su amante no miraba;
Con inquietud le aguardaba,
Pero ¡ay! le aguardaba en vano.

En la fuente se veía
Trémula, inquieta y ansiosa;
Suspiraba y sonreía,
Llamaba á Enrique afanosa,
Y Enrique nunca venía.

IV.

En un valle muy lejano,
Triste, suspirando en vano,
Lamentaba mi destino,
Cuando vi por el camino
Que se acercaba un anciano.

“Benedicid á Elisa tierno,
Me dijo; en el cielo existe;
Desde hoy su amor será eterno.”
Y era una tarde muy triste,
En el rigor del invierno.

“Dios al fin le da reposo,
Murmuré; Dios es piadoso.”
Y ante una cruz solitaria
Me arrodillé silencioso,
Suspirando una plegaria.

V.

Volvió á reinar placentera,
Llena de aromas y flores,
La graciosa primavera;
Y á la florida ribera
Volvieron los ruiséñores.

Pensativo, cual solía,
Hacia la selva sombría
Me dirigí lentamente,
Y llegué junto á la fuente
Al ir declinando el día.

Crucé bosques silenciosos
Del crepúsculo á la luz,
Y entre unos sauces llorosos
Vi elevarse misteriosos
Una tumba y una cruz.

Sollozando entre las cañas
Formaba el viento rumores;
Daban humo las cabañas,
Y sonaba en las montañas
La canción de los pastores.

Seguí la selva cruzando,
Doquier á mi paso hallando
Flores marchitas y abrojos,
Y me alejé suspirando
Llenos de llanto los ojos.

Pensé en el placer perdido,
Y en el afán, y en el duelo
De mi amor no comprendido;
Y á mi pesar conmovido
Volví los ojos al cielo.

¡Ay! entre amargos dolores
Vió Elisa en la soledad,
Cual se marchitan las flores
Marchitarse sus amores,
Morir su felicidad.

Perjuro Enrique entre tanto,
Y á sus promesas infiel,
Buscaba gloria y encanto,
Sin acordarse del llanto
Que derramaban por él.

¡Ay! el amor más constante
Va á perderse en el olvido,
Como en el viento inconstante
Se pierde al fin el sonido
De una música distante.

Olvidando Enrique á Elisa,
Vió á Laura en dulce embeleso,
Le dirigió una sonrisa . . .
Y oi un suspiro y un beso
Entre el rumor de la brisa.

Mi cabeza vacilaba;
Yo no sé lo que pensaba;
Volví á la tumba los ojos
Y vi una anciana, de hinojos,
Que por Elisa lloraba.

Vi su palidez mortal,
Oí su acerbo gemido,
Sentí su amor celestial,
Y bendije conmovido
El cariño maternal.

Después de algunos instantes
Llegué del lago á la orilla,
Y en las ondas vacilantes
Vi, en una leve barquilla,
Dos venturosos amantes.

Me aproximé sin aliento
Y á Enrique y Laura miré;
Laura, mi amor, mi tormento,
La que fué mi pensamiento,
La mujer que tanto amé.

¡Ay del que en hondo afanar
Del amor entre las penas
Piensa la dicha encontrar!
¡Ay del que busca azucenas
Entre las ondas del mar!

Lánguido el viento rizaba
Las ondas de la laguna,
Tímida el ave cantaba,
Y tras del monte asomaba
Melancólica la luna.

Seguí la selva cruzando
Con tierna melancolía,
Y me alejé suspirando,
Con dulce inquietud pensando
En la dulce madre mía.

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo
Cuando el alma, soñando embelesada,
Con amoroso anhelo
En los ángeles fija su mirada.
Feliz el alma que á la tierra olvida
Para vivir gozando:

¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sobre la triste tierra desolada
Es un sueño engañoso la alegría;
Las ilusiones son dicha soñada,
Y es el amor también sueño de un día.
Dolor eterno al corazón destroza
Cuando estos sueños ¡ay! nos van dejando;
Sólo el que sueña goza:
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Me aproximé sin aliento
Y á Enrique y Laura miré;
Laura, mi amor, mi tormento,
La que fué mi pensamiento,
La mujer que tanto amé.

¡Ay del que en hondo afanar
Del amor entre las penas
Piensa la dicha encontrar!
¡Ay del que busca azucenas
Entre las ondas del mar!

Lánguido el viento rizaba
Las ondas de la laguna,
Tímida el ave cantaba,
Y tras del monte asomaba
Melancólica la luna.

Seguí la selva cruzando
Con tierna melancolía,
Y me alejé suspirando,
Con dulce inquietud pensando
En la dulce madre mía.

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo
Cuando el alma, soñando embelesada,
Con amoroso anhelo
En los ángeles fija su mirada.
Feliz el alma que á la tierra olvida
Para vivir gozando:

¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sobre la triste tierra desolada
Es un sueño engañoso la alegría;
Las ilusiones son dicha soñada,
Y es el amor también sueño de un día.
Dolor eterno al corazón destroza
Cuando estos sueños ¡ay! nos van dejando;
Sólo el que sueña goza:
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres;
 Los hombres viven en perpétua guerra;
 No hay ilusión, ni dicha, ni placeres,
 Todo es mentira ya sobre la tierra.
 Suspira el corazón inútilmente . . .
 La existencia que voy atravesando,
 Es hermosa entre sueños solamente:
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirarle el semblante á la amargura
 Pasé la juventud halagadora,
 Contemplando entre sueños la hermosura
 De la naciente aurora . . .
 Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
 Y desde entonces siempre estoy llorando;
 Solamente el que sueña es venturoso:
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Junio, 1863.

FÁBULA.

Una águila altanera,
 Descendiendo una vez á la pradera,
 A las liebres furiosa perseguía,
 Y al fin, ¡quién lo diría!
 En medio de su bárbaro arrebato,
 Por tomar una liebre, tomó un gato.
 Pronto pagó su engaño,
 Porque al cruzar el viento,
 Audaz luchando con furor violento,
 Le daba el gato araño tras de araño.
 El águila infeliz bajó con fiebre
 Y su fatal torpeza refería,
 Y á todos les decía
 Que no es bueno tomar gato por liebre.

®



A CUBA.

Aperta
 E già la strada, é la vittoria é certa.
Filicaja.

¡Qué hermosa estás, oh Cuba! ¡Cuál palpita
 El corazón ardiente y generoso,
 Al ver el entusiasmo que te agita!
 ¡Cuán bella es hoy tu aspiración bendita!
 ¡Tu noble pensamiento, cuán hermoso!
 Dejas al fin tu lánguido reposo,
 Y á luchar te levantas inspirada:
 Tu faz, acariciada
 Por el sol de los trópicos radioso,
 Se abrasa en blando fuego, y se embellece;
 Leves al viento tus cabellos flotan;
 Tu seno se estremece;
 Cantos de libertad tus labios brotan,
 Y tu valor heroico te engrandece.
 Tu actitud es sublime: tu mirada
 Cual relámpago altivo resplandece,
 Las selvas y la mar iluminando;

Y con su luz bañada
 Brilla en tus manos la fulgente espada,
 De pavor á los déspotas llenando.
 Inquieta y conmovida,
 Radiante de hermosura,
 Cual joven amazona, que á lo lejos
 Oyendo resonar la selva oscura
 Del bárbaro león con los rugidos,
 Se despierta agitada, y comprimiendo
 Del delicado seno los latidos,
 Se ciñe su armadura
 Y á salvar á sus hijos se apresura;
 Así tú, poderosa te levantas
 Sintiendo el alma arder en ira ardiente,
 Y terrible y airada te adelantas.
 Tu corazón presente
 Un porvenir espléndido y divino,
 Y al cielo elevas la serena frente,
 Cual su cumbre el magnífico Turquino.
 Ya no eres, nó, la esclava desgraciada;
 No quieres ya vivir encadenada,
 Y la canción monótona y sombría
 De tus horas de angustia y de agonía,
 De libertad se torna el dulce aliento
 En himno de esperanza y de contento.
 Ya en sus brazos te aguarda la victoria,
 Y con placer profundo
 Tu bello despertar saluda el mundo:
 Ya el ángel de la gloria,
 Bendiciendo tu nombre cariñoso,
 Recorre presuroso
 Tus sierras, tus alturas,
 Tus fértiles llanuras,
 Tus bosques de naranjos y manglares

Siempre regados por corrientes puras,
 Y tus campos de cañas y palmares,
 Desde el undoso Cauto al Almendares.
 Dios sostiene en tus manos el acero,
 Y repiten tu cántico guerrero
 Las rumorosas ondas de tus mares.
 ¡Cuánto infinito amor, cuánta ternura
 Al corazón inspira tu belleza!
 Deja que te contemple el orbe entero,
 Que admire tu esplendor y tu grandeza.
 Así me place verte, así te quiero,
 Con arrojo sublime tremolando
 De la América libre el estandarte:
 Reina de las antillas poderosa,
 ¡Cuál goza el corazón al contemplarte!
 ¡Cuán bella estás, cuán bella, despertando
 De tu ominoso sueño! ¡Cuán hermosa
 Tus sagrados derechos proclamando!
 Así te quiero, así, no lamentando
 De tu pasada suerte congojosa
 En llanto inútil las amargas penas.
 ¡A luchar! . . . ¡A vencer, que Dios te ampara
 Y la justicia el triunfo te prepara,
 Y el mundo todo con tu gloria llenas!
 El porvenir es tuyo. Entre tus brazos,
 A la raza del Africa proscrita
 Estrecha amiga en fraternales lazos.
 A esa oprobiosa esclavitud maldita,
 Que tantos siglos tu esplendor manchara,
 No dejes ya cruzar por tus arenas;
 Y arrójale á la cara
 A la espantada Europa sus cadenas.
 Tú libre debes ser, independiente;
 Que Dios no en vano al derramar elemento

Luz infinita en tu brillante cielo,
 Aromas en tu ambiente,
 Y palmeras, y flores en tu suelo,
 De tu playa á las costas españolas
 Del agitado mar tendió las olas.
 Ese sublime Dios que cariñoso,
 En el tranquilo lago rumoroso
 Le dió un espacio al cisne entre las cañas,
 Al águila una roca en las montañas,
 Y al pájaro armonioso
 Un árbol bello en el verjel florido;
 Como al alción hermoso,
 En medio de la mar te dió tu nido.
 ¿Por qué te han de arrojar con saña ardiente,
 De la lejana Iberia las legiones,
 De infame servidumbre el anatema,
 Impidiendo que cñas la diadema
 Que ostentan en su frente las naciones?
 ¿Por qué han de arrebatar tu tesoro,
 Virgen del Occidente?
 ¿Por qué has de derramar eterno lloro,
 Escarnecida, y trémula, y doliente,
 Entre tantas riquezas indigente?
 ¡Y es España! ¡oh rubor! la generosa
 Patria de los Pelayos, la que intenta
 Sujetarte á sus plantas orgullosa!
 ¡Ella, que un noble patriotismo alienta!
 ¡Ella, que siempre se miró animada
 De esa sublime aspiración sagrada
 Que hoy sientes también tú; que entre las penas
 De Covadonga, un tiempo su estandarte
 Glorioso tremoló, su pensamiento
 En el inmenso porvenir fijando;
 A Dios con fe invocando,

Y el poderoso acento
De Patria y Libertad lanzando al viento!
¡Y es ella tu verdugo!
¡Y va á luchar contigo, hoy que aclamando
La santa libertad se regenera!
¡Hoy que rompiendo al fin el regio yugo,
Y el deshonrado trono derrocando,
Tremola por doquiera
Del sublime progreso la bandera!
¡Hoy quiere arrebatarte la victoria!
Recuérdale su historia;
Porque ella, que humillando al agareno
En Jerez, en Tarifa y en Granada
Selló su independendia y su fortuna
Y á sus plantas holló la media luna;
Si hoy de sus grandes hechos olvidada
Herir intenta tu amoroso seno
Y arrastrar á su carro tu destino,
Su gloria ofusca, y su blasón divino
Mancha la espada de Guzmán el Bueno.
Mas si obstinada y ciega
Tu esclavitud prolonga y tu agonía,
Y entre sus brazos sin piedad te oprime;
Levántate á luchar fuerte y sublime
Como un tiempo luchó la patria mía.
Opón al opresor tu noble pecho,
Porque te ampara ¡oh Cuba! tu derecho.
Ten fe en el porvenir, que Dios te inspira;
España en vano á sujetarte aspira;
Su afán y sus esfuerzos serán vanos.
Y ¡ay si á luchar se atreve!
Que cuando airado Dios los pueblos mueve
Y el acero coloca entre sus manos,
Al fuego animador que los conmueve

Se derriten al fin como la nieve
Las cadenas que forjan los tiranos.
Tu causa es la de Dios. Tu pensamiento
Como tu cielo brilla esplendoroso;
Tu bélico ardimiento
Doquier se comunica presuroso,
Y á tu sonoro cántico de guerra
Se conmueven los pueblos de la tierra.
Mira un instante al Norte. De su tumba,
Que un poderoso pueblo está velando,
Washington se levanta,
Y alza su noble frente, y cariñoso
Tu nombre pronunciando,
Extiende á tí su brazo victorioso.
Contempla al Sur después. Desde esas selvas,
Antiguas como el mundo, á cuya sombra
El Amazonas rápido rugiendo,
Su corriente magnífica dilata,
Despertando á tu voz, y bendiciendo
Tu espléndido estandarte,
Y esa esperanza que te anima grata,
La sombra de Bolívar va á mirarte
A la nevada cumbre del Sorata.
Y aquí, en el bello Anáhuac, donde el pueblo
De libertad la atmósfera respira;
Aquí, en mi hermosa patria, en cuya historia
Resplandecer se mira
El genio y el valor, por tu victoria
El noble Hidalgo sin cesar suspira,
Y Heredia de la tumba alza su lira
Para cantar el himno de tu gloria.
¡Salve á tí, bella Cuba! y plegue al cielo
Que presto luzca el anhelado día,
En que venciendo al fin la tiranía,

Va sin afán, sin duelo,
 Y de tu tierra y de tu mar señora,
 Te saluden los pueblos vencedora.
 Que Dios les dé con paternal anhelo,
 A tus hijos, virtud y altas hazañas,
 Riqueza á tus montañas,
 Y abundancia magnífica á tu suelo.
 Que siempre halle la paz un dulce abrigo
 En el ardiente amor de tu regazo,
 Y que en amante lazo
 La diosa libertad viva contigo.
 Que descansas al fin junto á tu espada
 Un siglo y otros siglos venturosa,
 Siempre noble y heroica, y siempre hermosa,
 Libre, y feliz, y grande, y respetada,
 Jamás por los tiranos mancillada:
 Que todo junto á tí respire amores,
 Y cual amante virgen adorada,
 Te acaricien, dormida entre tus flores,
 Con su aliento la brisa perfumada,
 El espléndido sol con su mirada
 Y el Atlántico mar con sus rumores.

León, Diciembre 20 de 1868.

ADIÓS Á ELISA.

Adiós, Elisa, adiós. Mi bienandanza
 Fué la ilusión de un sueño y ya no existe;
 Para siempre tal vez, sin esperanza,
 Suspirando me voy pálido y triste.

Gozando en mi dolor la airada suerte
 De este encantado Edén me arroja impía:
 Para siempre tal vez voy á perderte,
 Para siempre tal vez, Elisa mía.

La palidez mirando de tu cara,
 Fija al mirar que en mí tu vista tienes
 Que tú me detuvieras anhelara;
 Mas silenciosa, tú no me detienes.

De mi ensueño más grato y más querido
 Al fin se borra la postrera idea . . .
 Dichoso con tu amor hubiera sido,
 Mas no lo quiere Dios . . . Bendito sea.

Por tu quietud, mi bien, mi dicha inmolo
 Y á alejarme de tí voy al instante;
 Aunque es triste, muy triste, hallarse solo,
 Cual solo me hallaré de tí distante.

Jamás mi ardiente sed será apagada,
Que de infinito amor estoy sediento;
Del amor que se siente á tu mirada;
Del amor que se alienta con tu aliento.

Será eterna sin tí la desventura
Que con llanto de amor el alma llora;
Y será mi existencia noche oscura
Sin estrellas, sin luna y sin aurora.

Pero estoy con mi suerte resignado
Aunque decirte adiós apenas puedo;
Que si huyendo de tí soy desdichado,
Seré más desdichado si me quedo.

Aquí incesante al corazón contrista
Del bien perdido la memoria vana,
Del bien que se deshizo ante mi vista,
Cual la niebla fugaz de la mañana.

Extranjero y proscrito en mis hogares,
Cuando otros del amor la dicha gozan,
Yo ya no tengo aquí más que pesares
Que sin piedad el alma me destrozan.

Esta luz, este cielo, esta alegría;
De este risueño valle la hermosura;
Del canto del zenzontle la armonía,
Todo irrita el afán de mi amargura.

Flores mil, cautivando el pensamiento,
Forman al prado pintoresca alfombra,
Y vagan mil perfumes en el viento
Y los frondosos árboles dan sombra.

¡Ay! pero yo contemplo esta belleza
Al través de una nube funeraria,
Exhalando gemidos de tristeza
Como el ave en el bosque solitaria.

¿Qué me importan los árboles copados
Si sombra no han de dar á mis amores?
¿Qué me importa que flores den los prados
Si tú no quieres que te ofrezca flores?

¿De qué me sirve ver tus labios rojos,
Si esos labios por mí nunca suspiran?
¿De qué me sirve ver tus lindos ojos,
Si cuando yo los miro no me miran?

Adiós, Elisa, adiós. Debo dejarte,
Que es un tormento tan hermosa verte,
Y por hermosa, sin cesar amarte,
Y amarte sin cesar para perderte.

Ya que á mi ardiente amor no eres sensible,
Haces bien en dejarme que me vaya;
Que si hallar la ventura es imposible,
Quietud al menos me dará otra playa.

No sé ni adónde voy: Dios me conduce,
Y el perderme en el mundo no me aterra;
Que si en mi vida ya tu amor no luce,
Igual es para mí toda la tierra.

Para mirar mi fe desvanecida,
Para vivir sin gloria y sin encanto,
Para regar con lágrimas la vida,
Donde quiera hallarán mis ojos llanto.

Ya nada tengo aquí: torvo el destino
 En humo ha vuelto de mi amor la gloria;
 ¡Ay! y me deja de mi bien divino,
 La tumba nada más y la memoria.

Al ver que ha muerto mi ilusión postrera
 Huyo lejos de ti con mis amores,
 Como esa golondrina huye ligera
 Al ver que espiran las postreras flores.

Más infeliz que el ave peregrina,
 Miro que Dios al fin mi dicha trunca;
 Muy presto volverá la golondrina,
 ¡Ay! pero yo tal vez no vuelva nunca.

Cuando fugaz el viento en raudó giro
 Mis cantares te traiga rumoroso,
 Piensa que siempre por tu amor suspiro,
 Y que siempre te quiero cariñoso.

Adiós, Elisa, adiós, y plegue al cielo
 Darte de dicha siempre hermosos días,
 En tanto que yo errante en otro suelo
 Voy á llorar sin ti las penas mías.

Yo siempre ¡oh niña! sin cesar te adoro
 Y á Dios le ruego en mi dolor terrible,
 Que nunca llores, como triste lloro,
 El tormento de amar un imposible.

León. Enero, 1868.

A LA MEMORIA DEL JOVEN PRESBITERO

JOSÉ P. GORDOA.

El inefable sueño
 Su sombra bendecida
 Amoroso tendió sobre su frente,
 Y apagóse en sus labios blandamente
 La juvenil sonrisa de la vida.
 Del árido y pequeño
 Valle de horror y abrojos
 Alejóse por fin el peregrino,
 Y á la aurora inmortal de un sol divino
 Vuelven á abrirse sus ardientes ojos.

No en lúgubre plegaria,
 Triste clamor de pena
 Doliente exhala el corazón medroso;
 No turbéis del que vive venturoso
 Con llanto inútil la quietud serena.
 La adelfa funeraria
 Ya nuestra mano aparte;
 No es la muerte el dolor, es la victoria,
 Es vida, es libertad, es luz, es gloria,
 Sí nos cubre de Cristo el estandarte.

No lamentéis su muerte;
 Que en vaporosa nube
 Las virtudes élévanle benditas;
 Las hojas de la flor están marchitas,
 Pero el plácido aroma al cielo sube;
 La fe sublime y fuerte,
 En castos embelesos
 Tu tumba vela con cariño santo;
 La esperanza le cubre con su manto;
 La ardiente caridad le da sus besos.

Jamás sus breves horas,
 De bien y encanto llenas,
 Jamás en el error fueron perdidas;
 Infancia y juventud, ambas unidas,
 Le cieron coronas de azucenas.
 A un tiempo dos auroras
 Le dieron sus fulgores;
 Blanca paloma de brillantes galas,
 Cruzando el mundo sin manchar sus alas
 Posóse al fin en las celestes flores.

Con cándida alegría,
 Tierno y sencillo, amante
 Buscaba en santo y ardoroso anhelo,
 Desde el pie del altar mirando el cielo,
 De su amada el bellissimo semblante;
 En su alma el fuego ardía
 Que nunca se consume;
 Fué su amparo y su luz la fe sagrada;
 Fué la divina religión su amada;
 Su vida un himno á Dios, su alma un perfume.

Su súplica postrera
 Cruza el espacio inmenso
 Envuelta aún en su postrer suspiro,
 Y sube hasta el altar en lento giro
 Nubes formando su postrer incienso.
 El cirio reverbera
 En flores no marchitas;
 Las huellas de sus besos y su llanto
 Humedecen aún del libro santo
 Las inmortales páginas benditas.

Por el dolor herido,
 Lamento quereloso
 De la misera madre el pecho lanza,
 Y él del cielo le manda la esperanza
 Por su bien suspirando cariñoso.
 Al maternal gemido
 Tal vez su amor se aduna,
 Y en la callada noche el vuelo tiende,
 Y á su madre su espíritu desciende
 Entre los tibios rayos de la luna.

Cese el inútil llanto
 Que en torno se percibe;
 La luz, la libertad le dió la muerte;
 Sólo puede extinguirse el polvo inerte:
 El alma es inmortal, el alma vive.
 Cese el mortal quebranto;
 Cese el dolor profundo;
 Bendigamos su suerte venturosa,
 Que en el místico Edén es ya su esposa
 La santa religión, reina del mundo.



EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Troyador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,

El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido,
Como el vago gemido
De un alma ardiente, que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.
Al levantarse un día
Entre las olas de la mar, hirvientes,
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los zentzontles su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonces en rauda vuelo
 Cruzan su hermoso suelo,
 Sus soberbias montañas, sus verjeles,
 Sus floridos y extensos limonares,
 Sus magníficos bosques de laureles;
 Y suspiran dulcísimos cantares
 Impregnados de amor y sentimiento,
 Y el ambiente respiran de sus mares,
 Y orgullosos se mecen en el viento
 Que sacude sus anchos platanares.

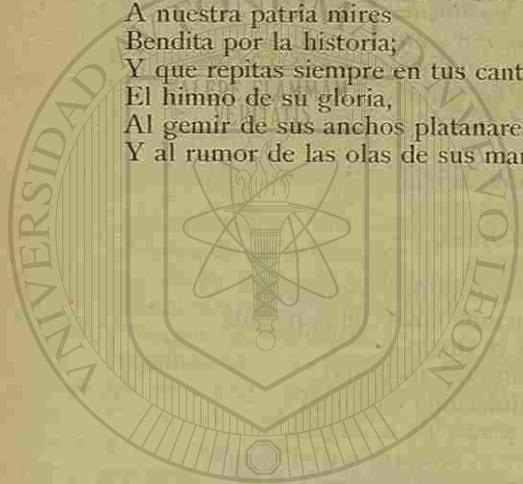
Cuando altiva otro tiempo y vencedora
 La reina de Occidente,
 Ornada en jaspes de vistosas plumas
 Alzaba al cielo la serena frente,
 Y Axayacatl valiente,
 Humillando á sus pies á las naciones
 Sus gloriosas conquistas extendía,
 Y doquier la victoria sonreía
 A la sombra feliz de sus pendones;
 En la risueña margen de los lagos,
 Los zentzontles, con notas celestiales,
 Del guerrero imitaban la querella,
 El discorde vibrar de los tímboles,
 La enamorada voz de la doncella,
 Y el clamor de los himnos nacionales.
 Otras veces, volando en la espesura,
 De la fuente imitaban los rumores,
 El lamento del mirlo entre las flores,
 La querelosa voz de la paloma,
 De hondos suspiros llena,
 Del tardo buey el trémulo bramido,
 Y el horrible silbido
 Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así, cual del Anáhuac contemplando
 La majestad divina,
 Que un sol de fuego espléndido ilumina,
 Mústia y triste la Europa nos parece,
 Y su antigua hermosura palidece;
 Así, cuando el zentzontle enamorado
 Feliz se oculta en el risueño prado
 Y canta entre las palmas y las flores,
 Deben enmudecer los ruseñores.

Tú, inimitable artista,
 En mil revueltos giros
 Volando caprichoso,
 Imitas cadencioso
 Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
 Siempre hallas una voz y una armonía
 Para expresar tu duelo,
 Y traduces en tierna melodía,
 Del amor el dulcísimo consuelo
 Y el ardiente placer de la alegría.
 Tienes siempre al mecerte por el viento,
 Para todos los goces un acento;
 Tú, á todo prestas inefable encanto
 Y ora el dolor te agite, ora el contento,
 No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
 Que tú no expreses en tu tierno canto.

¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
 ¡Bendita la armonía
 De tu suspiro amante,
 Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
 Morador de sus bosques silenciosos,
 Trovador de sus lagos rumorosos!
 ¡Plegue al piadoso cielo

Que en extraña prisión, nunca suspires
 Triste canción de duelo;
 Que en orgulloso vuelo
 Cruzando las inmensas cordilleras,
 A nuestra patria mires
 Bendita por la historia;
 Y que repitas siempre en tus cantares
 El himno de su gloria,
 Al gemir de sus anchos platanares
 Y al rumor de las olas de sus mares!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VIDA DEL CAMPO.

Á mi querido amigo Manuel Peredo.

Libre por fin respiro,
 Y á la altiva ciudad volver no quiero;
 Que allí sin paz suspiro,
 Y de tristeza muero
 Entre sus altos muros prisionero.

Me cansan sus rumores,
 Su inútil pompa desdeñosa y fría,
 Sus frívolos honores;
 Mi corazón ansía
 La amable sencillez en la alegría.

No entre cuidados graves
 Quiero inquieto esperar falsas venturas;
 Libre como las aves
 Yo busco en las llanuras
 Más luz, más libertad, brisas más puras.

Desde elevados montes
 Anhelan contemplar los ojos míos
 Extensos horizontes,
 Lejanos caseríos,
 Selvas, torrentes, caudalosos ríos.

¿Qué vale la hermosura
 Del artesón soberbio, comparada
 A la eternal frescura
 De plácida enramada
 Do la alondra suspira enamorada?

Yo no nací entre el oro;
 Yo el ansia de ambición nunca he sentido;
 La paz es mi tesoro,
 Y al cielo sólo pido
 Silencio y soledad en dulce olvido.

Más que las luengas calles
 De palacios de mármol esplendentes,
 Plácenme á mí estos valles,
 Y sus tranquilas fuentes
 Que entre lirios dilatan sus corrientes.

Aquí no se concibe
 La sonrisa del crimen engañosa;
 Segura el alma vive
 De la inquietud penosa,
 Lejos del áspid de la envidia odiosa.

Aquí no nos despierta
 El trémulo temor con ronco acento;
 Aquí la dicha es cierta,
 Y fácil y contento
 Va entre flores vagando el pensamiento.

Discorre aquí en descanso
 Una vida de paz que á nadie asombra,
 Cual arroyuelo manso
 Sobre florida alfombra
 Cruza entre bosques de perpetua sombra.

Yo aquí tener quisiera
 Una casita rústica, olvidada,
 Del lago en la ribera,
 De árboles circundada
 Y de yedra silvestre coronada.

En ella viviría,
 Ni envidiado del mundo, ni envidioso,
 Y con desdén vería
 El mando peligroso
 Y el velador afán del poderoso.

La paz, la dulce calma
 De mi pecho sería la ventura;
 Y con la paz del alma,
 La tímida ternura
 De una hermosa mujer, modesta y pura.

Ya nada yo quisiera,
 Si amante Elisa, como en otros días,
 Tierna y sensible fuera,
 Sol de mis alegrías,
 Dulce consuelo de las penas mías.

“Oye mi voz amante,
 “Vén, le dijera, vén, deja olvidada
 “La vanidad brillante
 “De la prisión dorada
 “Donde te agitas triste y desgraciada.”

Que á la hermosura ardiente
De sus ojos le bastan los destellos,
Un velo transparente
Sobre sus hombros bellos,
Y alguna blanca flor en sus cabellos.

Y si ella cariñosa
Escuchara la voz de mis amores,
¡Cuán dulce, cuán dichosa
Mi vida, entre las flores
Fuera, lejos del mundo y sus dolores!

Yo no nací entre el oro;
Yo el ansia de ambición nunca he sentido;
La paz es mi tesoro,
Y al cielo sólo pido
Amor, silencio, soledad y olvido.

Hacienda de las Cruces, 1870.

Á LA EMINENTE TRÁGICA ESPAÑOLA

DOÑA MARÍA RODRÍGUEZ.

¡Gloria al arte inmortal, sol sin ocaso
Que con su luz divina
Las almas y los siglos ilumina!
¡Gloria al triunfante genio que á su paso,
A la cobarde envidia encadenando,
Y los pueblos y edades dominando
Al resonar su acento,
El mundo del amor y el sentimiento
Con su poder conquista . . . !
¡Gloria al arte inmortal, gloria al artista!

¡Honor á tí, que alcanzas,
Con el ardiente anhelo
Que el arte al genio inspira,
A hacer sentir y comprender el cielo!
¡Honor á tí, que altiva arrebataste
A Grecia, la sublime,
El mágico tesoro
Que en sus marmóreas tumbas escondía,
La luz del arte, y la corona de oro
Que en su frente magnífica ceñía!

Que á la hermosura ardiente
De sus ojos le bastan los destellos,
Un velo transparente
Sobre sus hombros bellos,
Y alguna blanca flor en sus cabellos.

Y si ella cariñosa
Escuchara la voz de mis amores,
¡Cuán dulce, cuán dichosa
Mi vida, entre las flores
Fuera, lejos del mundo y sus dolores!

Yo no nací entre el oro;
Yo el ansia de ambición nunca he sentido;
La paz es mi tesoro,
Y al cielo sólo pido
Amor, silencio, soledad y olvido.

Hacienda de las Cruces, 1870.

Á LA EMINENTE TRÁGICA ESPAÑOLA

DOÑA MARÍA RODRÍGUEZ.

¡Gloria al arte inmortal, sol sin ocaso
Que con su luz divina
Las almas y los siglos ilumina!
¡Gloria al triunfante genio que á su paso,
A la cobarde envidia encadenando,
Y los pueblos y edades dominando
Al resonar su acento,
El mundo del amor y el sentimiento
Con su poder conquista . . . !
¡Gloria al arte inmortal, gloria al artista!

¡Honor á tí, que alcanzas,
Con el ardiente anhelo
Que el arte al genio inspira,
A hacer sentir y comprender el cielo!
¡Honor á tí, que altiva arrebataste
A Grecia, la sublime,
El mágico tesoro
Que en sus marmóreas tumbas escondía,
La luz del arte, y la corona de oro
Que en su frente magnífica ceñía!

¡Cuál gozo al contemplarte
 En la anchurosa escena,
 Los siglos evocando;
 Tu voz el viento llena;
 Resplandece en las sombras tu mirada,
 Y tu coturno trágico resuena
 Hiriendo el polvo de la edad pasada!

¡Cuál gozo al admirarte,
 Ora traduzcas la doliente pena
 Del infeliz amor en que te inflamas,
 Ora el zelo terrible y espantoso,
 O el ruego lastimoso
 En que piedad reclamas,
 O la pasión ferviente
 Que estalla en lava hirviente
 Como suele el volcán en rojas llamas!

Compláceme mirarte,
 Viviendo nueva vida,
 El alma poseída
 De la celeste inspiración del arte;
 Al viento destendidos
 Tus cabellos magníficos ondean;
 Gime tu pecho y á la par palpita
 Como las olas que aquilón agita;
 Tus ojos centellean
 Con un vívido rayo refulgente;
 La insólita impresión, tierna y ardiente
 Del sentimiento santo,
 Expresas con el arte dulcemente;
 Sus colores le robas á la historia;
 Atronador aplauso de repente
 Proclama tu victoria,

Y al cielo elevas la serena frente
 Ceñida por los rayos de la gloria.
 Al escuchar la plácida armonía
 De la potente voz con que interpretas
 La dicha ó la agonía,
 De los lejanos tiempos sombra augusta
 Parece contemplar la fantasía;
 Y los rumores vagos y dolientes,
 Me parece que escucho en dulce anhelo,
 De las tranquilas ondas transparentes,
 Del helénico mar color de cielo.

¡Cuán grande yo te miro,
 Cuando á tu voz sonora
 El pasado de nuevo siente y vive;
 Cuando el aplauso popular te aclama;
 Cuando alumbra tu frente vencedora,
 La luz de eterna aurora,
 La luz del astro de la eterna fama!
 ¡Cuán bello debe ser del triste olvido
 La sombra disipar, tender el vuelo,
 Y una y otra región raudos cruzando
 Elevarnos sin fin, tocar el cielo,
 Sentir á Dios, y dominar al hombre,
 Y el espacio medir de una mirada,
 Y formar universos de la nada,
 Y á los siglos allí dejar un nombre . . . !

Grande es tu triunfo, artista, á tí la gloria
 Te cubre con su escudo;
 Por eso yo te admiro reverente
 Y con noble entusiasmo te saludo.
 Al aclamar, artista, tu grandeza,
 Permite que humedezca el llanto mío,

Cual del alma dulcísimo rocío,
 Los laureles que ostenta tu cabeza;
 Y cuando al fin, en alas de la suerte,
 Cruces de nuevo los revueltos mares,
 Recuerda mi cariño,
 No olvides mis cantares,
 Guarda las violas que en tu frente ciño,
 Y llévale a tu España,
 En prueba de mi afecto y tus amores,
 Estas humildes flores
 Del pobre trovador de la montaña.

LA ESPERANZA.

Á MI QUERIDO AMIGO

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

¡Dulce, amiga esperanza, hija del cielo!
 Mi ardiente corazón tus glorias ama
 Y en triste ruego tu favor implora:
 Tú eres en el dolor grato consuelo,
 Tú enciendes el placer en nueva llama
 Y el llanto enjugas del que amante llora.
 Tu lumbré brilladora,
 Cuando entre pardas nieblas se oscurece
 El inconstante sol de la fortuna,
 Bellísima aparece,
 Como la blanca luna
 Cuando en la tarde umbría
 Reclinado en la noche muere el día.

Si tú la eterna agitación del mundo
 No embellecieras nunca con tus galas,
 Ni fe, ni gloria, ni placer hubiera;

Fuera el amor sin tí, duelo profundo,
Fuera el alma sin verte, ave sin alas,
Y un desierto sin tí, la vida fuera.

Plácida y lisonjera,
En cada edad con esplendor divino,
Te mira en nueva forma el pensamiento;
Y en tu triunfal camino,
Con tu amoroso aliento,
Por donde vas pasando,
Dicha, ilusión y fe vas derramando.

Cual la temprana rosa en la campiña,
Rica en blandos perfumes y en colores
Abre su cáliz á la luz naciente,
Así á sentir la candorosa niña,
Y á una ansiedad dulcísima de amores,
Su tierno corazón abre inocente;
Suspira dulcemente;
Inquieta á veces conmovida llora,
Y sin saber por qué, goza llorando;
Ni sabe lo que adora,
Ni lo que está buscando,
Y esta feliz delicia

Es tu primera luz que la acaricia.

Gozosa estrecha contra el blanco seno
La conmovida madre al tierno niño,
Y tú le dices que será dichoso;
Su porvenir por tí mira sereno,
Y á su inefable y plácido cariño,
Y á su vaga inquietud le das reposo.

Al verlo tan hermoso
Busca un feliz presagio en su semblante,
Y la señal del genio vé en su frente;

Vuelve á estrecharlo amante
Contra su seno ardiente,
Y en castos embelesos
Implora tu favor al darle besos.

Brilla á tu luz el genio del poeta,
Y en sus amargas horas y sombrías
Le haces mirar la gloria ambicionada;
Vence por tí el destino y lo sujeta,
Y al fuego de la fe que tú le envías
Forma, cual Dios, un mundo de la nada.

Su mente, arrebatada
De los altos espacios celestiales,
Cruza en tus alas la mansión serena;
Y en himnos inmortales,
Alivio de la pena
Del corazón del hombre,
Eterniza la gloria de su nombre.

Vé el labrador el campo, y descendiendo
Las fecundantes lluvias del estío,
En la postrera flor te mira hermosa;
El amante te busca sonriendo
En el dulce mirar, tras el desvío
De los ardientes ojos de su diosa.

Allá en la silenciosa,
Triste extranjera playa, el desterrado
Te adora de su patria á la memoria;
Altivo y agitado
Te busca en la victoria
El triunfador guerrero,
Y en la polar estrella el marinero.

Pasa la hermosa infancia, y se oscurece
 Su misterioso prisma, y sus colores
 El inflexible tiempo va borrando;
 La juventud altiva desfallece;
 Se deshoja el placer como las flores,
 Y el ofendido amor huye llorando.
 Van rápidas pasando,
 Cual las flotantes nubes en el viento,
 Las glorias que soñó la fantasía;
 Apaga el sufrimiento
 La luz de la alegría,
 Y nuestra dicha trunca;
 Mas como el alma, tú, no mueres nunca.

Doquier radiante sin cesar te miro,
 Ya en el soberbio alcázar esmaltado
 Entre la regia púrpura y el oro,
 Ya en el humilde y rústico retiro
 Do el leñador feliz vive olvidado
 Cifrando en tí su dicha y su tesoro;
 Sólo mi amargo lloro
 No torna en gozo tu ilusión querida.
 Vén, ¡oh dulce esperanza! vén amante,
 Vén á alumbrar mi vida
 Al menos un instante;
 Porque es muy triste verte
 En la muerte no más, sólo en la muerte. . .

León, 1869.

SALMO XLI.

Tu santo amor ansío;
 El alma te desea;
 Te busca á tí, Dios mío,
 Te busca mi ansia ardiente,
 Como buscan los ciervos fatigados
 El agua de la fuente.

Sedienta el alma está de tu presencia;
 ¡Oh, quién pudiera hacer que te mirara!
 ¿Cuándo veré, gran Dios, tu excelso trono
 Y el resplandor divino de tu cara?

Tiempo há que el llanto mío
 Ha sido noche y día mi alimento;
 Y en tanto, á cada instante
 ¿En dónde está tu Dios? dice el impío.

Yo siempre pienso en Dios, yo en él confío,
 Y en mi interior el alma se engrandece,
 Y entona placentera
 Himnos mil de alabanza y de alegría,
 Cual suele el convidado
 En el festín espléndido y ruidoso;

Que al fin el tabernáculo sagrado
 Donde mi Dios existe,
 He de admirar un día.
 ¿Por qué, por qué estás triste
 Y por qué me conturbas, alma mía?

Espera en Dios, espera:
 Es mi salud, mi amparo,
 Y yo le alabaré toda mi vida,
 Pensando siempre en Él por donde quiera;
 Del Hermon en la plácida pradera,
 Desde el pequeño monte
 Al último confín del horizonte,
 Del Jordán caudaloso en la ribera.

Un abismo, otro abismo me atraía;
 Todas las olas sobre mí pasaron;
 Pero el Señor me oía,
 Y derramó su luz en mi camino,
 Y su misericordia cada día,
 Y en la noche su cántico divino.

Con alma conmovida,
 Yo elevaré mi súplica ferviente
 Al Dios Omnipotente
 Que es de mis padres Dios, Dios de mi vida.

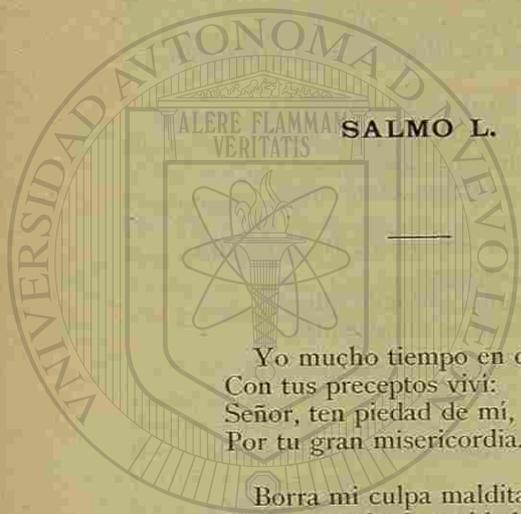
Yo le diré: Señor, en tí confío;
 Tú eres mi luz, mi faro;
 Tú eres mi fe, Dios mío,
 Tú eres mi único Dios, tú eres mi amparo.

¿Por qué de mí te olvidas,
 Y contristado estoy y sin abrigo?

En tanto que me aflige mi enemigo,
 Todos mis huesos sin piedad quebranta
 Mi corazón hiriendo;
 Y me llena de angustia á todas horas,
 Y ¿en dónde está tu Dios? me están diciendo.

En tí, Señor, en tí mi fe confía;
 Yo sé que siempre tu poder me asiste;
 ¿Por qué, por qué estás triste,
 Y por qué me conturbas, alma mía?

Cifra en Dios tu consuelo y tu esperanza;
 Espera en Dios, espera:
 Mi Dios es mi salud, y donde quiera
 Resonará mi acento en su alabanza.



SALMO L.

Yo mucho tiempo en discordia
 Con tus preceptos viví:
 Señor, ten piedad de mí,
 Por tu gran misericordia.

Borra mi culpa maldita,
 Borra mi infanda maldad;
 Por tu divina piedad,
 Por tu piedad infinita.

Señor, con tu gracia sella,
 Al alma el mal esclava;
 Más y más clemente lava
 De mis pecados la huella.

Arrepentido lamento
 Mi criminal extravío,
 Y siempre el pecado mío
 Fijo está en mi pensamiento.

Yo he pecado ante tus ojos,
 Y eres justo eternamente,
 Perdonándome clemente
 O hiriéndome en tus enojos.

Vea tu mirada pia
 Que en la impureza nació,
 Y en el pecado ¡ay de mí!
 Me dió á luz la madre mía.

Tú amas siempre la verdad;
 Tú me has dado á conocer
 De tu profundo saber
 La sublime inmensidad.

Si hacia mí tu mano mueve
 El hisopo consagrado,
 Quedaré purificado
 Y más blanco que la nieve.

Gozo inefable y placer
 Dará tu acento á mi oído,
 Y sentiré conmovido
 A tu voz todo mi ser.

De mi audaz iniquidad
 Aparta ¡oh Dios! el semblante;
 Borra, Señor, al instante,
 Borra mi horrible maldad.

Renueva mi ser impuro,
 Y forma en mí, poderoso,
 Un corazón más hermoso
 Y un espíritu más puro.

Nunca me arrojes de tí
Como al arcángel precito;
Y tu espíritu bendito
No apartes, Señor, de mí.

Vuélveme el dulce contento
Que inspira tu amor sublime,
Y al alma que triste gime
Vivifica con tu aliento.

Yo á los malvados, Dios mío,
Tu senda les mostraré;
Con tu gracia lograré
Que se convierta el impío.

La sanguinaria malicia
Huya de mí, Dios clemente;
Y mi labio eternamente
Ensalzará tu justicia.

Tú alentarás mi esperanza;
Tocarás el labio mío,
Y ante el justo y el impío
Anunciaré tu alabanza.

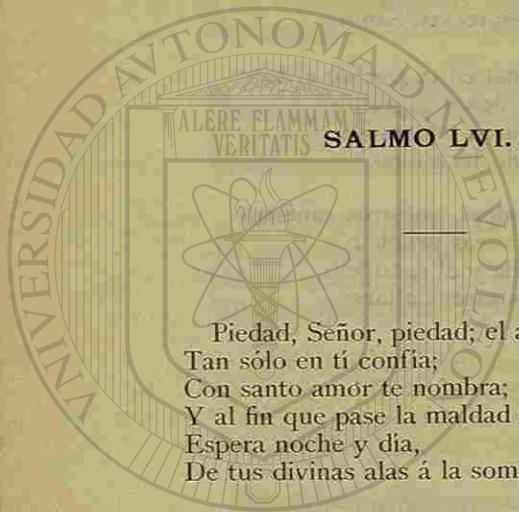
Otros te dan entre vicios
Sacrificios sin amor,
Mas tú no quieres, Señor,
Esos vanos sacrificios.

Para tí, es la mejor palma,
Holocausto el más preciado,
El espíritu angustiado
Con la contrición del alma.

Tú quieres sólo el amor;
La santa humildad que adora;
Que tú al corazón que llora
No lo desprecias, Señor.

Derrama en tu pueblo el bien,
Dale tus dones sagrados,
Y sus muros reforzados
Contemple Jerusalén.

Y entonces, nuestros cantares
Oyendo, verás propicio
La ofrenda y el sacrificio
Sobre tus santos altares.



SALMO LVI.

Piedad, Señor, piedad; el alma mía
Tan sólo en tí confía;
Con santo amor te nombra;
Y al fin que pase la maldad impía
Espera noche y día,
De tus divinas alas á la sombra.

A tí, Señor altísimo, mi acento
Se elevará clamando fervoroso;
A tí, oh Dios, que de bienes me llenaste,
A tí, que me salvaste milagroso,
Que del cielo á tus ángeles mandaste;
Y en tu justicia santa,
Oprobioso baldón sobre la frente
Marcaste á mi enemigo que insolente
Hollaba mi cerviz bajo su planta.

Tú la verdad sublime
Mandaste sobre mí, tu afecto tierno
Y tu misericordia ¡oh Dios eterno!

Tú sacaste, Señor, el alma mía
De en medio de los bárbaros leones
Donde en sueño letal triste yacía.

Bendito ¡oh Dios! bendito
Y ensalzado tu nombre ver anhelo;
Bendito tu poder, que al mal aterra;
Bendito tú en el cielo,
Y bendita tu gloria aquí en la tierra.

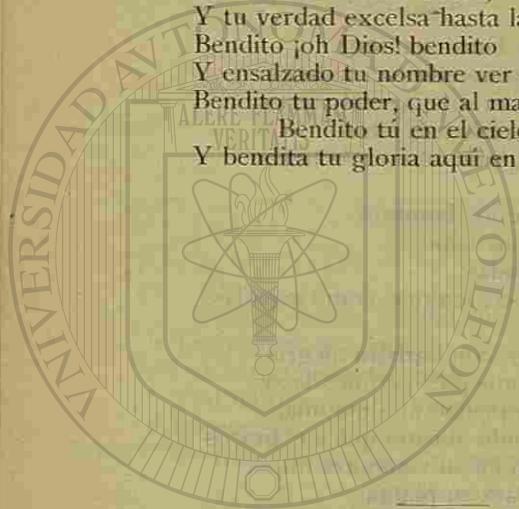
Los hijos de los hombres
Tienen entre sus labios
Mil armas afiladas;
Terribles son sus lenguas como espadas.

Ellos, Señor, con bárbara alegría
Tienden ante mis pies pérfidos lazos
Y agobian sin piedad al alma mía;
Pero en el hondo abismo que sus brazos
Cavando están en su venganza impía
Resbalará su planta.

¡Sublime y justo Dios omnipotente!
A tí tu siervo el corazón levanta,
Y delante del pueblo y las naciones
Mi corazón ardiente
Elevará en tu honor dulces canciones.

Vén, mi gloria, mi amor; vén, lira mía;
Para entonar un cántico bendito
Yo me alzaré del lecho antes del día.
Justo y sublime Dios, Dios infinito,
Yo cantaré á los pueblos tu victoria,
Yo cantaré tu gloria,
Yo anunciaré tu nombre á las naciones.

Del cielo en las regiones
 Es tu misericordia engrandecida;
 Tú hasta los cielos subes,
 Y tu verdad excelsa hasta las nubes.
 Bendito ¡oh Dios! bendito
 Y ensalzado tu nombre ver anheló;
 Bendito tu poder, que al mal aterra;
 Bendito tú en el cielo,
 Y bendita tu gloria aquí en la tierra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALMO LX.

Escucha ¡oh Dios clemente!
 El ruego humilde que á tu trono envío;
 Atiende ¡oh Dios! á mi oración ferviente,
 Atiéndela, Dios mío.

Del confin más lejano de la tierra
 A tí clamé, Señor, en mi agonía;
 Cuando en perpetua guerra
 Mi atribulado corazón gemía.

Tú me ensalzaste ¡oh Dios! tú me ensalzaste
 Porque tú eres en todo el soberano;
 Y tú por donde quiera me llevaste
 Con tu potente mano.

Mi esperanza y mi amparo es tu grandeza;
 Tú eres mi solo abrigo;
 Torre de fortaleza,
 Inexpugnable siempre á mi enemigo.

Siglos y siglos viviré gozoso
Allá en tu tabernáculo sagrado;
Con tu sublime amparo poderoso,
Con tus divinas alas escudado.

Mi oración ha llegado á tu presencia;
Tú velas por el hombre;
Y tú has dejado celestial herencia
A los que temen tu divino nombre.

Tú guardarás del rey las alegrías
En años dilatados;
Y él mirará sus días
Por cien generaciones prolongados.

El vive eternamente
Por más que luce la maldad injusta,
El vive ¡oh Dios elemente!
El vive siempre en tu presencia augusta.

¿Pues á quién falta, si el dolor lo agita,
El mirar de tus ojos apacible,
Y tu verdad bendita,
Y tu misericordia inextinguible?

Un siglo y otro, bendiciendo amante
Tu poder, que extremece á los ímpios,
Yo siempre á cada instante
Te cumpliré, Señor, los votos míos.

SALMO LXII.

¡Oh Dios, mi Dios, desde que asoma el día
Velando busco tu divino aliento;
Está de tí sedienta el alma mía
Y á tí elevo mi ser, mi pensamiento.

En ansia dolorosa
Mucho tiempo he marchado peregrino,
Por una tierra yerma y tenebrosa
Sin agua y sin camino.

Pero yo donde quiera te contemplo,
Y en mi letal tristeza
A tí me presenté, como en el templo,
Para mirar tu gloria y tu grandeza.

Hoy por el labio que doliente gime
Será tu excelsa gloria bendecida,
Que es tu misericordia ¡oh Dios sublime!
Más dulce que la vida,

Entre tanto que dure mi existencia,
Al bendecir tus dones soberanos,
Tu santa Omnipotencia,
A tí, Señor, elevaré mis manos.

¡Gran Dios! mi pecho toca
Y llena de vigor el alma mía,
Y sin cesar mi boca
Alabará tu nombre noche y día.

En la noche, en mi lecho suspirando,
En tí he pensado con amor ardiente;
Y en tí, Señor, pensando
Me ha encontrado la luz del sol naciente.

Tú fuiste ¡oh Dios! mi amparo poderoso;
Con fe, Señor, mi corazón te nombra;
Yo viviré gozoso
De tus divinas alas á la sombra.

Tú eres siempre ¡gran Dios! nuestra alegría;
Tú eres la gloria nuestra:
A tí se unió, Señor, el alma mía,
Y me amparó tu diestra.

En vano ¡oh Dios! en vano
Me busca mi enemigo en cruda guerra;
Que bajará, Señor, bajo tu mano
Hasta lo más profundo de la tierra.

Su soberbia por tí será humillada;
Y en ansias angustiosas,
La victima será de ardiente espada
Y presa de raposas.

El rey en tí se alegrará, Dios mio;
¡Feliz el que creyere!
Porque mudo ha quedado el labio impio
Que la maldad profiere.



EL VALLE DE MI INFANCIA.

Salud, ¡oh valle hermoso!
Albergue del placer, donde dichoso,
Entre sueños espléndidos de amores,
Vi deslizarse un día,
Cual se desliza el agua entre las flores,
Los dulces años de la infancia mía.

Valle umbroso, salud: hoy el viajero
Tu abrigo lisonjero

Busca ansioso con ávida mirada;
Bendice la quietud de tus verjeles,
Y reclina su frente ensangrentada
A la sombra feliz de tus laureles.

Aquí está la montaña, allí está el río,
Allá del bosque umbrío
La silenciosa majestad se admira;
Allí el lago retrata el firmamento;
La fuente, más allá, lenta suspira,
Y agitando los saúces gime el viento,

Allí la cruz está donde inspirado,
El bien del desgraciado
Imploraba con místico cariño,
Elevando á los cielos mis plegarias;
Y estas agrestes rocas solitarias,
Las mismas son que amé cuando era niño.

Pero es otro el rocío, otra la brisa
Que hoy el Abril te dá con su sonrisa;
Otras las rosas son, de encanto llenas,
Que brillan entre el césped de tu alfombra,
Y otras, y otras también las azucenas
Que crecen á tu sombra.

Cual las olas que pasan suspirando,
Los años van pasando;
Un instante con flores se embellecen,
Un punto brilla su fulgor mentido,
Y al fin se desvanecen
En las oscuras sombras del olvido.

¿Adónde están ahora aquellas rosas
Tan puras, tan hermosas . . . ?
Están ¡oh valle! donde está la calma
De aquellos bellos días tan risueños;
En donde está mi amor, gloria del alma,
Y en donde están también mis dulces sueños.

Yo era feliz aquí, yo me adormía
En plácida alegría,
Por la dulce inocencia acariciado,
Sin más amor que tú, sin otro anhelo
Que amar tus flores y cruzar tu prado,
Cantar tus fuentes y mirar tu cielo.

Una tarde las aves se alejaban,
 Y al ver cómo volaban
 Sentí el alma agitarse en ansias locas,
 Y quise como el águila atrevida
 Cruzar las selvas, dominar las rocas,
 Y aspirar otro ambiente y otra vida.

Y al huracán seguí, y al ver el mundo,
 Sentí en el corazón horror profundo;
 Anhelé las tranquilas soledades
 Donde feliz reía,
 Y sentí que mi espíritu oprimía
 La atmósfera letal de las ciudades.

Gozo y placer busqué, gloria y ventura,
 Y sólo hallé amargura,
 Inquietudes y afán, tedio y congojas;
 Del viento del dolor al soplo ardiente,
 Cual de tus bellos árboles las hojas,
 Se secó la guirnalda de mi frente.

En vano allí busqué la dulce calma
 Y el casto amor del alma;
 Solo en la multitud con mis pesares
 Me confundí gimiendo,
 Y apagóse perdido entre el estruendo
 El tímido rumor de mis cantares.

Esquivando el furor de la tormenta,
 Cual ave voy que el huracán ahuyenta,
 Y ansioso busco ahora,
 En tu silencio plácido y tranquilo,
 El apacible asilo
 Donde al menos en paz el alma llora.

También, ¡oh valle! á marchitar tus galas
 La airada tempestad tiende sus alas;
 Tus flores huella y con furor se agita
 Marchitando sus vívidos colores . . .
 ¡Dichosas esas flores
 Que el huracán marchita!

Lejos contemplo ya la infancia mía,
 Y muy lejos la tumba todavía;
 Oculto afán me mata,
 Mi destino en la tierra es muy incierto,
 Y lúgubre á mi vista se dilata
 Inmenso el porvenir como un desierto.

Sin oír una voz dulce y querida,
 Solo estoy en el valle de la vida;
 Cual el ciprés doliente
 Que en eterno abandono se consume,
 Sin guirnalda de hiedras en su frente,
 Sin que le dé una flor grato perfume.

Nadie piensa en mi amor, nadie me mira,
 Nadie por mí suspira;
 Tan sólo la tristeza
 Con mis dolores gime,
 Y entre sus brazos trémula me oprime
 Y reclina en su seno mi cabeza.

El alma ardiente que en mi afán seguía,
 Dulce hermana inmortal del alma mía,
 Me niega su ternura,
 Y sin oír mi queja,
 Insensible á mi amarga desventura,
 Sin enjugar mis lágrimas se aleja.

Ya que en vano la llamo cariñoso,
 Para cruzar con ella el bosque umbroso;
 Para contarle amante mi querella
 Y dividir con ella mi alegría;
 Para soñar con ella,
 Esta sombra de amor que dura un día;

A lo menos gozar el alma quiere
 En el sueño ideal que nunca muere,
 Del infinito anhelo
 En que Dios le revela su destino;
 La esperanza feliz del bien divino
 Con que existen las almas en el cielo.

Aquí morir quisiera
 Al rumor de tu brisa lisonjera;
 Pero ¡ay! deliro, mi ansiedad es vana,
 Y el soplo sigo del destino airado . . .
 ¡Quién sabe dónde me hallaré mañana!
 ¡Quién sabe dónde moriré ignorado!

Queda en paz, dulce valle, umbroso asilo
 Donde existí tranquilo,
 Plácido albergue de mi amor primero.
 Ya va el sol ocultando sus fulgores,
 Y adiós te dice el infeliz viajero
 Empapando en sus lágrimas tus flores.

RECUERDO.

(LAMARTINE.)

En vano pasa un día y otro día
 Pues no dejan ni huella en su camino;
 Nada te borra á tí del alma mía,
 Ultimo sueño de mi amor divino.

Yo miro en rededor con desaliento
 Las horas de mi vida acumularse,
 Como en torno la encina, al son del viento
 Vé sus marchitas hojas desgajarse.

Hoy el tiempo mi sien de nieve llena,
 Y corre sin calor la sangre mía,
 Semejante á las ondas que encadena
 Del otoño glacial la brisa fría.

Mas tu joven imagen que embellece
 Este hondo duelo que jamás se calma,
 Tu brilladora imagen no envejece;
 Que existe sin edad, y es como el alma.

Tú de mis ojos nunca has de apartarte;
 Y cuando á solas la mirada giro,
 Cuando deo en la tierra de mirarte,
 En el cielo, mi bien, siempre te miro.

Allí yo te contemplo engalanada
Bella cual fuiste en tu postrera hora,
Cuando el vuelo á la célica morada
Dulcemente elevaste con la aurora.

Tu belleza, tan pura y tan querida,
Hoy en el cielo luce más brillante,
Y hay en tus ojos do faltó la vida
De la inmortalidad la luz radiante.

Aún amoroso el céfiro sereno
Tus cabellos levanta y los desprende,
Y la sutil madeja vá á tu seno
Y en rizos como el ébano se extiende.

La sombra de este velo cariñosa
Embellece tu imagen soberana,
Que así el alba se muestra más hermosa
Tras la niebla postrer de la mañana.

La llama de este sol que nos asombra
Huye y se oculta al expirar el día;
Pero mi amor, mi bien, no tiene sombra;
Tú siempre luces en el alma mía.

Yo te escucho y te miro á cada instante
En la tierra, en el mar y el firmamento;
Las olas me reflejan tu semblante,
Me finge el aura tu athoroso acento.

Quando reinan doquier sombras oscuras,
Si oigo del viento el lánguido gemido,
Escuchar me parece que murmuras
Dulcísimas palabras en mi oído.

Y si las luces esparcidas veo
Que el velo bordan de la noche umbría,
Siempre en la estrella contemplarte creo
Más agradable á la mirada mía.

Si de la brisa el plácido suspiro
Los perfumes me manda de las flores,
Es tu divino aliento el que respiro
Envuelto en sus dulcísimos olores.

En mi triste existencia y solitaria,
Tu mano enjuga mi copioso lloro,
Cuando elevó en secreto mi plegaria
En el sagrado altar del Dios que adoro.

Tú velas mi reposo; en mis ensueños
Siento por tí mi frente acariciada;
Siempre vienen de tí todos mis sueños,
Dulces como la luz de tu mirada.

Y si tu mano entonces separara
El hilo de esta vida de agonía,
Yo en tu amoroso seno despertara,
¡Oh celeste mitad del alma mía!

Cual dos suspiros que el amor aduna,
Cual dos rayos del alba sonriente,
Una son nuestras almas, sólo una;
Y yo por tí suspiro eternamente.

Diciembre, 1870.

A LA EGREGIA ARTISTA

ADELAIDA RISTORI.

Con santo amor profundo,
 Sublime vencedora,
 Reina te aclama el mundo
 Y tu grandeza adora,
 Y del placer el cántico
 Resuena en torno á ti.

Ciñen tu trono palmas,
 De excelso triunfo emblema;
 Tu reino son las almas,
 La gloria es tu diadema,
 Tu patrimonio el genio,
 Tu siglo el porvenir.

Bendicente en las zonas
 De tu región nativa;
 Y flores y coronas
 De Asia y de Europa altiva
 Y de la noble América,
 Se ostentan en tu sien.

Hermoso es tu destino;
 De lauros alfombrado
 Se mira tu camino,
 Y humilde, esclavizado,
 Del arte el sacro numen
 Te sigue por doquier.

Cuando en el ancha escena
 Tu labio se extremece;
 Cuando tu voz resuena,
 Y súbito aparece
 En tu mirada el fulgido
 Brillo de ardiente sol;

Y evocas del pasado
 La fúnebre memoria,
 Del polvo venerado
 Se alza la augusta historia,
 Y, conmovida, animase
 Al eco de tu voz.

La antigüedad su frente
 Joven de nuevo asoma;
 Se alza la Grecia ardiente,
 Y la ruidosa Roma,
 La Roma de los Césares,
 Se inunda en nueva luz.

Norma de nuevo vive
 Con su fatal fortuna;
 Su sombra se percibe
 Al alumbrar la luna
 Con su fulgor los drúidicos
 Altares de Irmisul.

¡Oh artista, yo te admiro!
 No existe un pensamiento,
 Ni un eco, ni un suspiro,
 Ni un solo sentimiento
 Que tu palabra mágica
 No alcance a interpretar.

Con soplo omnipotente
 Tu corazón se agita,
 Bajo tu seno ardiente
 La humanidad palpita,
 Y su pasión indómita
 Retruena como el mar.

Ya expreses esquivizas,
 Ya cándidos amores,
 O llantos, ó tristezas,
 O celos, ó dolores,
 Tu voz, tu sér, tu espíritu,
 Conmueven nuestro sér.

Nos hiere el sentimiento
 Oyendo tu gemido;
 Sufrimos tu tormento;
 Y el eco producido
 Por tu còrno trágico
 Nos hace estremecer.

Al suspirar amante
 Tu fuego nos domina;
 Se baña tu semblante
 En blanda luz divina,
 Y al contemplar tus lágrimas
 Se oprime el corazón.

Con casto arrobamiento,
 Con lánguida ternura,
 Con expresivo acento
 Al par de tí murmura,
 "Amor" el labio trémulo,
 Y el alma "amor, amor."

A veces se te escuchan
 Quejas que al cielo envías,
 Y en tu mirada luchan
 Pesares y alegrías,
 Cual lucha en el crepúsculo
 La luz al expirar.

Y pálida y sin calma,
 Muestras con honda pena
 La inmensidad del alma
 De astros y sombras llena,
 Donde implacable extiendese
 La eterna tempestad.

A veces sollozando,
 Las ansias que te oprimen
 Revelas delirando,
 Y del sangriento crimen
 En tus facciones mirase
 El infinito horror.

Sin fé, sin esperanzas,
 Vencida por la suerte,
 Hacia la muerte avanzas,
 Y de la misma muerte
 Sorprendes el fatídico
 Misterio aterrador.

En triste y lenta angustia
Te agitas anhelante;
Yerta tu frente y mística
Se inclina vacilante,
Como el arbusto débil
Que azota el huracán.

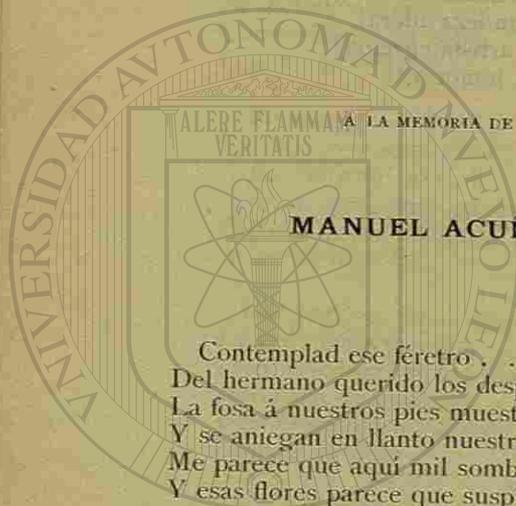
En congojoso anhelo
Las tus convulsas manos
Alzas, doliente, al cielo;
Cual luz que arroja vanos
Vivos fulgores últimos,
Al extinguirse ya.

Buscando el firmamento
Tu vista incierta vaga;
Y en ronco hervir tu aliento
Sordo por fin se apaga,
Y en el sepulcro lóbrego
Termina tu dolor.

En tu expirar sublime,
El pueblo conmovido
Se alza temblando y gime;
Y mézclase al gemido,
Ensondando el ámbito,
Aplauso atronador .

Dadle á la artista palmas,
De excelso triunfo emblema;
Su reino son las almas,
La gloria es su diadema,
Su patrimonio el genio,
Su siglo el porvenir.

Con santo amor profundo,
Sublime vencedora,
Reina te aclama el mundo
Y tu grandeza adora.
¡Honor, artista egregia,
Gloria y honor á ti.



MANUEL ACUÑA.

Contemplad ese féretro . . . él encierra
 Del hermano querido los despojos . . .
 La fosa á nuestros pies muestra la tierra
 Y se aniegan en llanto nuestros ojos . . .
 Me parece que aquí mil sombras giran,
 Y esas flores parece que suspiran.

Tumbas, pavor doquiera,
 El alma se estremece, el labio gime;
 La risa lisonjera
 En aflicción y en duelo se convierte;
 Un terrible silencio nos oprime;
 Y el misterio infinito de la muerte
 Todo lo llena con su horror sublime.

Turbe mi ronca voz, turbe el reposo
 De este recinto lúgubre y sombrío,
 Y ante ese negro cuadro doloroso
 Vuestro llanto mezclad al llanto mío.

No en loco desvarío
 De inútil sentimiento haciendo alarde,
 Vengo á exhalar tristísimo lamento;
 Llorando de la muerte al pensamiento,
 Jamás la muerte contemplé cobarde;
 No tiemblo ante la muerte, ni me agito,
 Porque firme y seguro en mi creencia,
 Yo espero tras la muerte otra existencia,
 Yo siento tras la tumba el infinito;
 No con doliente grito
 Lamento que á otra luz se abra otra cuna;
 No lloro al ver caída
 Una rosa del árbol de la vida;
 No deploro en sollozos la fortuna
 Del que la nueva playa al fin alcanza;
 Lloro, sí, con el alma estremecida,
 Ante la tumba de la fe perdida,
 El postrimer adiós de una esperanza.

Si nuestro pobre amigo
 En cariñoso anhelo,
 De la fe y el amor bajo el abrigo,
 Y con santo placer mirando al cielo
 Su misión en la tierra al ver cumplida,
 Hubiera recibido dulcemente
 En su serena frente
 El ósculo postrero de la vida,
 Yo sin duelo ni afán, á la influencia
 De la dulce amistad que nos ligara,
 Sonrisas y no llanto le mandara
 Como prenda de amor en breve ausencia.

Mas cómo reprimir el sentimiento,
 Y cómo tregua dar á la amargura,

Al ver que huyendo en vano
Del horrible afanar y la tortura
De un negro pensamiento,
Sin fe, sin luz, sin calma,
Apagando su genio soberano,
Se lanza de la muerte al oceano
Con una tempestad dentro del alma.

Espléndido entre flores
Gozoso el porvenir le sonreía;
Pero ¡ay! su dulce encanto, y sus fulgores,
Y el amor que la gloria le ofrecía
A apagar no bastaron sus dolores,
Y en el terrible horror de la agonía,
De tormentos horribles y crüeles
Sangrando el corazón, la vista incierta,
Lanzóse de su lecho de laureles
Al lecho en el que nunca se despierta.

Lleno de vida ayer, su pensamiento
Un universo mágico formaba
De amor, y poesía, y sentimiento;
Con poderoso aliento
Alzóse vencedor, y en su palacio
Su ilustre nombre registró la historia,
En tanto que llenaban el espacio
Los himnos del placer y la victoria.

Hoy, contempladle allí, pálido y yerto,
Convertidas sus flores en abrojos,
Extinto su vigor, sin luz sus ojos,
Su corazón ya muerto.

Vedle allí, de su trono derribado,
Inmóvil, destrozado
De su propio dolor al golpe rudo . . .
Gloria, esperanza ayer, hoy polvo mudo.

¡Qué acerbo sufrimiento,
Qué espantoso dolor no apuraría
Su pecho moribundo,
Si en el postrer momento,
Si en el ansia postrer, arrepentido
Quiso volver al mundo
Y en las sombras le vió desvanecido!

¡Si en su anhelar sentía,
Cuando expirante ya, vivir quería,
Su aliento que en sus labios se apagaba,
Y la luz que en sus ojos se extinguía,
La vida que cual soplo se alejaba,
La muerte que llegaba, que llegaba,
La oscura eternidad que lo envolvía . . . !

¡Ay! si en aquel instante
Pudo pensar, sintiendo
El frío de la muerte en su semblante,
En la madre infeliz, tierna y amante,
Que bendice su nombre sonriendo,
Que su imagen conserva en la memoria,
Y en el sublime amor de sus amores
Piensa llenar de besos y de flores
Su corona de lauros y de gloria . . .

Evocando esta idea, me parece
Que las sombras se agitan y se oprimen
Y que dolientes gimen,
Y en el polvo el cadáver se estremece . . .

Perdón, hermano mío,
 Perdona mi amargura,
 Si una queja tal vez brotó mi labio;
 Mas del dolor que siento en la tortura,
 Aunque tocando estoy la tumba fría,
 No puedo comprender tu desventura,
 Me parece que sueño todavía.

En dulce paz reposa,
 Trovador del Anáhuac, entre tanto
 Que vertiendo la patria amargo llanto
 Tus cantares repite cariñosa.

Los que el valle cruzamos de la vida
 Te damos en la triste despedida,
 Piedad, ternura, amores,
 Y laureles, y lágrimas, y flores.

Bendiciendo tu nombre y tu memoria
 La patria vela en tu postrer asilo;
 Adiós ¡oh trovador! duerme tranquilo,
 Duerme en paz á la sombra de tu gloria!

UN RECUERDO.

Cuando era yo tierno niño,
 Mi santa madre tenía
 Una imagen de María,
 Ante la cual sonreía
 Con inefable cariño.

Con ternura la miraba
 Conmovida y amorosa,
 Y hablándole fervorosa
 Con la imagen milagrosa
 Largas horas conversaba.

Yo quise saber curioso
 Por qué derramaba llanto
 Ante el cuadro hermoso y santo
 Y por qué le hablaba tanto,
 Y me acerqué silencioso.

Y mi madre, no os asombre,
 Cuando la imagen veía,
 Y lloraba y sonreía,
 Lo que tanto le decía
 Era . . . tan sólo mi nombre.

LA MISIÓN DE LA MUJER.

Á UNA NIÑA.

La virtud en tu alma encierra
Y al cielo tu fe levanta,
Pues tu misión en la tierra
Es noble, sublime y santa.

No has nacido á suspirar
Cual sierva humillada y triste,
No para esclava naciste,
Naciste para triunfar.

Para apagar el rencor
En donde quiera que esté,
Para triunfar con la fe
Y reinar con el amor.

Aunque á veces triste gime
La mujer, niña querida,
En la lucha de la vida
Es un guerrero sublime.

No es su misión la venganza,
Ni su arma el acero rudo;
La caridad es su escudo,
Su bandera la esperanza.

Hace que el mal se avergüence;
Torna el afán en ventura,
Y triunfa con su ternura,
Y con sus lágrimas vence.

Aunque el error te enterezca
Tu reinado ya no tarda;
Alza la frente y aguarda
A que tu aurora aparezca.

No estés en triste inquietud,
Hermosa será tu suerte,
Que aunque débil, cres fuerte
Y es tu fuerza la virtud.

Como el aroma á la flor,
Te ha dado Dios la ternura;
Del mundo harás la ventura
Con la virtud y el amor.

No has de obtener la victoria
En la ambición y el encono;
El hogar guarda tu trono;
Solo el amor es tu gloria.

No aspire tu inteligencia
A los lauros de la guerra,
Ni á dar leyes á la tierra,
Ni á brillar por la elocuencia.

Ni del mundo turbulento
A dominar la inquietud;
Tu poder es la virtud,
Tu elocuencia el sentimiento.

Jamás á las almas dé
 Tu palabra muerte ruda;
 No naciste á dar la duda,
 Naciste á inspirar la fe.

Nunca del odio maldito
 Sigas la huella sangrienta;
 No eres la negra tormenta,
 Eres el iris bendito.

Que refleje siempre un cielo
 De tus ojos el fulgor;
 Tus consejos den amor,
 Tus sonrisas den consuelo.

En donde quiera que insano
 Su espada el rencor levante,
 Tu fe le venza al instante
 Y le desarme tu mano.

Debes siempre ¡oh niña! ser
 Angel de santa bondad,
 Llevando á la sociedad
 Por la senda del deber.

Que está en tus manos, advierte,
 De los hombres la fortuna,
 Desde el llanto de la cuna
 Al suspiro de la muerte.

A LA MEMORIA DEL EMINENTE ESCRITOR ESPAÑOL.

DON ANSELMO DE LA PORTILLA.

ELEGÍA.

Vén, patria de amor, ¡oh patria mía!
 Con desprecios injustos ultrajada;
 Pero siempre tan noble y tan amada,
 Cual ser amado ambicionara un día;
 Vén, patria de mi amor, patria adorada;
 No ciñas en tu frente
 El glorioso laurel, cubre de luto
 Tu hermosa faz doliente;
 No busques solamente
 Las frescas, bellas y galanas flores,
 Emblemas de esperanzas y de amores,
 Corta también la adelfa funeraria
 Que simboliza el duelo y la amargura;
 Eleva silenciosa tu plegaria,
 Y en grata y melancólica espesura,
 Los ecos de tus valles florecidos,
 Tristemente repitan tus gemidos.

Yace en la umbrosa tumba, entre las nieblas
 Que hacen temblar el corazón del hombre,
 El escritor insigne, el que inspirado
 Te supo defender, el que tu nombre
 Pudo elevar valiente y te quería
 Con santo amor sincero,
 Con la fe que te adora el alma mía.

No era extranjero, no, no era extranjero;
 Si caprichosa y débil la fortuna
 Le dió lejana cuna,
 Su corazón, su vida, su ardimiento,
 Su noble pensamiento
 Tuyos fueron doquier; suya tu gloria.

Él escribió tu historia;
 Él siempre con amor te bendecía,
 Gozaba en tu alegría
 Y gozaba sin fin con tu victoria,
 Y con todas tus dichas sonreía.

Él lamentó, llorando, el infortunio
 Que sin piedad te hiere;
 Te quiso ¡oh patria! como yo te quiero;
 No era extranjero, no, no era extranjero,
 Porque no es extranjero el que te quiere.

Él con la oliva de la paz hermosa
 Que ostentaba en su mano cariñosa
 Con tu dolor gemía,
 Como el que sufre y esperando gime.
 Él apagó el rencor en donde quiera,
 Él levantó muy alta tu bandera,

La levantó muy alta; la tenía
 Junto á su corazón grande y sublime.....
 ¡Bendice su memoria, ¡oh patria mía!

Él, en las horas bellas
 De la radiante juventud, las manos
 Tendió á la dulce lira
 Y amante suspiró como suspira
 El agreste zentzontle en la enramada.
 El por su patria amada
 Y sus dulces recuerdos y lejanos
 Con tristeza lloró, y en sueños vanos,
 El alma llena de brillantes soles,
 Hizo sonar sus cantos españoles
 En los umbrosos bosques mexicanos.

Él con su corazón todo ternura,
 Con su sonrisa triste,
 Su lánguido mirar, su pensamiento
 Impregnado de amor y sentimiento,
 Su aspiración bendita,
 Su ansia de amor, de paz y de ventura,
 Su palpitante anhelo
 Para apagar la saña,
 Brilló sublime en México y España,
 Como el iris de paz brilla en el cielo.

Ardiendo todavía
 El antiguo rencor, mal apagado
 El odio inicuo que abortó la guerra,
 El hijo de esta tierra,
 Altivo y desdichado,
 Entre el rumor de la discordia impio,

Mostraba al español su noble brío
Y su hermoso laurel ensangrentado.

La paz era imposible; la tormenta
Por donde quier rugía;
Detrás del español huella sangrienta
El mexicano con horror veía,
Y más y más el odio se encendía.
Mas vino el escritor; su pensamiento
Se levantó sublime;
Su voz sonó en el viento
Convocando á la paz, y poderoso
El prestigio feliz de su ternura
Que á la concordia levantaba altares,
Cruzó el otero, el valle silencioso,
La campiña desierta y sin cultura,
El cauce del torrente estrepitoso,
Los bosques de palmares;
Sobre el cráter cruzó de la montaña,
Y su acento de amor, de amor á España
Cruzó sonoro los revueltos mares.

Y yo escuché su voz, y cariñoso
Para estrechar los lazos
Que noble y generoso me ofrecía,
Cual buen amigo le tendí mis brazos.

Escucha, España, lo que yo sentía:
Yo á todos siempre la verdad les digo:
Yo con el corazón te aborrecía,
Pero el acento del anciano oía
Y una alianza de amor formé contigo:
Desde entonces te quiero y te bendigo.....
¡España, noble España, madre mía!

Vén, patria de mi amor, patria adorada,
Busca oloroso mirto en tus verjeles,
Y cubre con laureles
La triste tumba para ti sagrada.

Bendice, Iberia, la brillante gloria,
La plácida memoria
Del escritor hispano,
Del noble, del ilustre y generoso,
Entre tanto que suena cariñoso
El himno fraternal del mexicano.

México, Marzo 5 de 1879.

MOISÉS EN EL NILO.

TRADUCIDA DE VÍCTOR HUGO.

Y he aquí que descendía la hija
de Pharaon para lavarse en el río,
y sus doncellas andaban por la mar-
gen del río.

Exodo.

“Venid, hermanas mías;
A la primera luz del sol naciente
Tienen siempre las ondas más frescura;
Venid, los segadores
Reposan en su hogar tranquilamente;
Menphis eleva apenas sus rumores,
Y solitario el río
Se encuentra en esta hora;
Nuestro casto placer bajo estas selvas
No tendrá más testigo que la aurora.”

“En el altivo alcázar de mi padre
Brilla el arte doquier; pero estas playas
Donde en copia gentil de hermosas flores
Primavera vertió rico tesoro,
Más bellas son á las miradas mías
Que una fuente de pórvido y de oro.

Son del alma la música querida
Esos cantos que vagan en el viento,
Y prefiero al magnífico perfume
Que en nuestra regia estancia se consume,
Del aromado céfiro el aliento.”

“¡Mansamente las ondas se deslizan!
¡Puros están los cielos!
Dejad flotar aquí plácidamente,
De las flexibles ramas suspendida,
Esa azulada gasa transparente
Que á vuestro leve talle está ceñida.
Venid, quitadme los celosos velos,
Quitadme la corona de la frente,
Que á vuestro lado anhelo bulliciosa
Jugar entre las ondas
De la clara corriente rumorosa.”

“Presto venid, hermanas
¿Pero qué es lo que miro entre la niebla
Que envuelve en la mañana las campiñas?
Mirad al horizonte allá lejano
Nada, nada temáis, tímidas niñas:
Es el tronco sin duda de una palma
Que la corriente arrastra al mar incierto,
Y que á ver las pirámides camina
Desde el fondo ignorado del desierto.”

“Mas no; si á mi indecisa
Mirada fe le diera,
O de Hermes la barquilla,
O la dorada concha y reluciente
De la hermana de Osiris la creyera,

En las ondas bogando
De la ligera brisa al soplo blando.
¡Ah! pero es una leve navecilla,
Do en inocente calma y lisonjera,
Miro un niño que duerme entre las ondas
Cual si en el seno maternal durmiera."

"Va soñando; y el lecho de flotantes
Mimbres, do vaga sin cesar mecido,
Más parece en las olas inconstantes
De una blanca paloma el dulce nido."

"Errante vaga á la merced del viento
En su lecho infantil; duerme inocente;
La onda le agita, y el movable abismo
En su tumba tal vez lo está meciendo.
¡Oh vírgenes de Menphis! ya despierta;
Venid, mirad que llora:
¿Que madre pudo con horrible calma
Entregar al capricho de las olas
Al hijo de su alma?"

"Doquier las olas rugen;
Mirad, los brazos tiende,
Y una cuna de frágiles junquillos
Tan solo de la muerte lo defiende.
Quizás es hijo de Israel. Mi padre
Insensible á su afán los ha proscrito,
Mi padre es muy crüel, hermanas mías,
En proscibir airadó la inocencia,
¡Débil y pobre niño!
Su infortunio despierta mi cariño;
Su madre seré yo con alegría;
Si no me debe á mí la luz del día,
Me deberá á lo menos la existencia."

De un poderoso rey bella esperanza,
Iphis así decía,
Cuando al cruzar del Nilo la ribera,
Su séquito inocente la seguía.
Y estas castas beldades que eclipsaba,
Cuando ella ansiosa despojó su frente
Del dorado y espléndido atavío
De sus velos magníficos, creyeron
Ver á la hija del sagrado río.

Bajo su pie pequeño y delicado
Se estremece gimiendo el onda fría,
Y hacia el niño que llora abandonado,
Trémula la piedad sus pasos guía.
Coje altiva el flotante canastillo,
Y un generoso orgullo
Sobre su hermosa frente,
Al cándido pudor por vez primera
Se mezcla dulcemente.

Dividiendo después las claras ondas
Y á su paso quebrando las cañuelas,
Al ángel que ha salvado
A la arenosa playa humedecida
Conduce lentamente;
Sus hermanas entonces una á una
Al tierno niño en la graciosa frente,
A su vista admirada sonriendo,
Dulces besos le dan tímidamente.

Tú, cuya vista con afán seguía
A tu hijo candoroso
Que el cielo protegía,
Ven aquí, ven aquí como extranjera,

Y estrechando á Moisés entre tus brazos,
Nada temas por tí, no han de venderte
Tus trasportes de amor, tu llanto tierno,
Porque Iphis todavía no conoce
La dulce dicha del amor materno.

En tanto que gozosa
Y triunfante la virgen, al rey fiero
Llevaba al pobre niño
En maternales lágrimas bañado;
En el cielo, entre espléndidas estrellas,
Ante el trono de Dios en dulce coro,
Bajo sus alas con reflejos de oro
Sus frentes ocultando,
A los bellos arcángeles se oía
Los eternos himnos entonando.

“No gimas ya, Jacob, en esta tierra
De amarga proscrición y desventura;
No mezeles más tu llanto
Del turbio Nilo á la corriente impura,
Que ya el Jordán undoso
Te ofrece su ribera
Coronada de espléndida hermosura;
Próxima está la aurora
En que verá Gessen que vencedora
De su enemigo audaz, se aleja altiva
Esta tribu infeliz por tanto tiempo,
Por tanto tiempo sin cesar cautiva.”

“En este pobre niño abandonado,
La cariñosa virgen ha salvado
De entre las ondas vagas,
Del Sinaí al profeta, al escogido,

Al que tendrá en sus manos suspendido
El fiero azote de tremendas plagas.”

Venid, mortales, inclinad la frente
Vosotros que orgullosos
Siempre habéis despreciado del Eterno
La alta justicia y el saber profundo,
Que á Israél una cuna salvar debe,
Y una cuna también salvar al mundo.

León, 1866.

GRACIAS DE LAS HEMBRAS.

Buscar el trato de la gente necia,
 Más hermosas juzgarse que la aurora,
 Con los hombres reñir á toda hora,
 Y hablar de Roma por hablar de Grecia;

Apreciar al que menos las aprecia,
 Sin motivo llorar con el que llora,
 Despreciar al que tierno las adora,
 Y adorar al que altivo las desprecia;

Poner siempre á los feos un apodo;
 Contrariar los más sabios pareceres;
 Escojer lo peor, errar en todo;

Dar tormentos con nombre de placeres,
 Y sembrar ilusiones en el lodo,
 Estas las gracias son de las mujeres.

LA AURORA BOREAL.

Voy á cantar, oidme: mi conmovido acento
 Es himno de alabanza que entona el corazón:
 De fe, de amor, de dicha, sublime sentimiento
 Me infundé la esperanza, me dá la inspiración.

Voy á cantar, oidme: Ya mi alma no suspira
 Ni el infortunio expresa que en la existencia hallé;
 Los flébiles acordes de mi olvidada lira
 Revelan no pesares, sino entusiasmo y fe.

Venid los que al arrullo de mágica esperanza
 Soñáis el paraíso del virginal amor,
 Venid, acompañadme mis himnos de alabanza,
 Admiren vuestras almas las glorias del Señor.

Los que cruzáis llorando la senda de la vida,
 Y sólo halláis dolores donde buscáis placer;
 Los que cual yo vuestra alma sentís desfallecida
 Al contemplar la tumba de la ilusión de ayer;

Venid, que nada importa que en triste desconsuelo
Crucemos la existencia de lágrimas en pos;
Cantad. . . . tenemos todos el porvenir de un cielo;
Valor, esfuerzo y ánimo, que nos espera Dios.

Miradle, alzá la vista. Magníficas y bellas
Sus glorias se reflejan en el azul cristal;
Enciende su mirada la luz de las estrellas,
Se forma con su aliento la aurora boreal.

¡La aurora! sorprendente y sublime meteoro
Que rompe de las nieblas el lúgubre capuz,
Y en fajas recamadas de púrpura y de oro
Despliega en el espacio las ondas de su luz.

Miradle, es un incendio, su lumbre se dilata
Cubriendo el horizonte del boreal confin;
Y brotan de su seno cual rauda catarata
Celajes voladores de púrpura y carmín.

En círculos de llamas los rayos luminosos
Se opacan, y se pierden, y vuelven á brotar,
Y avanzan, y se tuercen, y corren presurosos
Como gigantes olas de embravecido mar.

Volando desprendidos del alto firmamento,
Los átomos de fuego vibrando en la extensión,
Rompiendo el velo diáfano del adormido viento
Se prenden al espacio formando pabellón.

Y llamas y más llamas en rápidas corrientes
Se agitan, y se mueven, y giran sin cesar,
Formando una aureola de luces refulgentes
Que en el zenit se mira magnífica brillar.

Cantemos, sí, cantemos con entusiasmo santo
Al que nos dá el aliento, la vida y el amor;
Cantemos, sí, cantemos al que nos ama tanto,
Que derramó en la atmósfera su aliento bienhechor.

La vívida aureola que en el zenit se mira,
Que vierte en el espacio su ardiente resplandor,
Descubre al Sér inmenso que bondadoso inspira
El sentimiento santo del celestial amor.

Mirad, la luz se apaga, se pierde en lontananza,
Aquel voraz incendio no se percibe ya,
Se fué como el ensueño feliz de la esperanza,
Como se va la dicha, como el amor se va.

Se extingue lentamente la lumbre misteriosa,
Asoma el alba tímida, cual blanco serafín,
Tendiendo en el espacio magnífica y graciosa
Su lluvia de diamantes, su velo de carmín.

¡Gloria al Señor del Orbe que con su aliento infun-
La dicha, el pensamiento y el ánimo vital! (de
¡Bendito el Dios que adoro, que el santo amor difun-
¡Bendito el Dios que manda la aurora boreal! (de!

1859.

®

A LA LUNA.

SONETO.

Sigue brillando así, sigue brillando,
Astro de la ilusión y el sentimiento;
Porque gozo al mirarte, porque siento
De los recuerdos el consuelo blando.

¡Ay, cuánto en otro tiempo suspirando
Te seguí con mi pobre pensamiento!
¡Y cuántas veces te miré contento!
¡Y cuántas veces te miré llorando!

Complaciente y amiga la fortuna
De flores llena mi existir sombrío,
Y ningún sufrimiento me importuna:

Dichoso soy: el porvenir es mío.....
Pero ¡ay! mañana, mi querida luna,
Tal vez alumbres mi sepulcro frío.

A UNA GOLONDRINA.

Imitación del francés.

¿Por qué te alejas, golondrina errante?
Ven á buscar conmigo la quietud:
¿Por qué te alejas cuando yo te llamo?
¿No soy yo peregrino como tú?

Es una misma nuestra amarga suerte;
¿Por qué me temes? golondrina, vén,
Si triste lloras, lloraré contigo,
Pues yo nací para llorar también.

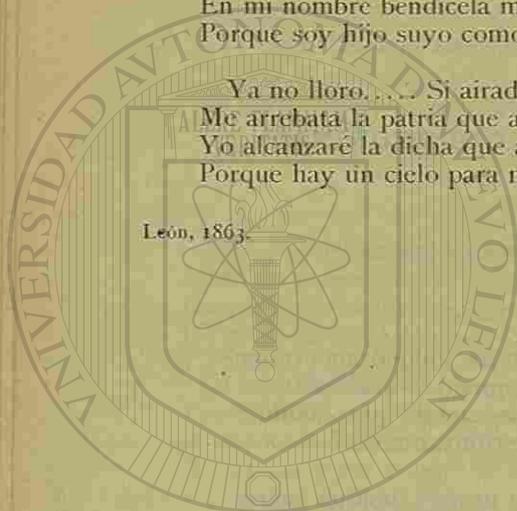
Apartada del suelo en que naciste
En silencio devoras tu inquietud.....
Vén y reposa aquí, sobre mi seno,
¿No soy yo desterrado como tú?

A tus pobres hijuelos, con mi aliento
El calor y la vida les daré,
En mi madre pensando conmovido,
Porque tengo una madre yo también.

Si alguna vez, errante golondrina,
De mi patria adorada ves la luz,
En mi nombre bendicela mil veces,
Porque soy hijo suyo como tú.

Ya no lloro. . . . Si airado el despotismo
Me arrebató la patria que adoré,
Yo alcanzaré la dicha que ambiciono
Porque hay un cielo para mí también.

León, 1863.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUSENCIA.

¡Qué triste es la existencia
En las eternas horas de la ausencia!
El cielo me olvida;
Me siento morir;
¿Qué haré, luz del alma,
Tan lejos de ti?

El alba que asoma risueña inundando
El monte y los valles de luz y placer,
Despierto me mira por tí suspirando;

La noche llorando
Me deja también.

Perpetua soledad hallo en la vida,
¡Cuán infeliz nací!

¿Dónde hallará consuelo el alma herida
Si no hay felicidad lejos de tí?

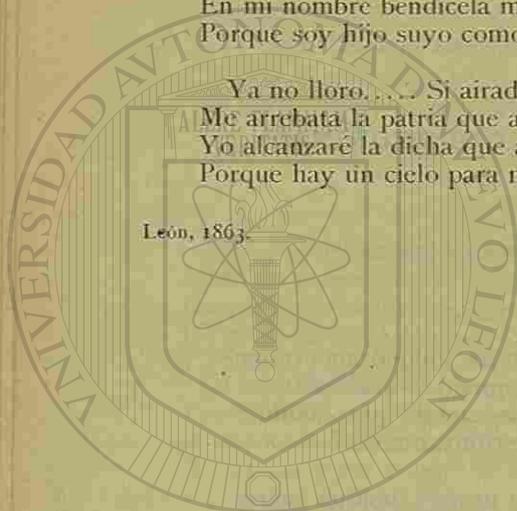
Tal vez entre tanto
Que vierto mi llanto,

Tú el néctar apuras de dulce ilusión,
Y olvidas que males sin cuento devoro,
Y olvidas que lloro,
Que muero de amor.

Si alguna vez, errante golondrina,
De mi patria adorada ves la luz,
En mi nombre bendicela mil veces,
Porque soy hijo suyo como tú.

Ya no lloro. . . . Si airado el despotismo
Me arrebató la patria que adoré,
Yo alcanzaré la dicha que ambiciono
Porque hay un cielo para mí también.

León, 1863.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUSENCIA.

¡Qué triste es la existencia
En las eternas horas de la ausencia!
El cielo me olvida;
Me siento morir;
¿Qué haré, luz del alma,
Tan lejos de ti?

El alba que asoma risueña inundando
El monte y los valles de luz y placer,
Despierto me mira por tí suspirando;

La noche llorando
Me deja también.

Perpetua soledad hallo en la vida,
¡Cuán infeliz nací!

¿Dónde hallará consuelo el alma herida
Si no hay felicidad lejos de tí?

Tal vez entre tanto
Que vierto mi llanto,

Tú el néctar apuras de dulce ilusión,
Y olvidas que males sin cuento devoro,
Y olvidas que lloro,
Que muero de amor.

¡En las eternas horas de la ausencia
 Qué triste es la existencia!
 ¡Me falta la calma,
 Me falta la luz,
 Me falta el aliento, la vida del alma
 Faltándome tú!
 Mi duelo es profundo,
 Profundo mi amor,
 Y no hallo en el mundo
 Sin ti, vida mía,
 Ninguna ilusión;
 Ni paz en la vida, ni luz en el día
 Ni aroma en la flor.

¡Cuán lentas suspiran las ondas del río!
 ¡Cuán lentas, cuán lentas las horas se van!
 Me abruma el cansancio, me mata el hastío,
 ¡Quisiera llorar!
 ¡Con cuánta ternura
 Las brisas suspiran,
 Con cuánto dolor!
 ¡Con cuánta amargura
 Las aves me miran,
 Diciéndome "adiós!"

Ya tiende la noche su manto sombrío;
 Dormida entre nieblas está la ciudad;
 No sé lo que siento; me muero, Dios mío,
 No puedo llorar.

¡Cuán lentas las nubes prosiguen su vuelo!
 ¡Cuán triste su cáliz inclina la flor!
 ¡El alma me oprime total desconsuelo!
 ¡Qué triste está el cielo!
 ¡Qué triste estoy yo!

Dolor incesante mi vida envenena;
 Hoy siento pesares que nunca sentí;
 Elena, mi Elena,
 Me ahoga mi llanto, me abruma la pena,
 Me muero sin ti.

¡En las eternas horas de la ausencia
 Qué amarga es la existencia!
 Las brisas que pasan volando ligeras
 Te van á mirar,
 ¡Ay! quién en las alas de dulces quimeras
 Pudiera volar:
 Envidio á las aves
 Que en vuelos suaves
 Se alejan de aquí.
 Yo envidio al que mire tu hermoso semblante
 Siquiera un instante;
 Vivir ya no puedo tan lejos de ti.

Soñando contemplo tu rostro risueño,
 Modesta y graciosa te miro pasar:
 Al ver que es mi dicha la dicha de un sueño,
 Quisiera llorar.

La dicha es muy bella,
 La luz que destella
 Soñando la ví;
 Pero ¡ay! que sin ella
 Me encuentro y sin ti.
 Ausente, olvidado, camino entre abrojos
 Herido de muerte mi fiel corazón,
 Ya todo me abruma causándome enojos,
 Y asoma á mis ojos
 La hiel del dolor.

¡Cuán triste y doliente
Devora el ausente
Su vida fatal!
En tal agonía
La misma alegría
Le causa pesar,
No sé lo que siento,
No tengo quietud;
Me falta la vida, me falta el aliento
Faltándome tú.

¡Qué triste es la existencia
Si el corazón apura la copa de la ausencia!
¡Cuán tristes, oh Lagos, están tus jardines!
Los blancos jazmines
Se mueren en flor.

¡Qué triste está todo sin ti, vida mía!
¡Qué triste está el día!
¡Qué triste estoy yo!

No viendo, alma mía, tu rostro hechicero
Lo busco en las flores, lo busco en la luz;
La ausencia me mata, sin verte me muero,
Mi vida eres tú.

El cielo ya me olvida . . .
¡Cuán feliz nací!
¡Qué haré, luz de mi vida,
Tan lejos ¡ay! de ti?

Me abruma la pena, me cansa el hastío;
No encuentro la paz.
No sé lo que siento; me muero, Dios mío,
¡Quisiera llorar!
¡En las eternas horas de la ausencia
Qué amarga es la existencia!

RECUERDOS DE JALISCO.

Á MI QUERIDA AMIGA MAURA OGAZÓN.

EN SU ÁLBUM.

No puedo, hermosa amiga,
Cantar como quisiera,
Que airada y enemiga,
De mi natal ribera,
¡Ay! con injusta cólera
La suerte me arrojó.
Y aunque tu rostro miro,
La inspiración se aleja;
Mi voz es un suspiro,
Mi canto es una queja .
No tiene mas que lágrimas
Mi pobre corazón . . .

Insólita ternura
Que me conmueve siento,
Mirando tu hermosura
Recuerda el pensamiento
La deliciosa imagen
De su perdido edén.

Y este recuerdo blando
 Me halaga y me entristece;
 Porque al estar mirando
 Tus ojos, me parece
 Ver a la sombra prófuga
 De la ilusión de ayer.

Orgullo de las flores
 De mis jardines eres,
 Amor de los amores,
 Placer de los placeres,
 Hermana de los ángeles
 De mi natal país;
 Por eso yo me llamo
 Con efusión tu amigo;
 Por eso yo te amo,
 Por eso te bendigo
 Como al ensueño mágico
 De la ilusión feliz.

Proscrito por la suerte
 De mi adorado suelo,
 Triste suspiro al verte
 Con amoroso anhelo,
 Pulsando melancólico
 Mi rústico laúd.
 Yo sé que tú naciste
 Bajo del cielo hermoso
 Porque suspiro triste;
 Y al verte soy dichoso
 Porque eres de sus vírgenes
 La predilecta tú.

Me place ver las flores
 De mi verjel querido,
 Me agrada que en rumores
 Resuenen en mi oído
 Los ecos de la música
 Que en mi niñez oí.
 Por eso gozo tanto
 Mirando tu hermosura;
 Por eso con mi llanto
 Se mezcla mi ternura,
 Pues amo hasta los céfiros
 Del suelo en que nací.

¡Ay! como el ave errante,
 Sin calma ni alegría,
 Por mi país distante
 Suspiro noche y día,
 Mis esperanzas últimas
 Mirando fallecer.
 Mi corazón ha muerto,
 Mi amor es un delirio,
 Mi senda es un desierto,
 Mi vida es un martirio;
 No tiene nunca término
 Mi amargo padecer.

¡Ay! como el ave ausente,
 Por el país que adoras
 Llorando tristemente
 Paso las tristes horas,
 Porque es mi sola patria
 La tierra que perdi;

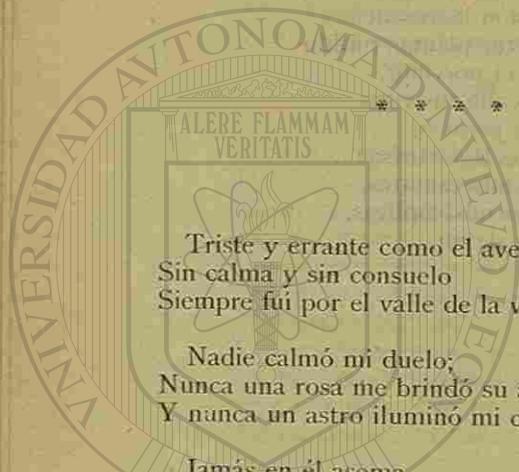
Aquí, cual ave herida,
 No hallo ni paz, ni calma;
 Allá dejé mi vida,
 Allá dejé mi alma,
 Y he menester su atmósfera
 Para poder vivir.

PERO
 Pero irritado el cielo,
 Del suelo en que nacíste
 Me arroja hasta otro suelo,
 Donde suspiro triste,
 Como extranjero misero
 Sin patria y sin hogar.
 Mañana tú, dichosa,
 Contemplantas las flores
 De mi mansión hermosa,
 Y en tanto los rigores
 De mi destino bárbaro
 Me quedare á llorar.

La ausencia y el olvido
 Nunca he sentido tanto,
 Como hoy que he conocido
 Tu poderoso encanto;
 Porque el destino pérfido
 Me roba otra ilusión.
 El alma estaba ufana
 Con el placer de verte,
 Pero ¡ay! de mí, mañana
 Te alejará la suerte,
 Triste dejando y huérfano
 Mi pobre corazón . . .

Dios quiera que mil flores
 Perfumen tu existencia,
 Que nunca triste llores
 De la ilusión la ausencia;
 Que ante tus plantas tímido
 Se postre el porvenir.
 Y cuando allá tus risas
 Alejen los pesares;
 Cuando las leves brisas
 Te lleven mis cantares,
 Mis ayes ó mis súplicas,
 Acuérdate de mí.

México, 1864.



Triste y errante como el ave herida,
Sin calma y sin consuelo
Siempre fui por el valle de la vida.

Nadie calmó mi duelo;
Nunca una rosa me brindó su aroma,
Y nunca un astro iluminó mi cielo.

Jamás en él asoma
De la esperanza el sol; de la ventura
El alma nunca conoció el idioma.

A solas con mi amor y mi amargura
Nunca escuchó mi oído
Palabras de ternura.

Nunca el bien de la vida he conocido,
Porque el placer de un día
El mismo instante lo lloré perdido.

Ardiente el alma mía
Soñaba amor, y con acento blando
A su ángel bueno protección pedía.

Pero el ángel cruel, la faz tornando
La dejó solitaria en su tormento,
Su ingratitud llorando.

Desde entonces en hondo desaliento
Mi oscura senda sigo,
Devorando mi amargo sufrimiento.

Extranjero doquier y sin abrigo,
Cuando angustiado lloro
Ni un solo corazón responde amigo.

Del mundo en vano la piedad imploro;
Nadie á entender alcanza
La inmensidad del duelo que devoro.

En su eternal mudanza
¿Qué importa al mundo si en placer delira
La angustia de mi afán sin esperanza?

Nadie en la tierra con piedad me mira;
Lo que me agita á mí nadie lo siente;
Nadie por mí suspira.

Mi Elena, indiferente,
De oscuras sombras mi existencia llena,
De nubes de dolor llena mi frente.

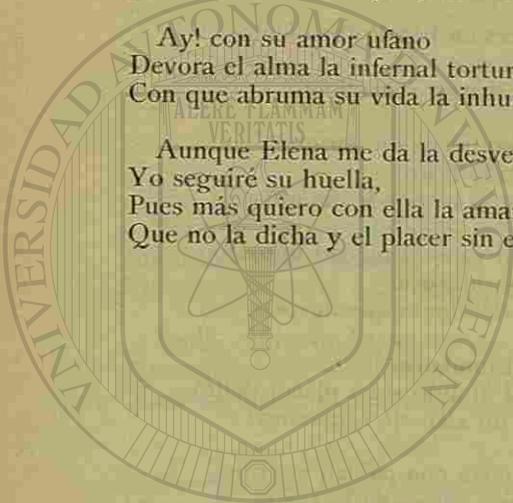
Ay! mi adorada Elena
Que es tan dulce, y tan tierna, y tan sensible,
Sólo á mí me abandona y me condena.

¡Si en lucha tan terrible
Mi pobre corazón fuerzas tuviera!
¡Si dejarla de amar fuera posible!

¡Si olvidar este amor dado me fuera!
¿Qué digo? . . . Empresa vana;
Jamás olvidaría aunque pudiera.

Ay! con su amor ufano
Devora el alma la infernal tortura
Con que abruma su vida la inhumana.

Aunque Elena me da la desventura,
Yo seguiré su huella,
Pues más quiero con ella la amargura,
Que no la dicha y el placer sin ella.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

Á ELVIRA.

SONETOS.

I.

Cuando tú me abandonas; cuando espero
Pensar en ti para dejar de amarte;
Cuando espero pensar en olvidarte,
Sólo pienso en lo mucho que te quiero.

¡Ay! en vano juzgándote severo
Maldecirte pretendo, que al nombrarte,
El triste acento que del alma parte
Sólo murmura que por ti me muero.

Aunque digo que quiero aborrecerte,
Es mi amor más inmenso cada día,
Y no puedo, aunque quiero, no quererte;

Olvidarte no puedo todavía,
Y aunque cierre los ojos por no verte,
Te sigo viendo en la memoria mía.

®

II.

Cuando el duro decreto de la suerte
Te arrancó de mi lado, Elvira mía,
Venturoso cual nunca me creía
Con la sola esperanza de perderte.

Prometí, sin pensarlo, que la muerte
Más bien que tus desprecios sufriría,
Juré sin vacilar que olvidaría,
Juré sin vacilar aborrecerte.

Pero al volverte á ver siempre tan bella,
Los propósitos todos acabaron,
Y en pos corrí de tu adorada huella;

Ante tí mis rodillas se doblaron,
Murmuré suspirando mi querella,
Y en tus ojos mis ojos se clavaron.

Á LA MEMORIA DEL HUSTRE GENERAL

CONTRERAS MEDELLÍN.

Ceux qui pientement son morts pour la patrie
On droit qu'à leur cercueil la foule vienne et prie.

V. Hugo.

Secad el llanto al recordar su historia;
Suspended las inútiles plegarias,
Que ofendéis con el llanto su memoria;
Apartad las adelfas funerarias
Y entonemos el himno de la gloria.

El héroe á quien lloráis vive gozoso,
Y apenas vuestras lágrimas percibe;
No turbéis con el llanto su reposo;
Jamás lloréis al que murió dichoso;
Jamás lloréis al que dichoso vive.

Él fué de los valientes que supieron
Ser el orgullo de la patria mía,
Y por la patria su existencia dieron;
No lloréis, porque vive todavía,
Pues nunca mueren los que así vivieron.

¿No le miráis cuál lucha, cuál oprime
Al corcel en que indómito camina?
Su fuerte espada como rayo esgrime,
Y es la luz del relámpago sublime
El fulgor que sus ojos ilumina.

En medio del peligro siempre se halla,
Y por la muerte herido en la batalla
Lanza un suspiro y á la patria nombra
En medio de torrentes de metralla,
Del libre pabellón bajo la sombra.

Llevado en alas de su genio ardiente,
Luchando por su fe, por su esperanza,
Conquistó los laureles del valiente;
Mas nunca se manchó con la venganza,
Jamás cobarde se humilló su frente.

Al mirar á la muerte destructora
Su corazón sublime no se abate;
Que el hombre libre que á la patria adora,
En los bélicos himnos del combate
Encuentra su ilusión más seductora.

Llegó de la existencia al fin tremendo
Delirando ilusiones fisonjeras,
Murió como los héroes, sonriendo,
Murió de la batalla en el estruendo,
Entre espadas, cañones y banderas.

Murió como héroe, y el olvido en vano
Su nombre oculta y su laurel derriba;
Su gloria es nuestra gloria: es nuestro hermano;
Su nombre vivirá mientras que viva
Un solo corazón de mexicano.

Ofendéis con el llanto su grandeza;
Suspended las inútiles plegarias,
Que es baldón recordarlo con tristeza;
Apartad las adelfas funerarias;
Su vida fué; pero su gloria empieza.

Su nombre bendecid con alegría;
Benedicid entusiastas su memoria;
No lloréis, porque vive todavía;
Nunca mueren los hijos de la gloria,
Y él fué la gloria de la patria mía.



FANNI NATALY.

La santa inspiración del sentimiento
 Engrandece mi pobre corazón;
 Que tiene ¡oh Fanni! tu sublime acento,
 Más poder que la misma inspiración.

Es tu voz inefable poesía
 Y tus cantos obligan á gozar,
 Porque es dulce su tierna melodía
 Como es dulce tu lánguido mirar.

En mis gratos delirios de poeta
 Nunca un ángel tan bello imaginé;
 Ni en los ensueños de mi vida inquieta
 Otra voz más divina escucharé.

El mágico poder de tu hermosura
 No se cansan los ojos de admirar:
 Tus suspiros nos llenan de amargura,
 Tus miradas nos hacen suspirar.

Tú esclavizas el alma como quieres;
 Tú eres la reina del amor aquí;
 Oírte, es el placer de los placeres,
 Y es una dicha suspirar por tí.

El aire llenan de armonías suaves
 Aves, fuentes y brisas á la par;
 Mas las fuentes, las brisas y las aves
 En vano quieren como tú cantar.

El ruiseñor á su adorada envía
 Himnos muy dulces, porque son de amor;
 Pero notas más dulces cantaría
 Oyéndote cantar el ruiseñor.

Yo admiro de tu voz el tierno encanto
 Y á la par de tus ojos el poder;
 Pues también tu mirada es otro canto,
 Otro canto más dulce que el placer.

Tanto me agita tu cantar sonoro
 Que temo ya de conmoción morir;
 Tiemblo, suspiro, desfallezco y lloro . . .
 ¡Me falta corazón para sentir!

Es la primera vez que conmovido
 No distingo la pena del placer;
 Que exhalo sin afán hondo gemido;
 Que muero de dolor sin padecer.

Es tu voz una queja, es un consuelo;
 Es un himno de lágrimas y amor;
 Es la voz de los ángeles del cielo
 Cuando cantan las glorias del Señor,

Cuando escucho tu acento, no se atreve
Mi amante corazón ni á palpar;
Que tu canto divino me conmueve
Como el canto del cisne al expirar.

Tal vez muy pronto me hallaré distante,
Pero nunca tu nombre olvidaré;
Y la dulce expresión de tu semblante
En mis ensueños sin cesar veré.

El eco dulce de tu voz sentida
Sin cesar en mi alma sonará;
Y en las horas amargas de mi vida
Mi eterno padecer mitigará.

Sigue, artista, á mi patria embelesando
Y en tus triunfos acuérdate de mí,
En tanto que por tí voy suspirando,
Porque es muy dulce suspirar por tí.

Prosigue, Fanni, tu misión hermosa,
Que va hoy la gloria de tu huella en pos;
Porque tú eres artista y eres diosa;
Porque tú eres intérprete de Dios.

Guanajuato, 1861.

EL PEREGRINO.

SONETO.

Viendo á la tarde que se va ligera,
Vacilando sin fuerzas y sin tino,
Con afán indecible un peregrino
Presuroso sus pasos acelera.

Pero viéndose á oscuras desespera
De llegar al lugar de su destino,
Y se sienta en el borde del camino,
Y el nuevo día resignado espera.

Yo también peregrino desgraciado
Vencido ya por la contraria suerte,
De sufrir y llorar estoy cansado.

La esperanza perdí de poseerte,
Y en mi oscuro camino estoy sentado
Esperando la aurora de la muerte.

EPITALAMIO.

Desciende á iluminar mi pensamiento
 Inspiración de amor, dulce y bendita;
 Vén á darme armonía y sentimiento
 Con la magia sublime de tu aliento
 En ternura y misterios infinita.

Dulce y divino amor, dale á mi canto
 De tu voz inefable la dulzura;
 Mi mente alumbra con tu fuego santo;
 De tu inmortal poder dame el encanto
 Para cantar tu gloria y tu hermosura.

Tú de la triste vida eres la estrella;
 En Dios comienza tu inmortal historia;
 Imagen eres de su imagen bella,
 Y en todas partes tu imborrable huella
 De Dios nos muestra la esplendente gloria.

Tú iluminas con mágicos fulgores
 Del mundo triste la extensión sombría;
 El campo llenas de graciosas flores,
 El azul horizonte de colores
 Y el espacio infinito de armonía.

A las aves que viven en las fuentes
 Les inspira tu nombre cuando cantan
 Dulces trovas alegres ó dolientes;
 Y á la brisa, á la selva, á los torrentes
 Tú les dictas el himno que levantan.

La vida el mundo de tu vida toma;
 Tú iluminas el árido vacío,
 Tú les das á las flores dulce aroma,
 Tú le das su mirada á la paloma,
 Tú le das á la aurora su rocío.

El poder de tu magia prodigiosa
 Es la luz, es la vida, es la belleza,
 Y es sin tí la existencia fatigosa;
 Pues sin tí la esperanza más hermosa
 Sólo tiene sonrisas de tristeza.

A las almas hermanas desterradas
 Que tristes lloran el perdido cielo,
 Las confunden en una tus miradas,
 Y en la tierra caminan enlazadas
 Mutuamente prestándose consuelo.

Dulce y divino amor, tú en este día
 Has unido dos seres venturosos;
 Ellos siguen la mano que los guía,
 Y con santa ternura y alegría
 Te bendicen mil veces cariñosos.

Tu dulce néctar con afán aspiran
 Conmovidos tu nombre pronunciando;
 Y se sienten dichosos, y suspiran,
 Y se buscan inquietos, y se miran
 De placer y de dicha palpitando.

Mal que pese del hado á los enojos,
Al sentirse sus almas enlazadas
Ven tornados en flores sus abrojos,
Y mil himnos se cantan con los ojos
Porque también son himnos las miradas.

Al ver en ambos tan dichoso anhelo
Convertido en amante simpatía,
El mal se aleja en presuroso vuelo,
Y el Señor los bendice desde el cielo
Y sus dulces sonrisas les envía.

Con amante ternura la inocencia
Divinas flores á sus pies derrama,
Divinas flores de amorosa esencia,
De fulgores llenando su existencia
Porque la vida es luz para el que ama.

Al mirar esa vida tan hermosa,
El esposo se queda suspirando;
Y al ver su dicha la feliz esposa,
A la suerte bendice cariñosa
Amorosos suspiros exhalando.

Con furtivas miradas, indecisa,
Expresa tierna la ansiedad que siente;
El amor en su rostro se divisa,
El placer en su lánguida sonrisa
Y el blanco velo en su serena frente.

Desde hoy amor con su atractivo santo
Llenará de placeres su retiro;
Habrà quien ame su amoroso encanto,
Responderá una lágrima á su llanto,
Responderá un suspiro á su suspiro.

Desde hoy amor con su inmortal aliento
En una alma dos almas deja unidas;
Dos amorosos labios y un acento,
Dos suspiros y un solo pensamiento,
Una misma existencia con dos vidas.

Amado siempre con igual ternura,
Cruzad la vida en apacible calma;
El amor es la dicha, es la hermosura;
El amor es la vida, es la ventura,
La luz, el aire, la mitad del alma.

Y plegue á Dios, que ni á la flor olvida,
Que de vosotros siempre huyan las penas;
Que os dure siempre la ilusión querida;
Que al seguir navegando por la vida
Estén las olas de la mar serenas.

Que á vuestro lado siempre vigilante
El placer os inspire la confianza;
Que la dicha no os deje ni un instante,
Y que la dulce paz vaya delante
De la mano llevando á la esperanza.

Que constantes os sigan los amores;
Que nunca tenga el porvenir un velo;
Que os olviden por siempre los dolores,
Que no tengan espinas vuestras flores;
Que nunca tenga nubes vuestro cielo.

Dulce niña, graciosa y hechicera,
De este encantado edén gloria y aroma,
Ilusión de la hermosa primavera,
La de amante sonrisa placentera,
La de dulces miradas de paloma;

Tu amistad es la musa que me inspira,
 Se me olvidan mis penas un instante,
 Con dulce fe mi corazón suspira,
 Y á saludarte vengo con mi lira,
 Pues la amistad me dice que te cante.

Si de la vida yo fuera el aliento,
 Por ti al instante derramara en ella
 La esperanza, la dicha y el contento;
 Y quisiera de Dios el pensamiento
 Para hacerte feliz como eres bella.

Pero siempre en mi vida solitaria
 Bendeciré tu dicha y tus amores,
 Cual bendigo en mi férvida plegaria
 A esta hermosa ciudad hospitalaria
 Que tiene tantas y tan bellas flores.

Cantando yo con mi laúd mi llanto,
 En esta soledad en que me pierdo
 Seguiré caminando en mi quebranto;
 Cuando escuches las notas de mi canto,
 A lo menos conságrame un recuerdo.

Con tu esposo cumpliendo tu destino,
 Los perfumes aspira de tus flores,
 Y dile alguna vez en tu camino:
 "No te olvides del pobre peregrino
 Que suspira sin gloria y sin amores."

León, Marzo 1º de 1863.

Á ELVIRA.

EN SU ÁLBUM.

Ilusiones hermosas de la vida
 Tu dulce gracia y tus encantos son;
 Y el alma nunca la ilusión olvida,
 Pues la vida del alma es la ilusión.

A ti te adora el corazón amante
 Porque vence al olvido tu poder;
 ¡Venturoso al que miras un instante!
 ¡Tu mirada es la dicha y el placer!

Envidia el nardo tu amoroso aroma,
 Las camelias envidian tu color,
 Y tus ojos envidia la paloma,
 Y envidia tú cantar el ruiseñor.

¡Ay! Dios quiera que nunca la tristeza
 Tu vida llegue con su dardo á herir;
 Y que iguale tu espléndida belleza
 Con su dulce belleza el porvenir.

Con mis hondos lamentos no he querido
La hermosa calma de tu edén turbar;
Mas no pienses, Elvira, que te olvido,
Pues nadie nunca te podrá olvidar.

Un santo afecto tu amistad inspira;
Tu recuerdo es la dicha para mí,
Y el alma triste que por tí suspira,
Cuando piensa en la dicha, piensa en tí.

TASSO.

A MI AMIGO R. RIVERA.

SONETO.

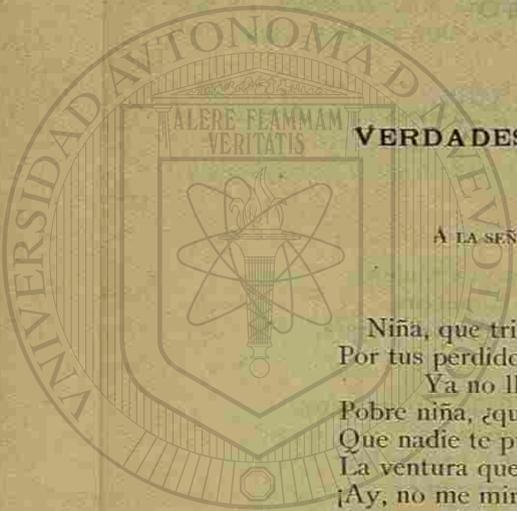
La vida atravesó como extranjero
Del placer conociendo la mentira;
Cantando el himno que el amor inspira,
El amor cuanto amargo lisonjero.

Mucho tiempo humillado y prisionero,
Del odio del poder sufrió la ira;
Y con su inmenso amor y con su lira
Asombro fué del universo entero.

Mirando Italia su inmortal historia,
Al fin un día su injusticia advierte,
Y del genio celebra la victoria;

Pero ¡ay! adversa se mostró la suerte
Y puso Italia su laurel de gloria
Sobre el helado polvo de la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


VERDADES AMARGAS.

A LA SEÑORITA . . .

Niña, que triste suspiras
 Por tus perdidos amores,
 Ya no llores,
 Pobre niña, ¿qué no miras
 Que nadie te puede dar
 La ventura que perdiste?
 ¡Ay, no me mires tan triste,
 Que me obligas á llorar!

No quiero que así me veas;
 Por piedad, no llores tanto;
 Que la dicha que deseas
 No puede dártela el llanto.

Por desgracia, virgen pura,
 La ventura
 A que tu alma amante aspira
 Y que al fin gozar espera,
 Es un sueño, una quimera,
 Una sombra, una mentira.

Yo también de amor sediento,
 Vida mía,
 Tras de la dicha corría;
 El amor me daba aliento,
 A la suerte no temía,
 Y forjaba en mis amores
 Mil ilusiones divinas;
 Pero sólo hallé dolores
 Porque buscando las flores
 Me punzaron las espinas.

¡Ay! no sueñes, niña hermosa,
 Que aunque grato soñar es,
 Siempre un sueño es triste cosa
 Si se despierta después.

Vanamente á la razón
 Dulces quimeras opones,
 Yo lo sé, las ilusiones
 Sueño, viento y humo son.

No te quiero triste ver,
 No quiero que llanto viertas;
 ¿Qué no ves que me despiertas
 Y que me haces padecer?

No es así como la calma
 Halla el alma;
 No redobles tu aflicción;
 Si alguna ilusión perdiste,

No estés triste,
 Porque todo es ilusión,
 Y es la vida
 Largo y estéril desierto,
 Donde no hay, niña querida,
 Nada cierto.

La ventura que hallarás
Del amor en el anhelo,
Es una sombra del cielo;
Pero sombra nada más.
Todo tedio nos inspira,
Todo es fuente de dolor,
El amor, ¡ay! el amor,
Niña, también es mentira.

Guarda bien tu corazón;
No abrigues una pasión
Que con sus ansias te agite
Y que pérdida te halague;
No hay flor que no se marchite
Ni fuego que no se apague.

Todo pasa en un momento,
Gloria, placeres, amor,
Esperanzas y contento;
Todo es humo, sueño y viento,
Sólo es verdad el dolor.

À MI MADRE.

Hace tiempo que triste, sollozando,
La inquieta vida con afán devoro;
Hace tiempo que vivo suspirando,
Y que doliente, cuando canto, lloro.

Distantes ya mis esperanzas bellas
No le mandan al alma sus fulgores;
Ya en mi oscuro horizonte no hay estrellas,
Y en mi triste camino ya no hay flores.

Pensando siempre en la ilusión perdida,
Perpétuo afán dentro del alma siento;
Ya me abruma el cansancio de la vida,
No tengo ya ni de llorar aliento.

Pero hoy pensando en tu cariño amante
De la suerte desprecio los enojos,
Para ver à lo menos un instante
Brillar la dicha en tus cansados ojos.

Yo sé que tu alma la esperanza siente
Escuchando mis vagas armonías,
Y tus penas aduerme dulcemente
El flébil son de las canciones mías.

La ventura que hallarás
Del amor en el anhelo,
Es una sombra del cielo;
Pero sombra nada más.
Todo tedio nos inspira,
Todo es fuente de dolor,
El amor, ¡ay! el amor,
Niña, también es mentira.

Guarda bien tu corazón;
No abrigues una pasión
Que con sus ansias te agite
Y que pérdida te halague;
No hay flor que no se marchite
Ni fuego que no se apague.

Todo pasa en un momento,
Gloria, placeres, amor,
Esperanzas y contento;
Todo es humo, sueño y viento,
Sólo es verdad el dolor.

À MI MADRE.

Hace tiempo que triste, sollozando,
La inquieta vida con afán devoro;
Hace tiempo que vivo suspirando,
Y que doliente, cuando canto, lloro.

Distantes ya mis esperanzas bellas
No le mandan al alma sus fulgores;
Ya en mi oscuro horizonte no hay estrellas,
Y en mi triste camino ya no hay flores.

Pensando siempre en la ilusión perdida,
Perpétuo afán dentro del alma siento;
Ya me abruma el cansancio de la vida,
No tengo ya ni de llorar aliento.

Pero hoy pensando en tu cariño amante
De la suerte desprecio los enojos,
Para ver à lo menos un instante
Brillar la dicha en tus cansados ojos.

Yo sé que tu alma la esperanza siente
Escuchando mis vagas armonías,
Y tus penas aduerme dulcemente
El flébil son de las canciones mías.

Con un dulce y amante sentimiento,
 Conmovido levanto mis cantares;
 Porque quiero que goces un momento,
 Porque quiero que olvides tus pesares.

¡Oh! si pudiera yo de tu camino
 Apartar para siempre los dolores,
 Y hacer que un astro de esplendor divino
 Tu existencia llenara de colores;

¡Con cuánta dicha en apacible calma,
 Convirtiera tus horas de quebranto! . . .
 Pero solo con lágrimas del alma
 Pagarte puedo tu cariño santo.

En vano siempre sin cesar aspiro
 A llenar tu existencia de alegría;
 Pues siempre triste suspirar te miro
 Sin poder evitarlo, madre mía.

Desde el instante que la luz del cielo
 Mis ojos vieron por la vez primera,
 Huyó la dicha en agitado vuelo
 Y la tristeza fué tu compañera.

Siempre ha sido mi dicha tu ventura;
 Siempre he sido tu espíritu y tu aliento;
 Tu existencia he llenado de amargura;
 Mas tu amor no ha cambiado ni un momento.

Tu amor es puro cual lo son las flores;
 Que el amor de una madre, siempre toma
 De la luz de los cielos sus colores,
 Del mismo Dios su celestial aroma.

Aún recuerdo con gratos embelesos
 Las dulces horas de la dulce infancia,
 Y aún parece que bebo de tus besos
 La dulce miel y la inmortal fragancia.

Yo recuerdo que triste me veías,
 Al darme abrazos con ternura inquieta,
 ¡Tal vez entonces contemplar creías
 Mi corona de mártir y poeta!

Después, la infausta juventud graciosa
 Vi llegar con su séquito de amores,
 Derramando en mi vida cariñosa
 Su placer, y sus risas, y sus flores.

Corrí al mirarla por su amor llevado
 En su seno buscando la alegría,
 Y desde entonces ¡ay! nunca he dejado
 De llorar un instante, madre mía.

En su lucha perpétua las pasiones
 Me llenaron de angustia hora tras hora;
 Y agostando mis bellas ilusiones
 Llegó la tempestad desoladora.

Huyó de entonces el reposo blando,
 La dulce dicha me negó su abrigo,
 Se alejó mi esperanza suspirando
 Y el tedio vino á caminar conmigo.

Del amor anhelando la ventura,
 Ceñirme quise las brillantes galas;
 Pero ingrato esquivando mi ternura
 Cobijarme no quiso con sus alas.

En vano siempre desolado y triste,
De entonces ¡ay! mi corazón suspira:
El amor en la tierra ya no existe,
Su esperanza y su gloria son mentira

Luchando en vano con la suerte varia
Vivi soñando en esperanzas locas,
Como el ave que gime solitaria
En las áridas cumbres de las rocas.

Cuando en triste y amargo desaliento,
Morir mirando la esperanza mía
Exhalaba mi lúgubre lamento,
Sólo el viento á mis ayes respondía.

Mis dolores entonces tú miraste,
Me viste el corazón hecho pedazos,
Y con triste sonrisa me llevaste
A llorar mis pesares en tus brazos.

Nunca tuve un amargo sufrimiento
Ni lloré de la suerte los enojos,
Que no oyera en tus labios un lamento,
Que no viera una lágrima en tus ojos.

Cuando un funesto y desgraciado día,
Cansada ya de padecer el alma,
Partir ansiosa de su hogar quería
En otras playas á buscar la calma;

Contemplando mi lóbrega existencia
Y mis penas mirando tristemente,
Más bien quisiste lamentar mi ausencia
Que verme padecer eternamente.

Al ver mi afán y mi profundo duelo,
Perder quisiste tu feliz reposo,
Llorar quisiste sin hallar consuelo
Por mirarme un instante venturoso.

Y yo entre tanto que por mí llorabas
He vivido soñando un imposible;
Mientras tú mis pesares lamentabas
He vivido mirándote insensible.

No me culpes empero, madre mía,
Que al cruzar presuroso mi camino
Tu pesar aumentando, yo cumplía
Los caprichos del bárbaro destino.

Nunca pienses que olvido tus dolores,
Jamás ¡oh madre! que te olvide esperes;
Daré mi vida porque tú no llores,
Pues yo te quiero como tú me quieres.

Y aunque el hado insensible á mi agonía
De ti me aparte con furor violento,
Donde quiera que me halle, madre mía,
Tendrá una nota para ti mi acento.

Suspiraré por ti perpétuamente
Mientras me dé su luz la vida inquieta,
Y dejaré al morir, sobre tu frente,
Mi corona de mártir y poeta.

Á LA PATRIA.

A MI APRECIABLE AMIGO EL SR. D. SOTERO PRIETO.

Patria, destello del amor divino,
Sagrada inspiración de mis cantares,
¡Ay! ¿hasta cuándo dejará el destino
De llenar tu existencia de pesares?

Un dolor más terrible que la muerte
Marchita sin piedad tu primavera,
¡Ay! ¿hasta cuándo te dará la suerte
Una sonrisa de piedad siquiera?

¿Hasta cuándo veremos en tu cielo
De una esperanza la feliz aurora?
¿Será que nunca dejará tu suelo
La negra tempestad desoladora?

Virgen flor de la América inocente,
Mi orgullo, mi placer y mi alegría,
¿Cuál es el crimen que manchó tu frente,
Que hasta Dios te ha olvidado, patria mía?

¿Será cierto que nunca, ni un instante
Dejará la fortuna despiadada,
Ni el fuego de la vida en tu semblante
Ni el rayo del placer en tu mirada?

¿De qué te sirve tu inmortal belleza,
De qué tu dulce juventud florida,
Si en medio del horror de la tristeza
Van pasando las horas de la vida?

Por vez postrera tu beldad mirando,
Ya tu esperanza se alejó llorosa;
Y constante á tu lado está velando
La deidad de la guerra pavorosa.

Contra ti con orgullo se levanta
El genio del dolor y de la muerte,
Y oprime tu cerviz bajo su planta
Insensible á tus lágrimas la suerte.

En medio del horror y las ruinas,
Devorada por bárbaros tormentos,
Tu hermosa frente moribunda inclinas
Como flor destrozada por los vientos.

Haciendo al mal de tu existencia dueño
Dios dirige á otro punto su mirada:
Tu gloria es polvo, tu esplendor es sueño,
Tu dicha sombra y tu grandeza nada.

Hoy que abriendo sus alas impaciente
Se desata el ruidoso torbellino,
Alza del suelo la abatida frente,
Muéstrate digna de tu gran destino.

Olvida tu aflicción y tus dolores;
Valerosa levanta tu bandera,
Y abandona tus joyas y tus flores,
Y entona ¡oh patria! tu canción guerrera.

Haz pedazos al déspota enemigo,
Y ya no temas su cobarde lazo,
Porque el Dios de los pueblos va contigo
Y él sostiene la fuerza de tu brazo.

Y antes que dejes que á sus plantas vean
Los tiranos tus santas libertades,
Lagos de sangre tus campiñas sean
Y en escombros se tornen tus ciudades.

Vibre tu espada con furor tremendo;
Que tu enojo de nuevo se despierte;
Que tus campos repitan el estruendo
Y el clamor de la guerra y de la muerte,

Y al que llame á tus bárbaros tiranos,
Y al que sin ira sus infamias vea,
Que muera ¡oh patria! por tus propias manos
Y allí al instante maldecido sea.

Que al mundo entero tu valor asombre,
Y que sepa la Europa que te mira,
Que aún eres digna de llevar tu nombre,
Y sepa tu contrario que delira.

Y aunque ya tu enemigo no es temible,
Piensa que luchas por salvar tu gloria,
Y al instante levántate terrible
A buscar en la lucha la victoria.

Venganza y guerra sin cesar proclama,
Que ensordezcan al eco tus cañones,
Canta tus himnos y á tus hijos llama,
Tremolando entusiasta tus pendones.

Dichoso aquel que por salvarte muera
De los roncós cañones al estruendo,
Estrechando en sus brazos tu bandera
Y tu nombre sagrado bendiciendo.

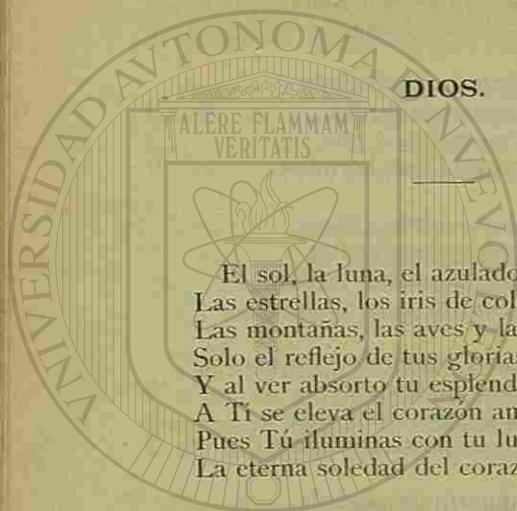
Pues yo mi sangre sin pesar daría
Por mirarte un instante venturosa,
Desgraciada y hermosa patria mía,
Cuanto más desgraciada más hermosa.

En tí cifro mi gloria desde niño;
Tú iluminas mi pobre pensamiento;
Tú has sido siempre mi primer cariño,
Mi existencia, mi espíritu y mi aliento.

Y aunque el hado á perderte se decida
La victoria negándote inconstante,
Yo siempre te amaré como á mi vida,
Mi amor serás hasta el postrer instante.

Y al mirar á la muerte despiadada,
Cuando todos te nieguen un abrigo,
Cuando todos te dejen olvidada,
Tu pobre amante morirá contigo.

Diciembre, 1861.



DIOS.

El sol, la luna, el azulado viento,
 Las estrellas, los iris de colores,
 Las montañas, las aves y las flores
 Solo el reflejo de tus glorias son:
 Y al ver absorto tu esplendor divino,
 A Ti se eleva el corazón amante,
 Pues Tú iluminas con tu luz brillante
 La eterna soledad del corazón.

Desde que el alba de la vida mía
 Con dulce luz iluminó mi cielo,
 Sentí de amarte el incesante anhelo
 Y en el fondo del alma te sentí.
 Cuanto existe en los mares del espacio
 Volar á Ti para mirarte quiere,
 Y hasta el insecto que en el polvo muere
 Siempre suspira sin cesar por Ti.

Tú las fuentes, las aves y las flores
 En los campos derramas á millares:
 Tú apaciguas las ondas de los mares,
 Tú le das á la luna su esplendor.

Tú tienes á tus pies encadenada
 La negra tempestad desoladora,
 Y haces brotar los rayos de la aurora
 Con las dulces miradas de tu amor.

Más allá de las nubes y los astros
 Se levanta tu trono reluciente,
 Y allí, á tus pies, el querubín ardiente
 Ni un instante te deja de adorar.
 De tu amor inundado con el fuego
 El orbe entero tu poder proclama;
 Y el astro hermoso que la luz derrama
 Ilumina tu gloria sin cesar.

Cuando admiro los astros y los cielos,
 Esa página inmensa de tu historia,
 Abrasado en los rayos de tu gloria
 Me engrandece un insólito placer.
 Con dulce gratitud y con ternura
 Hasta Ti se levanta el pensamiento,
 Y con un religioso sentimiento
 De rodillas adoro tu poder.

Todos los seres que por Ti respiran,
 Con voz muy dulce tus bondades cantan,
 Y un himno todos á la par levantan
 Cuando ven á la aurora sonreír.
 Felices viven suspirando siempre,
 Suspirando tu nombre silenciosos,
 Y otros himnos levantan armoniosos
 Cuando al sol en su ocaso ven morir.

Por todas partes hallan nuestros ojos
 Dulces reflejos de tu imagen bella,
 Y siempre por doquier hay una huella
 De la luz de tu santa inspiración.

Por tus obras que existen en el cielo
Y en el mar y en la tierra derramadas
Te descubren doquiera las miradas,
Donde quiera te siente el corazón.

Lleno siempre de sombras pavorosas
Un mar sin playas nuestra vida fuera,
Si en el fondo del alma no existiera
La ternura que sabes inspirar.
Tu dulce amor alumbra de la vida
La inmensa y triste soledad oscura,
Y una dulce esperanza de ventura
En el alma sentimos despertar.

Muchas veces llorando inconsolable
La ilusión de otro tiempo más hermoso,
Mirando triste al porvenir dudoso
De vivir fatigado me sentí.
Cuando ya mi existencia era un desierto,
Cuando ya ni esperanza me quedaba,
Suspirando por Ti me consolaba
Porque es muy dulce suspirar por Ti.

Por eso siempre que á los labios lleve
El cáliz del dolor y la amargura,
Con amor infinito y con ternura
Hacia Ti las miradas volveré.
Y entre tanto, Señor, que yo respire
Mi amor serás hasta el postrer momento,
Y con dulce y amante sentimiento
Sin cesar tus bondades cantaré.

1858.

LA JUVENTUD.

A MI AMIGO JESÚS LALANNE.

Juventud, juventud; bajo tus alas
Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
Me negaste tus goces y tus galas
¡Ingrata juventud, yo te maldigo!

Francisco González Bocanegra.

¡Cuán rápidos pasaron
Los dulces años de la infancia mía;
Esos años de paz y de alegría,
Que tanto acariciaron
Al corazón que sin afán dormía!
¡Pasaron como el viento,
Cual pasa siempre la ilusión querida,
Como pasan la dicha y el contento!
Tendió sus alas la tormenta oscura,
La calma se alejó despavorida
Y vinieron las horas de amargura;
¡Ay! cuán presto se acaba la ventura!
¡Cómo pasan los años de la vida!

¡Quién me diera el encanto misterioso
De aquellas ilusiones seductoras
Tan sentidas después y tan lloradas!
¡Quién pudiera volverme aquellas horas,
Aquellas horas por mi mal pasadas!

¡Ayl entonces cruzaba la existencia,
Tranquilo y descuidado,
Gozando del placer de la inocencia,
Sin esta indecisión que me acobarda,
Encantado por dulces embelesos,
Durmiendo al son de los maternos besos
En los brazos del ángel de mi guarda.

Pero ha pasado la niñez hermosa
Y hoy devoro tormentos á millares;
Hoy el capricho del falaz destino
Me arranca á mi pesar de mis hogares,
Y vagando á merced del torbellino
Entre los mares del dolor me pierdo;
Ya no tengo ni calma ni alegría,
Sólo queda en el alma su recuerdo,
¡Último aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,
Y tú llegaste, juventud galana,
Radiante de hermosura
Como una flor en su primer mañana.
Tú llegaste cual sueño de ventura,
Buscando amor y derramando amores,
Húmedos de pasión los labios rojos,
La sien ceñida de fragantes flores,
Y la luz del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza cariñoso,
Te fuí á buscar en mi delirio ciego,
Y entre tus brazos me arrojé gozoso
Cual mariposa que se arroja al fuego.

Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
La ilusión que la calma me arrebató,
La hermosa virgen por quien vivo triste,
La virgen ¡ay! que por mi mal existe,
Por mi mal tan hermosa y tan ingrata.

Desde entonces tristísimo y doliente
He pasado tus horas más serenas;
Tus primeras coronas de azucenas
Se marchitaron en mi mustia frente.

Corrí entusiasta la ilusión buscando,
Buscando los placeres;
En los delirios de mi amor soñando
Con la fe del amor de las mujeres.

Deslumbrado busqué la bienandanza
Corriendo en pos de la ilusión funesta,
Y he sabido las lágrimas que cuesta
El delirio de amar sin esperanza.

¿Por qué viniste á desgarrar mi pecho
Y á quemar con tu fuego mis sentidos,
Aciaga juventud? ¿Por qué viniste,
Si en vez de la ilusión que me ofreciste,
De tus goces y dulces alegrías
Que me ofreciste con falaz halago,
Me diste solo de mi amor en pago
Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
 Ya no pretendas fascinar el alma
 Con la luz de tus mágicos colores;
 Vuelve á mi pecho la perdida calma,
 No quiero ya tus engañosas flores.

Ya no quiero tu eterno torbellino,
 Porque hoy su eterna agitación me mata;
 Sólo quiero la dicha de la muerte;
 No quiero verte, juventud ingrata,
 No quiero más en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
 Te fui á buscar y te tendí la mano;
 Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
 Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.

Guanajuato, 1858.

Es mi Elvira esperanza de mi alma,
 Luz de mi amor:
 ¿Por qué me preguntáis que si la quiere
 Mi corazón?
 Preguntad á los lirios de los valles
 Si aman al sol;
 Preguntad á los ángeles del cielo
 Si aman á Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VIOLETA Y LA ROSA.

En un valle una rosa descollaba
 Su hermosura y sus galas ostentando:
 Pudorosa sus pétalos plegando,
 Una pobre violeta la miraba,
 Y en las áridas rocas se ocultaba
 Con tristeza indecible suspirando.

Dijo entonces la rosa á la violeta:
 "Cuánto sufres ¡oh mustia florecilla!
 "Por modesta, y por tímida, y sencilla,
 "Vives sólo en la mente del poeta,
 "Y el dulce beso de la brisa inquieta
 "No has sentido jamás en tu mejilla.

"A mí me causa compasión tu suerte,
 "Pues sólo tú para el dolor naciste:
 "Llorando vives silenciosa y triste,
 "¿Y puedes ¡ay! sin ilusiones verte,
 "Cuando es la vida sin amor la muerte,
 "Y al poderoso amor nadie resiste?

"El amor es la vida, es la ventura,
 "Es la luz de la aurora, es el rocío;
 "Yo por eso le ofrezco el seno mio
 "Al dulce genio de la fuente pura;
 "Y goza de mi amor y mi hermosura,
 "El zéfiro galán á su albedrío.

"Aprende á mí que imito á las mujeres;
 "Soy por bella la reina de las flores,
 "Y me buscan con ansia los placeres,
 "Y me llaman su reina los amores.

"Mas tú, entre tanto, por modesta mueres:
 "En las áridas rocas escondida,
 "Muriendo así, porque gozar no quieres
 "De los dulces encantos de la vida."

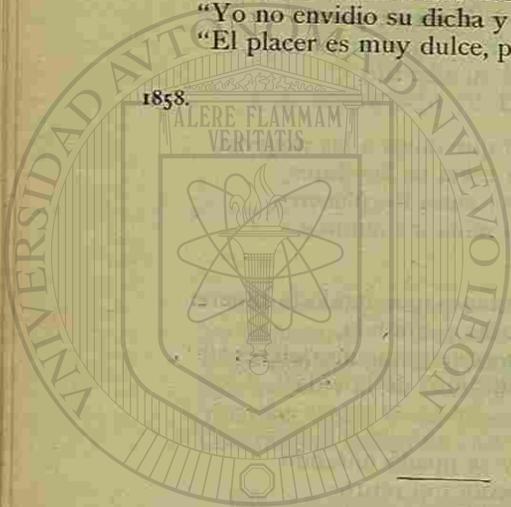
Calló la rosa y se quedó mirando
 De la flor melancólica el retiro,
 Su respuesta y sus quejas esperando;
 Mas la respuesta fué sólo un suspiro.

Cuando apenas sus últimos acentos
 Murmuraban los zéfiros distantes,
 Con furor agitándose los vientos
 Se llevaron sus pétalos brillantes.

¡Ay! cuán presto la hermosa soberana
 Se inclinó moribunda y silenciosa:
 Fué la reina del valle una mañana,
 Fué su dicha un instante: ¡pobre rosa!

La violeta que triste la veía,
 "Tal vez seré con el placer ingrata,"
 Cuidadosa ocultándose decía;
 "Yo no envidio su dicha y su alegría:
 "El placer es muy dulce, pero mata."

1858.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE UNA FLOR.

SONETO.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!
Quintana.

Era una rosa de beldad modelo,
 Blanca, pura y brillante como estrella,
 Gloria y encanto de la aurora bella
 Y amor de un lirio de color de cielo.

Insensible á su amargo desconsuelo,
 De su tallo la arranca una doncella,
 Y al amante dichoso dá con ella
 El dulce pago de su amante anhelo.

Lloró el lirio un instante, al otro día
 Ni siquiera pensaba que la rosa
 Por su amor y su ausencia se moría;

De un venturoso amor prenda dichosa,
 A otro daba la dicha que perdía;
 ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

SONETO.

Ni tumba bienhechora
Encuentra quien la desea.
Camprodón.

Al pie de un sauce que con honda pena
Sin cesar suspirando languidece,
Cabe una triste siempre-viva crece
Virginal y tranquila una azucena.

Cuando en su frente pálida y serena
Posa el ala la brisa, se estremece
Y suspira, y la vida le parece
De dulce paz y de inocencia llena.

Pero ¡ay! terrible el huracán avanza,
Le dá la muerte y de su amor la priva:
—“¿A quién la muerte en su furor no alcanza?”
Dice al verla una rosa compasiva.
—“Al que vive cual yo sin esperanza,”
Le responde la triste siempre-viva.

A MARÍA, MADRE DE DIOS.

PLEGARIA.

El hombre cuando cruza los mares de la vida
Sin ilusiones, árido llevando el corazón,
Al ver en lontananza la estrella bendecida
Se siente conmovido por mágica emoción.
Por eso, Santa Virgen, el alma afligida,
Que al ver de tu semblante la angélica expresión
Encuentra en tí la estrella jamás oscurecida,
Ardiente te dirige su fervida oración.

Flor de colores bellos, raudal de bienandanza, [®]
Tesoro de las gracias y fuente del placer,
En tí tan sólo cifro mi fervida esperanza,
En tí que un cielo puedes de la existencia hacer.
De fe y amor henchido mi corazón se lanza
A la mansión divina donde te espero ver,
Y otra ilusión que asoma contemplo en lontananza
Junto al cadáver yerto de la ilusión de ayer.

Con el recuerdo triste de mis miserias, siento
 Que estremecido gime mi rústico laúd;
 Y vuela confundido mi pobre pensamiento
 Al ver ante mis ojos mi negra juventud.
 El alma experimenta de horror un sentimiento
 Como el que á veces prueba mirando un ataúd;
 Mitiga ¡oh Madre tierna! mi acerbo sufrimiento
 Y aparta de mi vida la bárbara inquietud.

Lucero refulgente, que brillas en el cielo
 Y tu esplendor derramas en el azul turquí,
 Disipa las tinieblas de mi horroroso duelo,
 Ten compasión, Señora, ten compasión de mí.
 Al corazón herido concédele un consuelo,
 Mira que lloro, Madre: que dicha nunca ví,
 Y mira que te llamo con inquietud y anhelo
 Pues ¡ay del hombre misero si te olvidase á tí!

Acuérdate, Señora, que cuando era niño
 Formabas el encanto del tierno corazón,
 Cuando mi pobre madre decía con cariño:
 "Bajo su amparo sólo se encuentra salvación."
 Y el alma mía entonces más blanca que el armiño
 Hallaba en tu sonrisa su sola inspiración;
 Pulsé por tí mi lira, mi acento sin alíno
 Te dirigió las notas de su primer canción.

Pero hoy que los dolores mi vida han agobiado
 Tan sólo mis sollozos te puedo dirigir,
 Porque la hiel del llanto mi vida ha envenenado,
 Porque á congojas tantas no puedo resistir.
 Con el recuerdo triste de amor infortunado,
 La perspectiva viendo de oscuro porvenir,
 Ya sin aliento queda mi corazón llagado,
 Respiración le falta, me siento ya morir.

Expira entre mis labios el moribundo acento
 Que ¡ay! en mi pecho brota del germen del dolor;
 Recibe ¡oh Virgen pura! mi lánguido lamento
 Como homenaje puro de mi ferviente amor.
 Imagen soberana de un bello pensamiento
 Nacido al darte vida la mente del Señor,
 Reanima bondadosa con tu inmortal aliento
 De mi esperanza triste la deshojada flor.

Derrama en mis cantares la dulce melodía
 Que hace las fibras todas del pecho estremecer,
 Los que derrama el céfiro raudales de armonía
 Cuando al besar las rosas se agita de placer.
 Infúndele á mi mente la santa poésia
 Que brota desprendida de tu divino ser;
 Tu inspiración sublime, y entonces la voz mía
 Podrá cantar tus gracias, tu amor y tu poder.

¡Silencio...! oid mi acento bajando vuestras frentes
 Porque la dulce lira mi mano pulsa ya,
 Y ante mi voz los ángeles se inclinan reverentes
 Porque las glorias canto de la Hija de Jehová.
 Suspendan sus rumores los rápidos torrentes,
 Su voz suspenda el aura que murmurando vá,
 Para que al cielo suban mis súplicas fervientes,
 A la mansión de gloria donde mi Madre está.

Mi Madre, sí, mi Madre te llamo, Virgen pura; [®]
 ¿A quién tan dulce nombre daré mejor que á tí?
 Tesoro de esperanzas y fuente de ventura,
 Mi corazón te adora desque tu nombre ví.
 Acuérdate que el Santo te dijo con ternura:
 "Mujer, es tu hijo el hombre que está llorando allí,"
 Y entonces tú vertiste tu llanto de amargura;
 Tus lágrimas, Señora, me salvarán á mí.

En las agrestes rocas do se meció mi cuna
 En mi dolor ¡oh Madre! mil veces te invoqué;
 Que aunque contraria y falsa me fuera la fortuna
 Jamás en mi alma ha muerto la lumbre de la fe.
 Espejo de justicia que brilla cual la luna
 Donde su faz divina Jehová gozoso vé,
 Mis ilusiones viendo marchitas una á una
 Como única esperanza llorando te invoqué.

Basta tu nombre santo para borrar las huellas
 Que deja en nuestro pecho la bárbara inquietud,
 Para volver al alma sus ilusiones bellas
 Al alma que anticipa su triste senectud.
 Blanquísima azucena que plácida descuellas
 Y cuyo virgen cáliz encierra la virtud,
 Infúndeme la gracia que de tu ser destellas,
 Corriente de aguas vivas, piscina de salud.

Reanima los despojos, con mano protectora,
 De la ilusión sencilla que el corazón amó,
 Y busca en mi horizonte la antorcha bienhechora
 Que mi niñez hermosa fulgente iluminó.
 Escucha mis acentos, escúchalos, Señora,
 Son la expresión sencilla de lo que siento yo,
 Los ecos verdaderos de una alma que te adora,
 Lucero matutino, rosal de Jericó.

También para mi patria que gime desgraciada,
 ¡Arca de alianza santa! te pido compasión,
 Y que jamás escuche, Paloma inmaculada,
 Ni el himno del combate, ni el eco del cañón;
 Y luzca en su horizonte la paz idolatrada
 Cesando de la guerra la horrible confusión;
 Dale á mi patria ¡oh Madre! la paz ambicionada
 Y hiere si es preciso mi ardiente corazón.

Si, Virgen escogida y sobre todas pura,
 Yo mi única esperanza cifrada tengo en tí;
 Tesoro de placeres y fuente de ventura,
 Mi corazón te adora desque tu nombre ví.
 Acuérdate que el Santo te dijo con ternura:
 "Mujer, es tu hijo el hombre que está llorando allí,"
 Y entonces tú vertiste tu llanto de amargura:
 Tus lágrimas, Señora, me salvarán á mí.

1858.

A ELVIRA.

I.

Recordando tu imagen adorada,
 "Amor" digo con dulce sentimiento;
 Y "amor," repite con tranquilo acento
 La esperanza del alma enamorada.

¿Qué te puede decir, Elvira amada,
 El que á solas devora su tormento,
 El que exhala tristísimo lamento
 Como el ave que gime aprisionada?

El bardo amante que por tí delira,
 Que solo vive con tu dulce idea,
 Que sueña dicha porque amor suspira,
 Que amor suspira porque amor desea,
 ¿Qué te puede decir, hermosa Elvira,
 Qué te puede decir que amor no sea?

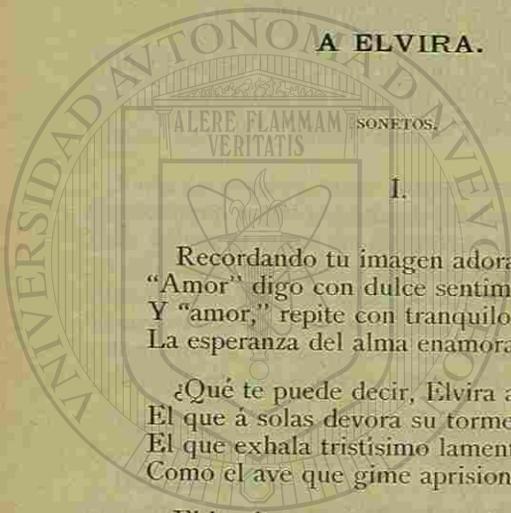
II.

¿En dónde estás, mi bien? yo quiero verte
 Porque es tu amor mi gloria, Elvira mía,
 Porque tú eres mi luz, y moriría
 Con sólo el pensamiento de perderte.

Junto á mi corazón quiero tenerte,
 Quiero verme en tus ojos noche y día;
 Que se cambie mi pena en alegría,
 Que cambie al fin mi desdichada suerte.

Cuando lejos estás, no hallo consuelo;
 Cuando te quiero ver y no te miro
 Me falta la ilusión, la fe, la calma,

Mi frente con dolor se inclina al suelo,
 Con infinito afán triste suspiro
 Y me parece que me falta el alma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



III.

Ayer, Elvira, al declinar el día,
De oculto afán la agitación sintiendo,
En silencio mis lágrimas vertiendo
El rigor de mi suerte maldecía.

Cuando así devoraba mi agonía,
Sin esperanzas ¡ay! triste gimiendo,
A mi lado pasaste sonriendo
Pero yo ni siquiera lo sabía.

¡Cuánto me agobia á mi la suerte dura!
¡Cuántas veces amante y linsonjera,
Cuando triste gemía en mi amargura,

Como pasabas tú, niña hechicera,
A mi lado pasaba la ventura
Y no la he visto ni pasar siquiera!

IV.

¡Que te olvide me dices! ¿por qué olvidas
Lo que vale el amor que el alma siente?
¿Por qué huellas, mi bien, indiferente
Ilusiones tan dulces y queridas?

Mil vidas yo te diera, si mil vidas
Tener pudiera el corazón ardiente;
Pide, pues, lo que quieras, solamente
Que te olvide, mi bien, nunca me pidas.

Nunca olvidarte el corazón espera,
No he de olvidarte nunca, Elvira mía,
¡Nunca! porque antes que olvidar pudiera

Mi propio corazón arrancarí;,
¡Y si Dios que olvidara me dijera,
Las palabras de Dios olvidaría!

A ELVIRA.

SONETO.

Imitación del italiano.

Una noche, llorando conmovido,
De la luna á los pálidos fulgores,
Sentado en mi verjel, entre las flores
Que en mi penoso afán tanto he querido;

Pensando á solas en mi edén perdido,
En mi tierna inquietud y en mis amores,
Pensando en tu esquivéz y en tus rigores
Lánguidamente me quedé dormido.

Soñé, mi bien, que en el infierno estabas
Y que yo cariñoso te seguía;
Pero tú los tormentos despreciabas,

Y los tormentos yo no los sentía;
Pues yo gozaba porque tú gozabas
Y tú gozabas porque yo sufría.

AL DECLINAR LA TARDE.

A ELENA.

Lánguida, bella, callada
Muere la tarde; en las cumbres
De las montañas apenas
Su claridad se descubre.
¡Oh, cuán bella me parece,
Cuál me encanta y me seduce
Esa indecisa y postrera
Luz, que colora á las nubes,
Y se dilata, y se pierde
En los espacios azulés!
Siempre el alma, hermosa mía,
Cuando el crepúsculo luce,
Ay, de tristeza se llena,
De una tristeza tan dulce
Como la miel de las flores,
Como su grato perfume.

Dí; ¿no te place esta hora
En que todo se confunde
Entre las sombras que el valle,
Y el río, y el monte cubren?

Dí; ¿no te place que el cielo
Claros luceros alumbren,
Y que las brisas suspiren,
Y que las fuentes murmuren?

Vén á mi seno, alma mía;
Ya el sol presuroso huye,
Y es el crepúsculo bello
Para las almas que sufren.
Con un sentimiento santo
Mi alma á la tuya se adune,
Como el amor á la vida,
Como á la flor el perfume.

Palida y triste la luna
Hermosa en el cielo sube,
Como una virgen, velada
Entre las pálidas nubes.
¡Ay! la tristeza que siento
Es tan hermosa, tan dulce,
Como la miel de las flores,
Como su grato perfume.

Tristes nacimos; el cielo
Nuestros destinos confunde;
Déjame amarte, que amando
Nuestro destino se cumple.
Vén á llorar en mis brazos,
Vén, que el crepúsculo luce,
Y es el crepúsculo bello
Para las almas que sufren.

DON PEDRO MORENO.

SONETOS.

I.

La lid de Independencia sostenía
En el soberbio fuerte del *Sombrero*,
Moreno el grande, el inclito guerrero
Honor y gloria de la patria mía.

En las sangrientas lides hizo un día
A un realista feróz su prisionero,
Y á morir le condena porque fiero
De la patria la ruina hacer podía.

Del prisionero en cambio se le ofrece
A su hija tierna, de su vida encanto;
Su corazón de padre se estremece;

“Mi hija, responde derramando llanto,
“No hace falta á la patria si perece.”
Y hace morir al prisionero en tanto.

II.

Moreno el grande, el héroe del *Sombroso*,
Casi cede al dolor que lo devora;
Con el hambre y la sed abrasadora
Su gente pierde su vigor postrero.

Y su esposa con tono lastimero
"Piedad," le dice, y á sus plantas llora;
"Nuestro hijo de hambre se nos muere ahora,
"Rinde por Dios el invencible acero."

— "No, jamás . . . , le responde conmovido,
Con firme acento y con valor sublime,
O vencer ó morir he decidido."

Quiere llorar, mas su dolor reprime,
Y al ver á su hijo por la muerte herido
Oculta el rostro y en silencio gime.

III.

Con la noche la luna refulgente
Melancólica y triste aparecía;
Moreno en tanto, en actitud sombría,
Conversaba con Mina. De repente

La sala inunda la española gente;
Mina espantado la traición veía;
"A las armas, Moreno le decía,
Nunca desmaya el corazón valiente."

Pero Mina se rinde amedrentado
Porque á la muerte el deshonor prefiere,
Lucha entonces Moreno denodado,

De muerte herido, defenderse quiere;
Se defiende, vacila, y demudado
Suelta la espada, se estremece y muere.

CANCIÓN.

(Traducida de Victor Hugo.)

Mis versos volarían
Y á tu jardín irían
Dulcísimos, suaves,
Como el plácido aroma que tú exhalas,
Si mis versos tuvieran blancas alas
Como las aves.

Mis versos volarían
Y á tu jardín irían
Como átomos de luz vibrando breves
Hacia el fuego que enciendes ó que calmas,
Si mis versos tuvieran alas leves
Como las almas.

Desde el día en que te ví,
Mis versos volarían hacia tí,
Como vuelan las hojas de la flor,
Como vuela el aroma que tú exhalas,
Si mis versos tuvieran blancas alas
Como el amor.

LA GLORIA.

SONETO.

Existe una deidad que llaman gloria,
Por ella el hombre á combatir se lanza,
Por ella el hombre á sacudir alcanza
El polvo vil de la mundana escoria.

Ella encanta y arrulla la memoria
Con ensueños de dicha y bienandanza;
Ella alienta la efímera esperanza,
Por ella sólo se escribió la historia.

En otro tiempo de la patria mía
Visitó los espléndidos verjeles:
Dictó de Calderón la poesía

Y vió á Galván entre sus hijos fieles:
¡Quién conquistara su corona un día!
¡Quién pudiera ceñirse sus laureles!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DINERO.

SONETO.

Sólo Dios es autor de cuanto existe;
 Pero todo el dinero lo embellece;
 Ante Dios todo mísero aparece,
 Pero el dinero las miserias viste.

Dios torna alegre lo que fué más triste;
 Pero el dios don Dinero no entristece:
 Todo á Dios y á sus leyes obedece,
 Mas también al dinero ¿quién resiste?

Después de Dios, que al universo entero
 A sus leyes armónicas sujeta,
 El monarca más grande es el dinero;

Y por eso en el mísero planeta
 Donde todo es un sueño pasajero,
 Dios es Dios, y el dinero su profeta.

LAS DESDICHAS DE UN POETA.

Pues estoy de buen humor
 Y la lengua se me inquieta,
 Venciendo un poco el rubor,
 Voy á contarte, lector,
 Mis desdichas de poeta.

Vine al mundo cierto día,
 Arrullado entre ilusiones,
 En los brazos de una tía,
 Siendo su tos las canciones
 Que me daban alegría.

Cuando ya con voz secreta
 La razón se nos revela,
 Hizo que fuera poeta
 Un saludo de palmeta
 Del maestro de la escuela.

El amor, niño travieso,
Hizo á mi lira cosquillas,
Y su mágico embeleso
Me inspiró con tal exceso
Que salí de mis casillas.

Muchas gentes no creyeron
Que yo fuera tan temprano
Un poeta cual dijeron;
Y hasta disputas tuvieron
El cura y el escribano.

En su bárbaro furor
Nada el público respeta;
Yo te lo juro, lector,
Es la desdicha mayor
La desdicha de un poeta.

Busca una tumba sombría
Si poeta ser anhelas;
Mas no sufras mi agonía,
Porque yo preferiría
El vómito y las viruelas.

Abrumándome de flores
Mis amigos, sus secretos
Me cuentan y sus amores;
Todos me dicen primores,
Todos me piden sonetos.

Ora contentos me dan
El álbum de su futura,
Y me elogian con afán;
Ya un romance pide el cura,
Ya una octava el sacristán.

El amante de Beatriz
Quiere que le haga, ¡infeliz!
Para su novia unas quejas,
Y un soneto á sus orejas,
Y una silva á su nariz.

¡Desdichada profesión!
No me dejan respirar,
Todos quieren sin razón
Que mida la inspiración
Como miden un solar.

Cuando estoy en un festín
Siempre soponcios me dan
Porque he de brindar al fin,
Y me buscan con afán
De un confín á otro confín.

De tan bárbaro entremés
Nadie por nada prescinde;
Y me llevan entre tres,
Y me obligan á que brinde
Por la berruga de Inés.

De dolor y confusión
Me llenan sin compasión,
Y aseguran temerarios
Que tantos pesares son
Pesares imaginarios.

Cuando á veces aprovecho
Mi voz y mi libertad,
Y en uso de mi derecho
Maldigo á la sociedad,
Todos dicen con despecho:

“No hay poder que le detenga,
No hace nada que convenga,
Y se queja el muy bribón
De que tiene corazón
Pues, señor, que no lo tenga.”

¡Oh lector! si tú sufrieras
Tan horribles desaciertos,
De seguro preferieras
Ir á luchar con las fieras
Al fondo de los desiertos.

“Los poetas más dichosos
“Blanco son de los desprecios;
“Son una especie de osos,
“Diversión de los ociosos
“Y víctimas de los necios.”

Con respeto y con placer
Deben siempre al mundo ver
Para que odio no les cobre;
Ni el amor, lujo del pobre,
Se les permite tener.

Si poeta ser deseas,
Lector, y el amor te agobia,
Aunque un Abelardo seas,
Todos dirán á tu novia:
“Es poeta, no le creas.”

¡Cuando yo me enamoré
Todo el mundo lo dudó;
Pero al fin, tanto juré,
Tanto jurando imploré,
Que mi novia lo creyó!

Cuando lo supo el papá,
“¡Jesús! ¡un poeta! dijo,
¡Un poeta! quita allá,
Solo versos te dará;
No lo quiero para hijo.”

¡Ay! en vano protesté!
Maldiciones y conjuros,
Todo, todo inútil fué:
Por falta de pesos duros
Sin mi novia me quedé.

¡Pesos duros, no cuartetas
Quieren los hombres perversos,
Cual si los pobres poetas
Forjáramos las pesetas
Como forjamos los versos!

¡Ay! la injusta sociedad,
Nos vé con horror profundo,
Nos desprecia con maldad;
Ser poeta es en el mundo
La mayor calamidad.

En su bárbaro furor
Nada el público respeta;
Yo te lo juro, lector,
Es la desdicha mayor,
La desdicha de un poeta.

SONETO.

No hace mucho que Inés bañada en llanto
A su amante infeliz partir veía,
Y mil promesas de su amor le hacía,
Y á su amor le llamaba afecto santo.

Que era su vida yo, su único encanto,
Que si yo le faltara moriría,
No hace mucho también que me decía,
Y ayer á Carlos le juró otro tanto.

¡Ay! mujer nada más y lodo inmundo
Siempre fué la mujer, y siempre viento
El amor más sincero y más profundo;

Y no lo digo con falaz intento,
Pues convencido estoy que hay en el mundo
Mujeres como Inés, de ciento, ciento.

NADIE SE MUERE DE AMOR.

Á ELVIRA.

¡Ay! por desgracia te ví:
¡Ay! Elvira, ¿qué tendría
Aquel desdichado día
En que el alma te rendí?

De mi vida los instantes
Fuí á consagrarte muy pronto:
Fuí por desgracia tan tonto
Como todos los amantes.

En mis éxtasis divinos
Te llamaba mi ilusión,
Mi vida, mi religión,
Y otros muchos desatinos.

Juré, de razón escaso,
Nunca olvidar mi quimera,
Y amar hasta que me muera . . .
¿Ya no te acuerdas del caso?

Como estaba sin razón
No me admira mi capricho,
Sino que dije lo dicho
Con todo mi corazón.

¡Hay tonteras horrosas!
Perdóname, Elvira mía,
Pues no supe lo que hacía
Cuando dije tales cosas.

En la furia de mi amor
Yo te juzgaba muy bella;
Y unas veces fuiste estrella,
Y otras veces fuiste flor.

¡Ay de mí! ¡Cuántas sandeces!
El amor es triste cosa . . .
Unas veces fuiste diosa
Y fuiste ángel otras veces.

Ángel yo te quise hacer,
Y ángel en sueños te ví,
Cuando no eras jay de tí!
Mas que una pobre mujer.

¡Ay, amor! á los que inspiras
Haciéndoles un favor,
¡Cómo mienten sin rubor,
Y cómo sueñan mentiras!

Quando amor el alma hiere
No tiene piedad ninguna;
Pero, Elvira, por fortuna
Ya de amor nadie se muere.

Quando tú del alma mía
Las ilusiones hollaste,
Y altiva me despreciaste,
Juraba que me moría.

Con tristísimo gemido
Lamenté mi desventura;
Y á tu perdida ternura
Le llamé mi edén perdido.

El amor no mata, no;
La muerte tras él no acude;
Si hay alguno que lo dude
Aquí estoy de prueba yo.

Aunque hizo amarga mi vida
La pérdida de mi edén,
Me encuentro al cabo muy bien
Porque al fin todo se olvida.

No siento ningún dolor,
Ni estoy demasiado triste;
Si acaso el amor existe,
Nadie se muere de amor.



DESPEDIDA.

A MI QUERIDA AMIGA MAURA OGAZÓN.

En medio del horror de la agonía,
Vencido ya por el destino airado,
Vengo a decirte "adiós" amiga mía,
Como le dije "adiós" a mi alegría
En otro tiempo por mi mal pasado.

De mi adverso destino la influencia,
Ya nadie, nadie a detener alcanza;
Siempre triste he pasado la existencia,
Llorando siempre del amor la ausencia,
La ausencia del amor y la esperanza.

Siempre han sido mi aliento los dolores
Y en lucha eterna el corazón se agita;
Solitario, sin gloria y sin amores,
Que si amo alguna flor entre las flores
El adverso destino las marchita.

Mártir ¡ay! del amor y la amargura
Me devora la vida hora tras hora:
Nunca he visto el semblante a la ventura;
Siempre ha sido mi vida noche oscura
Sin estrellas, sin luna y sin aurora.

Siguiendo mi camino indiferente;
Sin fe, sin luz, sin ilusión, sin calma,
Devoraba la vida tristemente,
Llevando a mi pesar eternamente
Eterna soledad dentro del alma.

En el horrible afán de mi tormento
Del hado injusto me quejaba en vano;
¡Ay! no existe en el mundo el sentimiento,
Ninguno comprendió mi sufrimiento,
Nadie piadoso me tendió su mano.

Devorado por bárbara tortura
Pasé los años de la edad hermosa,
Y nunca consoló mi desventura
Ni una sola palabra de ternura,
Ni una sola mirada cariñosa.

Cuando abrumado ya por el quebranto
Mi pobre corazón desfallecía,
Ninguno supo comprender mi llanto,
Y a mis tristes suspiros, y a mi canto,
Sólo el viento en sus ayes respondía.

Todos, mis ansias y mi angustia vieron
Sin sentirse siquiera conmovidos:
Al pobre corazón muerte le dieron,
Y nunca a sus latidos respondieron
De un corazón hermoso los latidos.

Me arrebató el destino rigoroso
 El dulce amor al corazón más caro;
 Y nunca ni un instante fui dichoso,
 Porque siempre he vivido pesaroso,
 Llorando sin cesar mi desamparo.

En mi triste aislamiento contemplaba,
 Sin ilusión la vida y sin belleza;
 Mi dolor en silencio devoraba,
 Y á llorar en silencio me ocultaba
 En medio del horror de la tristeza.

Entonces, al llorar desconsolado
 Mi amor perdido, mi pérdida gloria,
 La inútil gloria de mi bien pasado;
 Como un eco del bien arrebatado.
 Llegó á mi oído tu infeliz historia.

No sé por qué mi corazón ardiente
 Sintió aumentarse su dolor impio;
 Y aunque era á otro dolor indiferente,
 Escuchando tu historia tristemente
 Lamenté tu infortunio como el mío.

Existe en nuestra historia maldecida
 Dolorosa y extraña semejanza,
 Porque los dos cruzamos por la vida
 Llorando siempre la ilusión perdida,
 Sin dicha, sin placer, sin esperanza.

Como herida el destino quiso verte,
 A mi también del corazón herido
 Mirarme quiso la contraria suerte;
 Tú el olvido lamentas de la muerte;
 Yo lamento la muerte del olvido.

Por eso aunque eras tú desconocida,
 Y aunque lejos, muy lejos te encontrabas;
 Con la historia doliente de tu vida
 Al alma por el mal escarnecida,
 Misteriosa ternura le inspirabas.

Cuando al fin compasiva la ventura
 Me permitió mirarte, amiga mía,
 Contemplando tu espléndida hermosura,
 Sentí que se aumentaba mi ternura,
 Sintiendo el corazón tu simpatía.

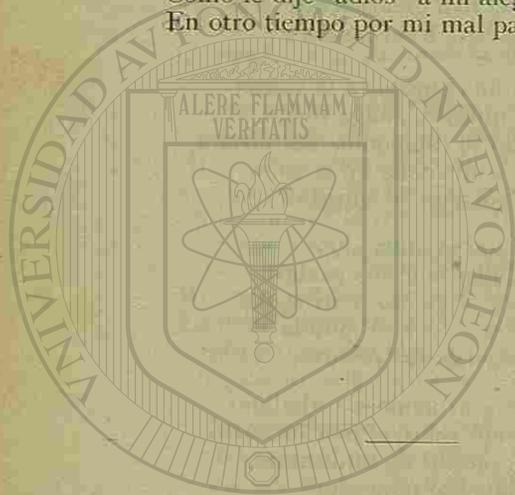
Entonces, con el alma alborozada,
 Te vine á saludar con mis cantares
 ¡Pobre flor por el viento destrozada!
 Y esclavo de tu voz y tu mirada
 Sentí desvanecerse mis pesares.

Pero ¡ay! el estruendoso torbellino
 Soplando airado sobre el mar incierto,
 Se aparta sin piedad de mi camino,
 Dejando al fatigado peregrino
 A solas y sin luz en el desierto.

Tal vez ¡oh niña! al despuntar el día
 Te hallarás de tu amigo muy lejano,
 Llevándote contigo su alegría . . .
 Y á pesar de mi afecto, hermana mía,
 Tal vez de mí te olvidarás mañana.

No importa que al partir indiferente
 Del bardo olvides la funesta historia;
 Que él por tí suspirando tristemente,
 Conservará en el alma eternamente
 De tu dulce amistad una memoria.

¡Ay! sintiendo cual nunca mi agonía,
 Vencido ya por el destino airado,
 Vengo á decirte: "adiós," hermana mía,
 Como le dije "adiós" á mi alegría
 En otro tiempo por mi mal pasado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE

RECUERDOS DE LA INFANCIA. *

A JUAN VALLE.

EPISTOLA.

Juan: cuando el cuadro de tu edad primera
 A mis ojos presentas complaciente,
 No sé qué siento que llorar quisiera.

Mi ventura recuerdo tristemente,
 Cual recuerda el amante abandonado,
 Las dulces gracias de su amada ausente.

Y aunque es grato pensar en lo pasado,
 Pensando, amigo, en la ilusión perdida,
 Más que nadie me siento desgraciado.

El alba empieza de mi edad florida,
 Y en vez de flores los despojos veo
 De las únicas flores de mi vida.

En la paz y en la dicha ya no creo,
 Desde que huyó cual sueño vaporoso
 La dulce edad á que volver deseo.

Esa edad es el sueño más hermoso,
 Es de la dicha la primer mirada,
 Es el único tiempo del reposo.

* Esta poesía forma parte de un libro que estaban escribiendo los Sres. Rosas y Valle, y que lleva por título: «Album de dos corazones.»

El alma entonces por el bien llevada,
La feliz existencia va cruzando
Por sus propios ensueños arrullada.

Y tan grata la vida va pasando,
Que hoy cuando goza más el alma mía
Como entonces quisiera estar llorando;

Pues valen mucho más que la alegría
De esta edad borrascosa, los dolores
De aquellos tiempos, ilusión de un día.

¡Ay! entonces las brisas y las flores,
Las estrellas, las aves y las fuentes
Son del alma los únicos amores;

Y al rumor de las plácidas corrientes,
Y á las mil armonías de la aurora,
Nuestras risas mezclamos inocentes.

Entonces ¡ay! el corazón no llora,
Y si llanto derrama la pupila
No es el llanto que abrasa y que devora.

Por eso ahora que sin fe vacila
Marchito el corazón y fatigado
Pienso en las horas de la edad tranquila;

Como piensa en la patria el desterrado,
Como piensa en su amante la doncella,
Como piensa en la dicha el desgraciado.

Fué mi niñez tan plácida y tan bella
Que yo por ella sin cesar suspiro,
Porque es muy dulce suspirar por ella.

Hoy, aunque lejos, con el alma miro
El pobre hogar donde pasé dichoso
La hermosa edad á que volver aspiro.

Por el valle tranquilo y delicioso
Que ciñe al muro de la casa mía,
Me parece que cruzo silencioso.

Que miro alegre declinar el día,
Reposando sin pena y sin cuidado
Como otras veces reposar solía.

Que estoy, parece, de mi madre al lado,
En su seno durmiendo dulcemente,
Y á la sombra de un árbol reclinado.

Que mi madre me mira tiernamente,
Que mi nombre pronuncia cariñosa,
Imprimiendo sus labios en mi frente.

Ya fugaz tras ligera mariposa
Me parece que cruzo la llanura
De árbol en árbol y de rosa en rosa.

Y otras veces oculto en la espesura
De la voz de mi madre oigo el acento
Que me busca y me llama con ternura.

Después parece que sus besos siento,
Y yo sonrío de mi dicha ufano
Respirando el aroma de su aliento.

Que á la iglesia me lleva de la mano
Me parece otras veces, y que miro
De la Virgen el rostro soberano.

Allí el incienso del altar respiro;
Allí á la Virgen por mí padre ruego;
Y de mi madre en tanto oigo el suspiro.

Después parece que á mi casa llego;
Que mi madre me mira conmovida
Y al dulce sueño sin afán me entrego.

¡Cuán descansada y apacible vida!
Pensando el alma en su feliz encanto,
Su amargo afán y su dolor olvida.

En esa edad en que se goza tanto,
Es el Angel de Guarda la inocencia,
Y es tan dulce la risa como el llanto.

Como un sueño resbala la existencia;
Pura y tranquila el alma no se agita
De amarga decepción á la influencia.

Peró á mí de esa edad dulce y bendita,
Solamente el recuerdo me ha quedado,
¡Ay! del perfume de la flor marchita.

Y desde entonces soy tan desgraciado,
Tanto he llorado ya, tanto he sufrido,
Que ya me siento de llorar cansado.

Y al ver la imagen de mi edén perdido
Interrumpen las lágrimas mi acento,
Y siento como tú, que no haya sido
El jay! primero mi postrer lamento.

Enero 13 de 1862.

EL DESTERRADO.

El desterrado en todas partes está solo.

Lamennais.

A la primera luz del sol naciente,
Melancólico, pálido, agitado,
Silencioso camina un desterrado,
Por su patria llorando tristemente.

Derramando amorosa sus aromas,
Espléndida, y gentil, y placentera,
Reina en torno la hermosa primavera
Con su amante cortejo de palomas.

El viento empieza á deshacer la nieve,
Y las llanuras son golfos de flores;
Todo es luz, y perfumes, y colores,
Peró nada al proserito le conmueve.

Pensando en el rigor de su destino
Un momento contempla la llanura,
Y sin ver de las flores la hermosura
Lentamente prosigue su camino.

Allí el incienso del altar respiro;
Allí á la Virgen por mí padre ruego;
Y de mi madre en tanto oigo el suspiro.

Después parece que á mi casa llego;
Que mi madre me mira conmovida
Y al dulce sueño sin afán me entrego.

¡Cuán descansada y apacible vida!
Pensando el alma en su feliz encanto,
Su amargo afán y su dolor olvida.

En esa edad en que se goza tanto,
Es el Angel de Guarda la inocencia,
Y es tan dulce la risa como el llanto.

Como un sueño resbala la existencia;
Pura y tranquila el alma no se agita
De amarga decepción á la influencia.

Peró á mí de esa edad dulce y bendita,
Solamente el recuerdo me ha quedado,
¡Ay! del perfume de la flor marchita.

Y desde entonces soy tan desgraciado,
Tanto he llorado ya, tanto he sufrido,
Que ya me siento de llorar cansado.

Y al ver la imagen de mi edén perdido
Interrumpen las lágrimas mi acento,
Y siento como tú, que no haya sido
El ¡ay! primero mi postrer lamento.

Enero 13 de 1862.

EL DESTERRADO.

El desterrado en todas partes está solo.

Lamennais.

A la primera luz del sol naciente,
Melancólico, pálido, agitado,
Silencioso camina un desterrado,
Por su patria llorando tristemente.

Derramando amorosa sus aromas,
Espléndida, y gentil, y placentera,
Reina en torno la hermosa primavera
Con su amante cortejo de palomas.

El viento empieza á deshacer la nieve,
Y las llanuras son golfos de flores;
Todo es luz, y perfumes, y colores,
Peró nada al proserito le conmueve.

Pensando en el rigor de su destino
Un momento contempla la llanura,
Y sin ver de las flores la hermosura
Lentamente prosigue su camino.

En torno del viajero dulcemente
Canta, y goza, y suspira cuanto existe;
Pero el pobre proscrito siempre triste
Pasa inclinando su abatida frente.

Quando todos en torno están contentos
Con la dicha soñando y la alegría,
La frente del proscrito está sombría
Pues siempre tristes son sus pensamientos.

En medio del afán de sus pesares
Más oscura la noche le parece,
Y la luz de la aurora lo entristece
Porque lejos está de sus hogares.

Sin un leve celaje, sin un velo,
Brilla el azul del cielo esplendoroso;
Pero ese cielo azul claro y hermoso
De su adorada patria no es el cielo.

Una fuente murmura lisonjera;
Mas no es la fuente, cristalina y pura,
De aquella melancólica espesura
Donde pasó su dulce primavera.

Ese bosque ignorado para el hombre
Mil árboles también guarda escondidos;
Mas no son esos árboles queridos
Donde grabó sus versos y su nombre.

Reina también aquí la dulce calma;
Pero es la calma que provoca el llanto:
Tienen también las aves dulce canto,
Pero es el canto que entristece el alma.

¡Ay del que fija su mirar doliente
En tierra aunque feliz desconocida!
¡Desdichado el que vive sin la vida!
¡Ay del que se halla de su patria ausente!

En el monte, en la selva y en el prado,
En medio de las vastas soledades,
En medio del rumor de las ciudades,
¡Donde quiera está solo el desterrado!

Por esto con mortal melancolia
El viajero camina sollozando;
Con razón sin consuelo va llorando;
¿Quién al hallarse así no lloraría?

Del infeliz proscrito el alma encierra,
El afán de un eterno sufrimiento,
Porque sólo en la patria está el contento
Y una patria hay no mas sobre la tierra.

Devora el negro pan lleno de enojos
Porque piensa en su hogar el desgraciado;
Porque es amargo el pan del desterrado
Como el llanto que brota de sus ojos,

En vano eleva su mirada al cielo
Buscando una esperanza en su amargura;
Siempre á su lado va la desventura
Y no ha de hallar á su dolor consuelo.

Campo de soledad y de tristeza
Va á parecerle la ciudad ruidosa,
Porque sólo la patria es muy hermosa
Y lejos de la patria no hay belleza.

Allí la sociedad indiferente
Lo dejará que lllore y que delire;
Y á las tristes canciones que suspire
Responderán las brisas solamente.

Ansioso entonces buscará un abrigo
Y en todas partes hallará el engaño;
Pues nunca tiene el corazón extraño
La amorosa ternura del amigo.

Mientras lejos esté de su ribera,
Como el náufrago en medio de los mares
Se hallará solitario en sus pesares,
Que el proscrito está solo donde quiera.

A LA MUERTE.

SONETO.

¡Ay! los que tristes en la tierra moran,
Aborrecen la vida desgraciada;
Pero temen y esquivan tu mirada
Y al ver tu rostro compasión imploran.

Desdichados mortales los que ignoran
Que tú eres la ilusión ambicionada;
Los que aman esta vida infortunada
Y al mirar tu semblante tristes lloran.

Yo jamás he temido tu reposo,
Y al corazón le digo que te espere
Cual se espera á un amigo cariñoso.

He aquí mi corazón, míralo, hiere,
Yo no temo tu aspecto pavoroso
Porque algo siento en mí que nunca muere.®

AISLAMIENTO.

SONETO.

Yo fui desde la infancia un peregrino;
Nunca he visto el semblante á la alegría;
Siempre solo me encuentro en mi agonía
En medio del ruidoso torbellino.

Jamás se cambia mi fatal destino;
Pasa la triste noche, pasa el día,
Y siempre mi existencia está sombría,
Siempre miro desierto mi camino.

Aislado siempre mi ansiedad devoro;
Nadie me ofrece ni piedad siquiera,
Y en vano, en vano compasión imploro;

Nadie escucha mi queja lastimera,
Nadie enjuga mi llanto cuando lloro,
Y nadie llorará cuando me muera.

A AURORA.

Tú eres el dulce fuego en que me inflamo,
Mi esperanza más grata y más querida;
Tú eres mi sola luz, tú eres mi vida,
Y porque eres mi vida yo te amo.

Y este fuego que ardiente me consume,
Este amor que la tierra no comprende,
Es impalpable luz, blando perfume
Que del fondo del alma se desprende.

Es la dicha, es la vida, es la belleza;
Este tierno y sublime sentimiento
Me llena de inquietud y de tristeza,
Y es mi ser, es mi espíritu, es mi aliento.

Ténue y tranquila luz que apenas arde
Cuando llena la vida de colores,
Triste como el crepúsculo en la tarde,
Dulce como el aroma de las flores.

Aurora es mi ilusión, mi bienandanza;
Yo adoro su virtud y su inocencia,
Como á mi último bien y mi esperanza,
Como á la última flor de mi existencia.

Y es su dulce mirada mi alegría;
A verla siempre sin cesar aspiro;
Ella alimenta el fuego que respiro,
Porque es aliento y luz del alma mía.

La dulce fe que los pesares calma
Con su tierna mirada ella me inspira,
Porque mira, si mira, con el alma,
Y me arrebató el alma si me mira.

Del adverso destino los enojos
Yo con su dulce amor no temería;
Por sólo una mirada de sus ojos
Mi propia perdición adoraría.

Disipó de mi vida el sufrimiento
La inextinguible luz en que me inflamo;
Mi existencia es un dulce sentimiento,
Porque es muy dulce amar como yo amo.

Cuando ella me miraba dulcemente,
Cuando la ví tan bella en su inocencia,
Contemplé trasformada derrepente
En un edén de dicha mi existencia.

Con el dulce perfume de sus flores
Ella de aromas inundó mi ambiente;
Ella llenó mi vida de fulgores,
Con mirarme un instante solamente.

Yo encontraré la vida muy hermosa
En tanto que la mire en mi camino,
Y será venturoso mi destino
Mientras que ella me mire cariñosa.

Del placer no me importa el abandono;
No siento ya de la ilusión la ausencia;
Porque su dulce amor sólo ambiciono,
Porque su dulce amor es mi existencia.

PIENSA EN MÍ.

A AURORA.

Cuando estoy de pesares abrumado
 Busco siempre este sitio retirado,
 Porque la dulce paz se encuentra aquí.

En esta melancólica espesura
 Puedo á solas llorar mi desventura,
 Y á solas con mi amor pensar en ti.

Es la última hora de la tarde,
 El moribundo sol apenas arde
 Y una vaga tristeza se respira.

¡Ay! si por mí de amor tu alma suspira
 Como suspiro yo lejos de ti,
 En esta hora que el amor inspira
 Un momento á lo menos piensa en mí.

La noche extiende su estrellado velo;
 La luna brilla en el azul del cielo,
 Como la vez postrera que te vi;
 Con tristeza infinita suspirando,
 Sin cesar á la luna estoy mirando,
 Y al mirarla tan bella pienso en ti.

¡Ay! si á despecho de la ausencia impía,
 Eres siempre la misma, Aurora mía;
 Si comprendes y sientes lo que siento;
 Si allá sobre el azul del firmamento
 Brilla la luna como brilla aquí;
 Fija en ella tus ojos un momento,
 Y un momento á lo menos piensa en mí.

Octubre, 1862.

SONETO.

Busqué en la juventud, que dulcemente
 Por la primera vez me sonreía,
 Felicidad eterna y alegría,
 Y encontré el desengaño derrepente.

En el placer busqué con ansia ardiente
 En medio del horror de mi agonía
 Felicidad eterna, Aurora mía,
 Y encontré el desengaño solamente.

Buscaba una ilusión en mi amargura
 Y hallé sólo la tierra desolada,
 Triste entre sombras como noche oscura:

Felicidad busqué sin hallar nada,
 ¡Ay! ¿por qué si buscaba la ventura,
 Nunca vine á buscarla en tu mirada?

1862.

A AURORA.

ENVIÁNDOLE UNAS FLORES.

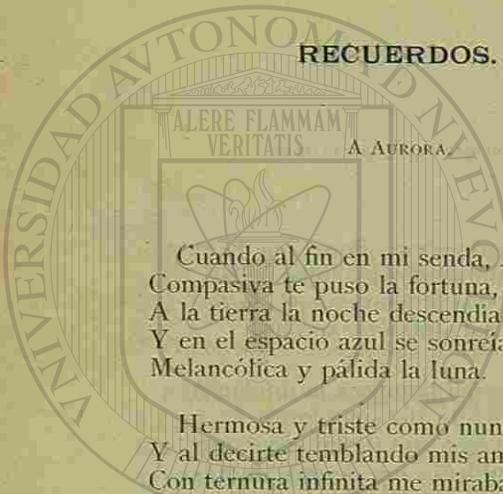
Guarda siempre esas flores que te envío
 Y aspira el ámbar de sus hojas bellas;
 Porque ellas son el pensamiento mío,
 Y el aliento del alma va con ellas.

Insensibles del tiempo á la mudanza
 Guardarán en su cáliz sus olores;
 Porque la imagen son de mi esperanza,
 Porque el emblema son de mis amores.

Guarda siempre esas flores con ternura;
 Nunca ya de tu seno las retires;
 Mira á veces su espléndida hermosura,
 Y acuérdate de mí cuando las mires.

Marzo 31 de 1863.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


RECUERDOS.

Cuando al fin en mi senda, Aurora mía,
 Compasiva te puso la fortuna,
 A la tierra la noche descendía,
 Y en el espacio azul se sonreía
 Melancólica y pálida la luna.

Hermosa y triste como nunca estabas,
 Y al decirte temblando mis amores,
 Con ternura infinita me mirabas;
 Y con dulce tristeza suspirabas
 Reclinada y oculta entre las flores.

Con su luz indecisa dulcemente
 Alumbraba la luna la espesura,
 Y al reflejar sus rayos en tu frente,
 En los tersos cristales de la fuente
 Retrataba tu espléndida hermosura.

Yo amo siempre a la noche, Aurora mía,
 Porque la aurora fué de mis amores;
 Ese grato recuerdo es mi alegría,
 Y desde entonces sueño noche y día
 Con la luna, y las fuentes, y las flores.

Desde entonces, Aurora, cuando siento
 Que me olvida traidora la fortuna
 Y exhalo ya mi postrimer aliento,
 Para hallar un consuelo á mi tormento
 Al campo voy á contemplar la luna.

Desde entonces, llorando silencioso
 Al sentir que me abruma de dolores
 El adverso destino riguroso,
 Como pensando en ti soy venturoso,
 Para pensar en ti, busco las flores.

Y al sentirme de penas oprimido,
 Porque siempre en mi vida está presente
 La triste imagen de mi edén perdido,
 Como pensando en ti, todo lo olvido,
 Para pensar en ti, voy á la fuente.

Desde entonces, oculto en la espesura
 De la luna me encuentran los fulgores,
 Porque son mis recuerdos, mi ventura;
 Y desde entonces amo con ternura
 A la luna, á las fuentes y á las flores.

De gozo el alma y de emoción suspira,
 Y dejando vibrar mi voz amante
 Dulces serán los ecos de mi lira,
 Porque hoy el porvenir mi voz inspira
 Y el corazón me dice que lo cante. ®



Recitada
en la distribución de premios de la Escuela Municipal de León.

Como se eleva el sol esplendoroso
Cuando el alba apacible se adelanta
Desplegando su velo vaporoso,
Así se eleva el porvenir hermoso . . .
¡Bendito el porvenir que se levanta!

Yo siempre á la niñez mucho he querido
Porque en ella de Dios miro un destello;
Yo soy un trovador desconocido,
Un pobre trovador, pero he nacido
Amante de lo grande y de lo bello.

Esta generación que dulcemente
Despierta á la ilusión y á la alegría,
Tan pura, tan feliz, tan inocente;
Es del bien el crepúsculo naciente,
Es la esperanza de la patria mía.

Al ver ahora su esplendor divino,
Ansioso de su gloria y su ventura,
Dichoso de encontrarla en mi camino,
A revelar me vengo su destino
Y á saludar su majestad futura.

Nosotros ya ni porvenir tenemos;
Hemos perdido la ilusión querida;
¡Ay! pues la tierra prometida vemos,
Y en el triste desierto moriremos
Sin llegar á la tierra prometida.

Cuando Dios una tierra de ventura,
Imagen del perdido Paraíso,
Mostró á su pueblo para edad futura;
Su promesa cumplirle solo quiso
A otra generación de alma más pura.

Hoy también será dada solamente
La tierra de la paz y la alegría,
A esta generación que alza la frente,
A esta generación pura y ardiente,
Dulce esperanza de la patria mía.

Yo tengo entera fe de que la infancia
Si instrucción y virtudes atesora
La ociosidad venciendo y la ignorancia,
En premio de su estudio y su constancia
De esta tierra feliz será señora. ®

Y aunque el genio del mal y de la guerra
Soberbio intenta en su furor impío
Quitarle audaz la prometida tierra;
Aquí en mi corazón la fe se encierra,
Porque pensando en Dios no desconfío.

Esta generación que se adelanta,
Es preciso que obtenga la victoria;
Su amparo es Dios, su aspiración es santa,
Es suyo el porvenir que se levanta,
Es suyo el porvenir, suya la gloria.

¡Feliz el que á la dicha la encamina!
¡Feliz el que sus pasos va guiando,
Que su razón solícito ilumina,
Y la hace que ame la virtud divina
Su dócil corazón regenerando!

Infancia de León pura y hermosa,
Si un tiempo quieres respetada verte,
La senda del saber sigue animosa;
La misión que te espera es muy hermosa;
Muéstrate digna de tu hermosa suerte.

En el fondo de tu alma, desde ahora
Que comienza tu espléndida mañana,
Religiosas virtudes atesora;
Espera siempre en Dios, y á Dios adora
Porque es la dicha la moral cristiana.

Ama siempre á tus padres con ternura;
En tu alma siempre la bondad encierra
De los pobres consuela la amargura,
Y conserva constante tu alma pura,
Si quieres ser feliz sobre la tierra.

Tú que estás al poder predestinada,
Que á la edad venidera darás leyes,
No olvides que en esta época avanzada,
Vale más de la ciencia una mirada
Que el cetro y la diadema de los reyes.

Ama á ésta patria que tu amor reclama,
Ama siempre á ésta patria generosa,
Porque es tu madre, y su ilusión te llama,
Porque es tu propio ser, porque te ama,
Porque es tan desgraciada como hermosa.

Del bien y la virtud sigue la huella,
Y en pos avanza del saber divino
Que es de la vida la polar estrella;
Tu misión es tan grande como bella:
Muéstrate digna de tu gran destino.



FRAGMENTOS DE UN DIARIO.

Hay una virgen hermosa,
Casta ilusión de mi anhelo,
Dulce, modesta, graciosa;
Tiene los labios de rosa,
Tiene los ojos de cielo.

Con los últimos fulgores
De la tarde que declina,
Piensa en mis dulces amores;
Y entre las flores se inclina
Para llorar con las flores.

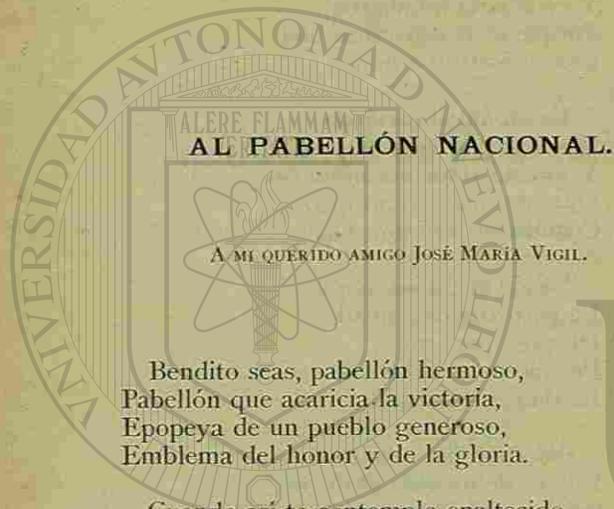
Despertando deslumbrada,
Creyendo que el sol asoma,
Cuando siente su mirada
Canta al sol enamorada
Suspirando la paloma.

Yo la llamo noche y día
Con insólito placer,
Y es amarla mi alegría,
Porque es la esperanza mía
Con el rostro de mujer.

Es un ángel cariñoso
Que hace mi vida muy bella;
Y es este amor tan hermoso,
Que me siento venturoso
Cuando suspiro por ella.

Desde el día en que la ví
La perpétua oscuridad
Disipose para mí,
Porque de amarla sentí
La dulce necesidad.

Sólo por ella respiro;
Ella es de mi vida el dueño;
Sólo por ella suspiro;
Todas las tardes la miro;
Todas las noches la sueño.



Bendito seas, pabellón hermoso,
 Pabellón que acaricia la victoria,
 Epopeya de un pueblo generoso,
 Emblema del honor y de la gloria.

Cuando así te contemplo enaltecido
 Hasta el cielo se eleva el pensamiento,
 Y el corazón se agita estremecido
 De orgullo, de placer, de sentimiento.

Tú eres la historia de heroísmo llena
 De este pueblo magnánimo y valiente
 Que rompió despertando su cadena
 Del extranjero déspota en la frente.

En tí cifra su gloria y sus amores
 La nación favorita de los cielos;
 Tú simbolizas con tus tres colores
 La libertad del pueblo de Morelos.

¡Cuán hermoso y cuán grande me pareces
 Cuando al son del airado torbellino,
 Orgulloso en la atmósfera te meces
 Al sol brillante tu esplendor divino!

Sigue siendo el orgullo de los vientos;
 Sigue flotando así, sigue flotando
 De la patria en los altos monumentos,
 La santa libertad simbolizando.

¡Feliz el que en tu amor siempre ha vivido!
 ¡Desdichado el que bárbaro te ofende!
 Porque Dios te bendice conmovido,
 Y un poderoso pueblo te defiende.

Hoy por tí, las naciones soberanas
 Sobre la Francia arrojan su anatema;
 Porque hoy hasta en las zonas más lejanas
 De honor y libertad eres emblema.

Tú alimentas el santo sentimiento
 Que á un porvenir espléndido nos guía;
 Tú inspiras el valor y el ardimiento;
 Tú eres la gloria de la patria mía.

El pueblo por tu amor se alza gigante
 Formando en donde estás una muralla;
 Por tu amor hasta el niño vacilante
 Corre á buscar la gloria en la batalla.

De la muerte el guerrero no se asombra
 Ni de la angustia siente los dolores,
 Cuando muere al abrigo de tu sombra,
 Mirando al expirar tus tres colores.

¡Bendito sea el inmortal destino
Que el Dios de las naciones te señala!
¡Bendito sea tu esplendor divino!
¡Bendito seas, pabellón de Iguala!

Yo con el ansia de mi amor anhelo
Que en donde quiera triunfen tus legiones,
Que bendito te mires por el cielo,
Que deslumbre tu gloria á las naciones.

Que ante el valor del pueblo que te adora
Perdón pidiendo, el invasor sucumba;
Y te halle al despertar la nueva aurora
Del extranjero ejército en la tumba.

Pero ¡ay! deliro, mi ansiedad es vana;
Se apagó nuestro espíritu guerrero,
Y en donde flotas hoy, veré mañana
Flotar el pabellón del extranjero.

¡Ay! de la Francia el águila impaciente,
Tal vez mañana volará tranquila,
Desde el confín de Yucatán ardiente
Hasta las playas del undoso Gila.

Otro estandarte alumbrarán los cielos
En donde hoy victorioso te levantas,
Y gemirán los hijos de Morelos
De un extranjero déspota á las plantas.

La libertad á tierra muy lejana
Se irá llorando con dolor profundo,
Y desgarrado tú serás mañana
El escarnio y la fábula del mundo.

Nos mirarán lanzando lastimeros,
Los guerreros de Europa, los más bravos,
En vez de la canción de los guerreros
El grito de dolor de los esclavos.

Implorando del galo una mirada,
Suspiraremos lánguida querella,
Y hundiremos la frente ensangrentada,
¡Ay! en el polvo que su planta huella.

Victoriosos y avaros de laureles,
Los nuestros ceñirán los invasores;
Y te hollarán los pies de sus corceles,
Sagrado pabellón de tres colores.

Será nuestro señor el galo impío . . .
Será la esclavitud nuestra existencia . . .
¡No! . . . tan inmenso deshonor, Dios mío,
No puede permitir tu providencia.

¡Justo Dios, que nos hieran tus rigores,
Que ya no tenga compasión la muerte;
Que nos abrasen rayos vengadores;
Pero no nos humilles de esa suerte.

Antes que el mundo nuestra infamia vea,
Antes que llegue tan fatal momento,
Polvo mil veces nuestra patria sea,
Polvo que arrastre sin piedad el viento.

Entre tanto que el galo nos destroza
No permanezcan quietas nuestras manos;
Desde el cielo nos mira Zaragoza:
O libertad ó muerte, mexicanos.

Hoy en la guerra está la independencía,
 ¡Guerra, sí, que por siempre al mundo asombre!
 ¡Guerra! para salvar nuestra existencia,
 ¡Guerra! por el honor de nuestro nombre.

Que el corazón altivo nos abrase
 Rencor de muerte despiadado y ciego,
 Para que halle el francés por donde pase
 Luto y desolación, y sangre y fuego.

Soberbio avanza el invasor impio,
 ¡Gran Dios! ¡qué mengua! nuestra ruina es cierta:
 ¿En dónde estás, Hidalgo, padre mío?
 Libertador de México, despierta.

Deja un instante tu sepulcro helado,
 Rayos de indignación lanzen tus ojos,
 Y á defender levántate indignado
 El pabellón que cubre tus despojos.

Siento que el fuego del valor me inflama
 Siento la dulce fe de la esperanza . . .
 ¡Guerra al conquistador que nos infama!
 ¡Guerra al conquistador, guerra y venganza!

¡Oh! que jamás dominen los tiranos
 Donde hoy la santa libertad impera;
 Que no se vea en extranjeras manos
 Nuestra adorada tricolor bandera.

Suceda una batalla á otra batalla;
 Enfurecido el hierro se despierte;
 Lanze el cañón torrentes de metralla,
 ¡Muerte ó victoria! ¡Libertad ó muerte!

Destroza ¡oh patria! la soberbia impía
 De esos soldados que humillarte quieren,
 Animo y esperanza, patria mía,
 Dios es Dios, y los pueblos nunca mueren.

Y tú, no temas, pabellón querido;
 Ya no temas al galo que te ofende;
 Porque Dios te bendice conmovido,
 Y un poderoso pueblo te defiende.

¡Honor y gloria, pabellón hermoso!
 Monumento que asombra á las edades,
 Epopeya de un pueblo generoso,
 Símbolo de las patrias libertades.

Plegue á Dios que cual nuncio de victoria
 Te respeten los pueblos de la tierra;
 Que eternices de México la gloria
 En medio de la paz y de la guerra.

Y que siempre en los altos monumentos
 Vencedor de los siglos vencedores,
 Te acaricien las ondas de los vientos,
 Y brillen con el sol tus tres colores.

Noviembre, 1862.



LAS ILUSIONES.

SONETO.

Son en la vida estéril y sombría
Placeres, amistad, gloria y talento,
Ilusiones que pasan como el viento,
Pues todo es ilusión, Aurora mía.

Ilusión engañosa es la alegría,
Ilusión de un instante el sentimiento,
Y el amor, y la dicha, y el contento
Ilusiones también, gloria de un día.

El corazón del hombre donde quiera
Siempre aspira á la dulce bienandanza
Y aunque perdida esté siempre la espera;

Que del inquieto tiempo en la mudanza,
La dicha es siempre la ilusión primera
Y la última ilusión es la esperanza.

Marzo, 1863.

EL GRANADO Y EL PINO.

(FÁBULA TRADUCIDA DEL ITALIANO.)

—«Dichosa fué la suerte
«Que te hizo nacer bajo mi sombra;
Un orgulloso pino le decía
A un granado que cerca se veía.
«Cuando airado el turbión llega rugiendo
«De su furor terrible te defiende
»Porque tú defenderte no podrias.»
—«Es verdad, le responde el arbolillo:
«Pero ¡ay! por un placer que tú me ofreces
«Otra dicha mayor lloro perdida:
«Me defiendes del viento que es la muerte,
«Pero del sol me privas que es la vida.»

Así tal vez tu protector sublime
Te da su amparo y sin piedad te oprime. ®

LA PROVIDENCIA.

(IMITACIÓN DEL ITALIANO.)

Feliz la joven madre ve amorosa
A sus hijos jugar en su regazo,
Y uniéndolos su amor con dulce lazo
A uno estrecha en su seno cariñosa,

Al otro le dá un beso, y cuidadosa
Al tercero sostiene con su brazo;
Castiga al otro al fin, le dá un abrazo,
Y los bendice á todos venturosa.

La Providencia así, madre bendita,
A un hombre dá dolor, y á otro consuela,
Y es en sus altos dones infinita.

Doquier que estamos nuestro bien anhela,
Y aunque á veces parece que se irrita
Siempre piadosa por nosotros vela.

1868.

A LA MEMORIA DE MI AMIGO

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

ELEGÍA.

Vén, musa del dolor y los pesares,
Vén, porque quiero suspirar contigo
El más triste cantar de mis cantares.

Vén, musa del dolor, llora conmigo,
Lamentemos con voz desconsolada
La triste suerte de mi pobre amigo.

Lamentemos su muerte inesperada
Y con esta sencilla violeta
Adornemos su tumba abandonada.

¡Ay! pobre amigo, su existencia inquieta
Horrible fué cual su temprana muerte;
Nació para sufrir: era poeta. ®

Aunque le dió el Señor un alma fuerte,
¡Pobre mártir! apenas resistía
Los duros golpes de su ingrata suerte.

No tuvo de placer un solo día,
Su corta vida la pasó llorando
Ausencias del amor y la alegría.

LA PROVIDENCIA.

(IMITACIÓN DEL ITALIANO.)

Feliz la joven madre ve amorosa
A sus hijos jugar en su regazo,
Y uniéndolos su amor con dulce lazo
A uno estrecha en su seno cariñosa,

Al otro le dá un beso, y cuidadosa
Al tercero sostiene con su brazo;
Castiga al otro al fin, le dá un abrazo,
Y los bendice á todos venturosa.

La Providencia así, madre bendita,
A un hombre dá dolor, y á otro consuela,
Y es en sus altos dones infinita.

Doquier que estamos nuestro bien anhela,
Y aunque á veces parece que se irrita
Siempre piadosa por nosotros vela.

1868.

A LA MEMORIA DE MI AMIGO

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

ELEGIA.

Vén, musa del dolor y los pesares,
Vén, porque quiero suspirar contigo
El más triste cantar de mis cantares.

Vén, musa del dolor, llora conmigo,
Lamentemos con voz desconsolada
La triste suerte de mi pobre amigo.

Lamentemos su muerte inesperada
Y con esta sencilla violeta
Adornemos su tumba abandonada.

¡Ay! pobre amigo, su existencia inquieta
Horrible fué cual su temprana muerte;
Nació para sufrir: era poeta. ®

Aunque le dió el Señor un alma fuerte,
¡Pobre mártir! apenas resistía
Los duros golpes de su ingrata suerte.

No tuvo de placer un solo día,
Su corta vida la pasó llorando
Ausencias del amor y la alegría.

Aún me parece que lo estoy mirando,
Con oculta tristeza sonriendo,
Melancólicamente suspirando.

Pobre ave abandonada que, sintiendo
Rugir la tempestad enfurecida,
Un árbol protector buscó gimiendo.

Buscó reposo al encontrarse herida,
Y no halló ni una planta hospitalaria
En el grande desierto de la vida.

Entonces fué cuando la suerte vária
Entre sus brazos me arrojó piadosa,
Y juntó mi plegaria á su plegaria,

Y mi mano á su mano cariñosa;
Desde entonces su historia fué la mía,
Me daba pena su inquietud penosa,

Me alegraba si alegre lo veía,
Y lloraba también cuando lloraba
La negra ingratitud de su Sofía.

¡Pobre mártir! tal vez adivinaba
Lo que la suerte despiadada y fiera
De angustia y de dolor le preparaba.

Cuando iba comenzando su carrera,
La muerte vino á detener su paso,
Insensible á su queja lastimera.

Miré extinguirse su esplendor escaso,
Pobre astro solitario, en el momento
En que estaba más lejos del Ocaso.

¡Ay! la muerte insensible á su tormento,
Heló en sus ojos su postrer mirada,
Secó en sus labios su postrer aliento,

Tocó su frente, y al sentirla helada,
El rostro se cubrió con ambas manos,
De su propio furor avergonzada.

Solamente insensibles los tiranos,
Gozando en el dolor de su agonía,
Su existencia apagaron inhumanos.

¡Pobre flor solitaria, flor de un día!
¡Morir así cuando esperaba tanto,
Cuando vivir, para gozar, quería!

¡Cuando una vida de infinito encanto,
De amor, de libertad y de reposo
Comenzaba á cubrirlo con su manto!

¡Dejar la vida, cuando el sol radioso
Con nueva pompa y majestad destella
En el cielo más puro y más hermoso!

¡Morir así, cuando la vida es bella,
Cuando nos da la juventud galana
Una esperanza que gozar en ella!

¡Descender al sepulcro cuando ufana
El alma ve sus ilusiones puras;
Morir, morir en la primer mañana!

¡Cuando se hallan tan mágicas dulzuras,
Hasta en las quejas que suspira el viento
Al volar por las fértiles llanuras!

¡Cuando el alma se vuelve sentimiento,
Cuando es una armonía cada brisa
Y es cada flor que nace un pensamiento!

¡Cuando al mirarnos trémula, indecisa
La mujer, ruborosa se levanta
Para ofrecernos su primer sonrisa!

¡Ay! morir cuando todo nos encanta,
 Cuando todo acaricia los sentidos,
 Cuando todo sonríe y todo canta;

Cuando todos los goces confundidos,
 Nos hacen conocer con voz secreta
 Misterios de placer desconocidos . . . !

¡Amigo sin ventura! su alma inquieta
 Dejó la vida sin haber gozado:
 Nació para sufrir: era poeta.

Venid á mí los que le habéis amado,
 Repetid el cantar que el labio entona;
 Venid, llevemos al sepulcro helado

Donde á dormir el mundo le abandona,
 Al bardo, sus laureles y su lira,
 Al mártir de la patria, su corona.

Y tú, Patria infeliz, por quien suspira
 Mi pobre corazón, á quien la historia
 También cual mártir con respeto admira;

Bendice agradecida su alta gloria,
 Conserva siempre su memoria tierna . . .
 ¡Eterna bendición á su memoria!
 ¡A sus verdugos maldición eterna!

León, Noviembre de 1860.

FIN.

ÍNDICE.

Introducción	v	La belleza del alma. Soneto.	74
José Rosas Moreno.	xii	El invierno. Soneto.	75
Tristeza del crepúsculo.	1	A la artista mexicana Angela Peralta. Soneto.	76
El instante feliz. Soneto.	6	El naufrago y la roca. Soneto.	77
Lo que es amar	7	Soneto	78
Felicidad. Soneto	9	Soneto	79
A Elisa	10	El suicida. Soneto.	80
La flor perdida	11	Soneto	81
Mi amor á Elisa. Soneto.	13	Soneto	82
Soneto.	14	Soneto	83
El velo de Elisa. Soneto.	15	Soneto.	84
Soneto.	16	A la noche. Soneto.	85
A Amanda.	17	Soneto.	86
Anibal. Soneto	21	Soneto.	87
Siempre hermosa. Soneto.	22	El beso. Soneto.	88
Ilusión realizada. Soneto.	23	Soneto.	89
La gloria del progreso. Oda.	24	Soneto.	90
Invocación	30	El relámpago. Soneto.	91
Heraclito y Demócrito. Diálogo	32	¿Por qué suspiro al contemplar el cielo?	92
A la Señorita O. P.	33	Garcilaso. Soneto.	95
Soneto.	39	En la tumba de Juan Valle.	96
Soneto.	40	Un pensamiento. Soneto.	100
Quejas.	41	Fantasia	101
El último pesar. Soneto.	44	Sonetos	104
Yo quisiera crear. Soneto.	45	Hurbide. Soneto.	106
Cortés en Popotla. Soneto.	46	Muerte de Motecuhzoma.	107
Suplicio de Cuauhtemoc. Soneto.	47	Indiferencia. Soneto	108
Soneto.	48	Sonetos	109
Profesión de fe. A Laura.	49	Mi deseo	112
A una tortola. Soneto.	54	Dejadme aquí llorar	113
La viuda.	55	La cortesana	114
La vuelta de la primavera.	56	Homero	115
A un bosque	58	Alejandro	116
A unas violetas	61	La flor dormida	117
Salmo V	62	Guerrero. Soneto	118
Salmo VI.	65	Soneto.	119
Salmo VII	67	La esperanza. Soneto.	120
Salmo X	70	Soneto.	121
Salmo XXVII	72		

¡Ay! morir cuando todo nos encanta,
 Cuando todo acaricia los sentidos,
 Cuando todo sonríe y todo canta;

Cuando todos los goces confundidos,
 Nos hacen conocer con voz secreta
 Misterios de placer desconocidos . . . !

¡Amigo sin ventura! su alma inquieta
 Dejó la vida sin haber gozado:
 Nació para sufrir: era poeta.

Venid á mí los que le habéis amado,
 Repetid el cantar que el labio entona;
 Venid, llevemos al sepulcro helado

Donde á dormir el mundo le abandona,
 Al bardo, sus laureles y su lira,
 Al mártir de la patria, su corona.

Y tú, Patria infeliz, por quien suspira
 Mi pobre corazón, á quien la historia
 También cual mártir con respeto admira;

Bendice agradecida su alta gloria,
 Conserva siempre su memoria tierna . . .
 ¡Eterna bendición á su memoria!
 ¡A sus verdugos maldición eterna!

León, Noviembre de 1860.

FIN.

ÍNDICE.

Introducción	v	La belleza del alma. Soneto.	74
José Rosas Moreno.	xii	El invierno. Soneto.	75
Tristeza del crepúsculo.	1	A la artista mexicana Ange- la Peralta. Soneto.	76
El instante feliz. Soneto.	6	El naufrago y la roca. So- neto.	77
Lo que es amar	7	Soneto	78
Felicidad. Soneto	9	Soneto	79
A Elisa	10	El suicida. Soneto.	80
La flor perdida	11	Soneto	81
Mi amor á Elisa. Soneto.	13	Soneto	82
Soneto.	14	Soneto	83
El velo de Elisa. Soneto.	15	Soneto.	84
Soneto.	16	A la noche. Soneto.	85
A Amanda.	17	Soneto.	86
Anibal. Soneto	21	Soneto.	87
Siempre hermosa. Soneto.	22	El beso. Soneto.	88
Ilusión realizada. Soneto.	23	Soneto.	89
La gloria del progreso. Oda.	24	Soneto.	90
Invocación	30	El relámpago. Soneto.	91
Heraclito y Demócrito. Diá- logo	32	¿Por qué suspiro al contem- plar el cielo?	92
A la Señorita O. P.	33	Garcilaso. Soneto.	95
Soneto.	39	En la tumba de Juan Valle.	96
Soneto.	40	Un pensamiento. Soneto.	100
Quejas.	41	Fantasia	101
El último pesar. Soneto.	44	Sonetos	104
Yo quisiera crear. Soneto.	45	Hurbide. Soneto.	106
Cortés en Popotla. Soneto.	46	Muerte de Motecuhzoma.	107
Suplicio de Cuauhémoc. Soneto.	47	Indiferencia. Soneto	108
Soneto.	48	Sonetos	109
Profesión de fe. A Laura.	49	Mi deseo	112
A una tortola. Soneto.	54	Dejadme aquí llorar	113
La viuda.	55	La cortesana	114
La vuelta de la primavera.	56	Homero	115
A un bosque	58	Alejandro	116
A unas violetas	61	La flor dormida	117
Salmo V	62	Guerrero. Soneto	118
Salmo VI.	65	Soneto.	119
Salmo VII	67	La esperanza. Soneto.	120
Salmo X	70	Soneto.	121
Salmo XXVII	72		

Soneto	122	A la memoria del ilustre	
Soneto	123	Gral. Contreras Medellín	257
Jerges. Soneto	124	A la simpática artista Fanni	
Cuán breve es el placer	125	Nataly	200
A la distinguida artista me-		El peregrino. Soneto	203
xicana Angela Peralta	126	Epitalamio	204
Sonetos	131	A Elvira, en su álbum	209
Napoleón. Soneto	133	Tasso. Soneto	271
Soneto	134	Verdades amargas	272
Poesía leída en la solemne		A mi madre	275
distribución de premios	135	A la patria	280
Los dos amores	143	Dios	284
¿quién pudiera vivir siempre		La juventud	287
sonando!	153	****	291
Fábula	155	La violeta y la rosa	292
A Cuba	156	Historia de una flor	295
Adiós a Elisa	163	Soneto	200
A la memoria del Pbro. Jo-		A María, madre de Dios	297
sé P. Gordoa	167	A Elvira. Sonetos	302
El zenizonte	170	A Elvira. Soneto	306
La vida del campo	175	Al declinar la tarde	307
A la eminente trágica espa-		D. Pedro Moreno. Sonetos	309
ñola María Rodríguez	179	Canción	312
La esperanza	183	La gloria. Soneto	315
Salmo XLI	187	El dinero. Soneto	314
Salmo L	190	Las desdichas de un poeta	315
Salmo LVI	194	Soneto	320
Salmo LX	197	Nadie se muere de amor	321
Salmo LXII	199	Despedida	324
El valle de mi infancia	202	Recuerdos de la infancia	320
Recuerdo	207	El desterrado	333
A la egregia artista Adelai-		A la muerte. Soneto	337
da Ristori	210	Aislamiento. Soneto	338
A la memoria de Manuel		A Aurora	339
Acuña	216	Piensa en mí	342
Un recuerdo	221	Soneto	344
La misión de la mujer	222	A Aurora	345
A la memoria del escritor D.		Recuerdos	346
Anselmo de la Portilla	225	Poesía en la distribución de	
Moisés en el Nilo	230	premios	348
Gracias de las hembras	236	Fragmentos de un diario	352
La aurora boreal	237	Al pabellón nacional	354
A la luna. Soneto	240	Las ilusiones. Soneto	300
A una golondrina	241	El granado y el pino. Fa-	
Ausencia	243	bula	301
Recuerdos de Jalisco	247	La Providencia. Soneto	302
****	252	A la memoria de Juan Díaz	
A Elvira. Sonetos	255	Covarrubias. Elegía	303

